

MARÍA ROSA ALONSO

Otra vez...



COLECCIÓN
MRA

COLECCIÓN
MRA



1. *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo*
2. *Otra vez... (novela)*
3. *El Poema de Viana. Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*
4. *Pulso del Tiempo. Ensayos*
5. *Manuel Verdugo y su obra poética*
6. *Papeles tinerfeños*
7. *La ciudad y sus habitantes*
8. *Las generaciones y cuatro estudios*
9. *La Luz llega del Este*

DONACIÓN
Maximiano
Trapero

OTRA VEZ...

COLECCIÓN
MRA



1. *Un rincón tinerfeño. La Punta del Hidalgo* (1944)
2. *Otra vez... (novela)* (1951)
3. *El Poema de Viana. Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII* (1952)
4. *Pulso del Tiempo. Ensayos* (1953)
5. *Manuel Verdugo y su obra poética* (1955)
6. *Papeles tinerfeños* (1972)
7. *La ciudad y sus habitantes* (1989)
8. *Las generaciones y cuatro estudios* (1990)
9. *La Luz llega del Este* (1998)

MARÍA ROSA ALONSO

Otra vez...





SOCIEDAD
ESTATAL
DE
CONMEMORACIONES
CULTURALES



. . .

1909

COLECCIÓN COEDITADA POR LA
SOCIEDAD ESTATAL
DE CONMEMORACIONES CULTURALES
Y EL
GOBIERNO DE CANARIAS
CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE MARÍA ROSA ALONSO

. . .

© María Rosa Alonso

© de esta edición, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales
y Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias, 2010

. . .

Edición al cuidado de Olga Álvarez de Armas

. . .

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: Alfonso Meléndez
IMPRESIÓN: Gráficas Deva · ENCUADERNACIÓN: José Luis

. . .

ISBN: 978-84-88605-98-6
DEPÓSITO LEGAL: M-4935-2010

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
I.	13
II.	17
III.	21
IV.	25
V.	29
VI.	35
VII.	39
VIII.	43
IX.	49
X.	51
XI.	55
XII.	63
XIII.	67
XIV.	69
XV.	73
XVI.	77
XVII.	79
XVIII.	81
XIX.	89
XX.	93
XXI.	101
XXII.	105
XXIII.	111
XXIV.	117
XXV.	123
XXVI.	127
XXVII.	131

PRÓLOGO

A FINALES de 1937, no recuerdo con exactitud si en noviembre o diciembre, recibí una carta de un amigo mío con un paquete de cuartillas de regular volumen. Me anunciaba en la carta una próxima visita suya en compañía –decía– del autor de esa novela, «que ruego lea con atención».

Aun cuando yo no estaba entonces para novelas ni para nada, pues reveses y adversidades familiares tenían en quiebra mi espíritu, no pude negarme a atender a un ruego que venía de parte de una persona tan buena para mí y que había sabido, con gran amabilidad y afecto, mostrarme su adhesión en esos momentos agónicos en los que nos damos golpes con la soledad, y, por complacer a quien debía, me leí de un tirón la novela que sigue a estas líneas.

A los pocos días de esto vinieron mi amigo y el suyo a mi casa; mi amigo me presentó a un muchacho al que yo apenas si conocía de vista; había vivido su niñez en La Laguna, según me contó; después marchó a América con sus padres (que seguían allá), de donde regresó hacía unos cuantos años a su ciudad natal. Esos últimos años habían sido, precisamente, los de mi estancia en Madrid, y apenas recordaba, del intervalo de las vacaciones de verano, la cara inexpresiva de un muchacho que físicamente por nada llamaba la atención a una distraída transeúnte miope como yo.

Nunca olvidaré la conversación que sostuvimos los tres una tarde, y que se prolongó hasta la noche, en tanto que una persistente llovizna pulverizaba esta húmeda ciudad y un lejano horizonte de perros daba la única nota acústica de aquellas horas. Aquel muchacho, al

parecer «gris», había escrito una novelita mediocre, a mi juicio, pero tenía una de esas almas finas y exquisitas que, siendo una joya para los que conectamos con sus antenas, son un tormento para esos pocos que las poseen.

No se puede contar públicamente, ni yo sabría tampoco, la calidad de sus gestiones, el tipo de inquietudes, los matices variados de aquella luz que iluminaba la vida de un joven de aspecto tan vulgar, pero de vida interior tan rica. Mi amigo me miraba y lo miraba a él como si me quisiera reconvenir por la resistencia que en un principio mostré a la lectura e incluso a la visita; tenían sus ojos ese cartel que leemos a veces en los que nos quieren convencer: «No le decía yo a usted...», parecía decirme, al paso que animaba al joven a seguir hablando.

Después... Siempre me ha dado melancolía pensar en lo que pasó después. Me dio vergüenza desengañar a aquel espíritu juvenil con una opinión no muy favorable, y, pensando que, como mía, no era muy valiosa, atenué mi juicio con unos cuantos adjetivos bien administrados y me ofrecí a intervenir—esto me lo pidió concretamente mi amigo y creo que por ello vinieron a verme— a fin de que la obra se publicara. Me quedé con el original; vinieron después las dificultades de papel; alegué que la época no era propicia para editar novelas, que ya la gente no leía casi novelas... Quería hacer algo por la persona, pero se me resistía la flojedad de la obra, aun cuando hubiera en ella algunas cosas aprovechables. Manifiesta en su novela este muchacho la desazón menuda que produce la vida lenta y gris de provincia, que en ciertos espíritus se torna en agonía desesperanzada. Quiere crear unos tipos, que acaso no logra, y tiene demasiadas consideraciones intelectuales del mundo literario y artístico, lastre quizás de su formación universitaria. Un espíritu crítico vería en él el recuerdo de lecturas determinadas y de marcadas preferencias de rigor en todo novel. No tengo tiempo de hacer una ordenación de ellas; pero quiero ser fiel a la verdad y contar lo que pienso, pues el autor me exigió no un prólogo laudatorio, sino unas líneas sinceras y honradas.

A mediados del siguiente año este joven regresó a América. Sus padres le habían reclamado en virtud de las circunstancias que atravesaba nuestro país. Unas cuantas veces me había enviado desde la Península—en donde estuvo una temporada en zona nacional— varios artículos

suyos aparecidos en diversas publicaciones. Escondía su nombre –no sé si por modestia o por otra cosa– bajo un pseudónimo que me hizo gracia, y con éste quería firmar todos sus trabajos; me contó que distraídamente lo había dado por su verdadero nombre al serle éste preguntado por un funcionario del Gobierno Civil que le extendía el pasaporte o permiso de viaje: «Se llama usted Alfil. ¿Pero cree usted que esto es una oficina o un tablero de ajedrez?».

Llegó una mañana, recién venido de la Península y para despedirse de mí por largo tiempo. Se iba a América de nuevo. En pasadas ocasiones no me había vuelto a hablar de su obra, desde que le dije mi sincera impresión de ella; pero al marcharse me recomendó que, si tenía ocasión, no dejase de publicar su novelita. «Y diga la verdad en el prólogo; no me molesta. No sé qué piensa de mí ni de ella, pues, a pesar de todo, sólo me ha dicho usted vaguedades...».

Le prometí que lo haría, que me ocuparía de buscarle editor. Me dio cierta nostalgia verle marchar lleno de ilusión, como siempre estaba. Le dije que haría todo lo posible porque no se quedara inédita su obra. Me contestó que la dejaba en diligentes manos. Estreché un poco maternalmente las suyas, y nos dijimos adiós.

No había vuelto a saber nada de él hasta hace unos días que ha venido mi antiguo amigo a verme. Lo que me cuenta de nuestro pobre «Alfil» es algo impresionante. Ha muerto este joven y con él un montón de ilusiones al truncarse su vida; mi amigo piensa que yo tengo en mi poder un legado o testamento que me obliga ahora a intervenir y publicar la obra que dejó en mis manos. Ya sé que se trata de algo no muy importante; pero me ha conmovido siempre una persona joven y con espíritu. Termina este muchacho al comenzar, como todos los malogrados, y el deseo de un desaparecido para siempre sensibiliza a un femenino corazón. Amigo mío: lástima que nuestro pobre «Alfil» no viera su obra en la calle, pero usted y yo, al menos, cumpliremos sus deseos.

MARÍA ROSA ALONSO

I

MARÍN, el antiguo bedel mayor del Instituto, salió del aula con las manos llenas de papeletas, que los muchachos llamaban pomposamente talones. Aquella mañana de mayo saltaba en las viejas losas del claustro presagiando un descanso que profesores y alumnos ansiaban. Espacios irregulares de sombra y luz, junto a los naranjos, daban al patio un aire de estampa turística. Y aquel patio, que había pisado ha siglos la diligente sandalia de los frailes agustinos, reventaba ahora cuajado de rosales blancos, de rosales amarillos, de rosales rojos que Andrés, el jardinero, cuidaba como a hijos, y que daban la nota policromada y alegre al verde restante de las matas de sombra, de las palmeras y los juncos, en medio de los cuales, dueña y señora, una valetudinaria cacatúa blanca, con el pico amarillo, desgarraba la serenidad del aire con sus estentóreos graznidos: un insulto descompasado a aquel patio hermoso y solemne, que alguna vez prendó el gusto singular de don Miguel de Unamuno.

Aquella mañana los muchachos se agolparon en torno al bedel que recomendaba calma con serenidad. ¿Cuántas veces en su vida, en una hora como ésta, había traído el viejo bedel sus manos llenas de papeletas? ¿Cuántas veces más lo habría de hacer aún? Siempre latirían los corazones de los muchachos: unos aguardando lo esperado, otros con la incierta sospecha de lo inseguro.

—Manuel Ruiz —dijo alargando el talón a un muchacho espigado y pecoso.

—Aprobado —dijo éste leyendo la papeleta y corriendo a buscar la salida.

—A mí ahora, Marín.

—A mí primero; llevo esperando más tiempo que nadie —dijo un chico morenito y robusto con el aire de mal humor.

—Calma, calma —recomendaba el bedel, y con tranquilidad, pero lo más deprisa que pudo, fue repartiendo las papeletas que actuaban según lo escrito, de muy diversas maneras. Los del «aprobado» salían en su mayoría contentos; los del «sobresaliente» también; sólo los de la papeleta en blanco y los del «notable» ponían aire de disgusto; los unos por repetir, y los otros, porque el «notable» era la nota de las medianías, de las «injusticias», de los «que no tenemos levita», decía un mozo resentido con aire amenazador.

Federico Fuentes llegaba tarde. Pasó corriendo el claustro bajo; subió las anchas escaleras mirando sin ver el Apolo del descansillo primero ni la Venus del descansillo segundo; casi en un vuelo se encontró, jadeando, junto a Marín, que, sonriente, aguardaba al lado de la puerta de la Dirección a que le diesen órdenes.

—Aquí tiene sus notas —dijo amablemente el bedel—; ya sabe usted que, como siempre, son buenas.

Federico, efectivamente, las esperaba buenas; pero aquella dichosa química orgánica no le tenía bien seguro, porque le parecía que en la fórmula de las amidas se había equivocado. ¿Era deshidratación o deshidrogenación, Dios mío? Pronto lo iba a saber. También en química, la nota era «sobresaliente».

Federico Fuentes abrazó en un arrebató efusivo a su amigo Ramón Perdomo, que aguardaba el resultado de los exámenes de Federico como cosa suya. Ramón estaba ya en la Universidad; pero, muy poco mayor que Federico, eran amigos desde hacía un año y daban a su amistad no ese tono que en los pueblos de provincia la amistad tiene: una relación entablada mecánicamente en la niñez porque sea convecino, o los padres sean amigos antiguos. La amistad que tenían la habían hecho y alcanzado ellos, los propios amigos. ¿La habían buscado? No, la habían encontrado y afirmado en sus largas caminatas por la vega del pueblo, cuando, tras discusiones laboriosas, llegaban a un acuerdo y a una coincidencia de gustos y pensamientos.

—He aquí, señores míos —decía Ramón dando palmaditas a su amigo en la espalda— a un nuevo bachiller.

El viejo bedel sonrió benévolaente y dio la enhorabuena; los pocos

mozos que iban quedando miraban a Federico con admiración y envidia; se disponían los amigos a salir cuando toparon con el viejo director, pulcro y atildado, académico como una certificación, y que, encarándose con Federico, le dijo con un tono de reconvención:

—Supongo, señor Fuentes, que irá usted este año a recoger sus diplomas al estrado; el que salga del centro no le exime de ello. Lo digo porque como usted hace años que siempre se pone enfermo el día de la apertura...

—No, señor; descuide que este año iré —afirmó respetuosamente Federico; y, despidiéndose con muchas atenciones del viejo director, cogió del brazo a su amigo y ambos comenzaron a bajar las escaleras con aires de *minué*.

—¿Vas a ir de verdad, Federico? —preguntó Ramón arqueando las cejas y con gesto de suficiencia airada.

—En modo alguno —contestó el nuevo bachiller—; lo he dicho para tranquilizar al viejo. Eso de ir a buscar los diplomas está bien para los chiquillos; el director le ha dicho siempre a papá que vaya yo a recogerlos, y me he llevado muchas broncas por no ir; pero a mí me «cargan» esas cosas —dijo Federico deteniéndose junto a la Venus del descansillo.

—Muy bien —asintió Ramón—; eres un hombre y una persona sensata.

—Adiós, señora —dijo cómicamente Federico haciendo una gran reverencia frente a la Venus—; quédese usted aquí, sin sus brazos, custodiando las escaleras... Adiós, caballero —dijo inclinándose de nuevo en el primer descansillo, donde un Apolo de yeso mostraba sus dedos siempre partidos por alguna diablura de la chiquillería. Aquellos guardianes clásicos de las anchas escaleras habían sido testigos de muchas caídas, de muchas prisas, de muchas fugas, de muchos llantos, de no pocas alegrías...

—Y que usted lo pase bien, ¡oh, ilustre emperador! —dijo al final de la escalera Federico Fuentes, seguido de Ramón, que se reía con las ceremonias de su amigo. Federico se había parado junto a la estatua sedente de Julio César, que estaba en un entrante del gran tramo final de la escalera y que, con el Apolo y la Venus, formaba el trío de estatuas clásicas que adornaban la solemne subida a los viejos claustros agustinos, donde estaba instalado el Instituto.

La estatua de César había sido adornada a veces con un sombrero de fieltro negro y un paraguas, y el hecho ocasionaba carcajadas homéricas en el mocerío e indignación furibunda entre los sesudos varones del claustro de profesores, siempre que la anécdota se organizaba cada año.

—¡Ave, César —concluyó Federico inclinándose otra vez—, los que van a ser bachilleres te saludan! Y cogiendo a su amigo del brazo salieron a la calle.

Las copias de Velázquez y Murillo que pendían de las paredes; los bustos de yeso de varios emperadores y personajes romanos, ¿cuántas veces verían pasar muchachos como éstos, que se iban sin mirarlos apenas a ellos, mientras que, años atrás, al entrar por vez primera, los contemplaban con admiración y curiosidad?

Los pájaros cantores siguieron cantando en sus grandes jaulas y la sombra de los naranjos en el claustro bajo tenía el mismo aire de fotografía para el turismo. Y en aquel jardín ya casi mudo, exhalando perfume, los rosales amarillos, blancos y rojos, ofrecían el prestigio místico de un incensario.

II

¿ERA el pueblo —o la ciudad— un lugar clásico o un lugar romántico? Algunos periodistas intelectuales se habían empeñado en catalogar la ciudad de romántica, por el hecho de que la llovizna invernal la hacía gris y nebulosa; luego, en los días del verano, cuando sus anchas calles muestran espléndidas cintas de luz y de azul intenso, pensaban en lo clásico, como si lo romántico y lo clásico tuvieran que ver en serio con las estaciones... Unos decían que esta ciudad colonial, fundada a fines del siglo xv, se parecía a las ciudades castellanas; los demás hablaban en sentido opuesto; quién pensaba en una posible semejanza con Salamanca, esa ciudad donde se ha resuelto el gran problema de la Edad Media de convertir la piedra en oro... Cada cual hablaba de ella según sus gustos, ideas o evocaciones. Un ilustre español había dicho que tenía un «aire de rigodón monástico».

¿Qué era y a quién se parecía esta ciudad colonial?

Contaba, por de pronto, con unas calles anchas, espaciaosas, llanas. En las claras noches de luna, desde las ventanas, con muy pocas celosías, por cierto, estas calles que, a veces, parecían tener alma, devolvían lejanos los pasos de un transeúnte tardío y solitario; de todas estas calles, las grandes arterias que iban de sur a norte, tenían un perfil y una figura; la una era bulliciosa, estrecha, nerviosa, la más desigual en nivel: era la calle comercial de la ciudad, la calle de los forasteros; su paralela, en cambio, era la gran vía, la más elegante y ceremoniosa de las calles, donde todas las tardes, antes de la cena, la juventud veía venir la noche y dejaba en las aceras las suelas de los zapatos. Muchas ilusiones cuajaron en ella o murieron. La tercera de las tres principales era la más solitaria

y fría: la calle de los caserones cerrados y solitarios, de los edificios académicos; la calle de los blasones agrietados por el tiempo y la melancolía.

Las demás vías paralelas o longitudinales pertenecían más bien a la periferia de este corto casco. Eran las tres el corazón de una ciudad que, en torno suyo, poseía la cenefa colorida y fragante de una vega ancha y espléndida.

Los poetas locales, más o menos buenos, habían cantado las hermosuras de esta vega; pero el paisaje artificial creado por la mano del hombre no tiene más cantores posibles que la propia obra humana que canta ella misma, hecha hermosura, un soneto de rosas junto al verde romance que tejen las palmeras en el largo camino de asfalto, o una lira de claveles que cuelgan de un muro policromado, frente a éste o el otro hueco donde componen un madrigal, en la frescura de la tarde, la brisa y el silencio.

Aquel día hubo un regocijo general en la casa de Federico Fuentes; los padres festejaban al nuevo bachiller con alegría y preparaban una merienda a la que asistirían los íntimos.

Federico veía próxima la realización cercana de su sueño: ser marino de guerra. Cuántas veces, al bajar al puerto, se estaba las horas frente al mar, soñando con una gran fragata en la que él estaría con su flamante uniforme ¿Era el uniforme lo que atraía al mozo o era el mar?

Nadie sabe muchas veces por qué eligen los muchachos a los dieciocho años esas carreras que llama la gente «brillantes»: marino de guerra, ingeniero naval o de caminos, y en las que consumen tanto tiempo de preparación, estrellándose en un ingreso difícil casi siempre.

¿Es la dificultad de la empresa, el colorido del uniforme o la afición efectiva a estas carreras? ¿Quién conoce la verdad de un espíritu inquieto de dieciocho años al que puede mover cualquier motivo ligero o serio? La cuestión es que el mozo quería ser marino de guerra, y discutía con sus padres, opuestos a «tan disparatados propósitos», según afirmaban con energía. Federico esperaba convencerles una vez terminado el bachillerato; pero el día anhelado, después de la merienda, resultó un tanto borrascoso. El padre de Federico, don Pedro, se oponía tenazmente al proyecto del muchacho. La madre, doña Blanca, no estaba dispuesta a

soportar que su hijo se pasase la vida en un barco, y nada menos que de guerra.

—Te matricularás en la Universidad en octubre —decía don Pedro—; no estoy dispuesto a gastar el dinero en prepararte un ingreso en una carrera que no te conviene; además, es muy pronto, eres muy joven para irte lejos, sin el cuidado de tu casa; no tengamos la vuelta del primo Luis, que fue a Madrid a «orientarse» y estuvo cinco años orientándose en el «Palacio del Hielo», adonde iba a bailar todas las tardes; no, hijo mío, seamos razonables; yo quiero que seas un hombre de provecho, pero que no malgastes el tiempo en unos proyectos que me parecen irrealizables y, sobre todo, inadecuados.

Federico se mordió los labios de mal humor y de coraje y, sin discutir más, se echó a la calle como una tromba.

La calle, llena de gente —joven en su mayoría— estaba en su hora de apogeo; Federico saludó, casi sin verlos, a unos cuantos conocidos y buscó, hasta encontrarlo junto a un escaparate, a su amigo Ramón, que paseaba su aire aburrido.

—Te buscaba —dijo Federico.

—¿Qué ocurre, ilustre bachiller? —contestó Ramón bromeando.

—No estoy para nada, Ramón: papá, como siempre, se obstina en que no estudie Marina. Me encuentro desesperado, no puedo convencerlo.

—¿Por qué torcerán los padres la vocación de sus hijos? Cuántas veces hablamos con hombres ya veteranos que hubieran querido ser lo que no les dejaron; a mí, en realidad, no me convence tu Marina, pero si a ti te gusta... Nunca he podido olvidar la conversación que tuve un día con don Luis Espalter. Dentro de esa figura tan mediocre de hombre, ¿qué dirías tú que hay frustrado? Un gran director de orquesta. Un día me lo dijo al hablarme de un concierto que dio la Sinfónica de Madrid, no sé en qué año... Y la velada emoción con que me dijo eso, que él hubiera sido un gran director de orquesta, a no ser por la oposición paterna, fue lo suficiente para que me congraciase con él y su pobre humanidad de modesto jefe de familia. Siempre me he quedado pensando que, en el fondo de esas gentes vacías, ha habido estrangulada una ilusión, y, cuando me encuentro con ganas de despreciar a un sujeto vulgar, me digo: ¡A lo mejor hubiera sido un buen director de orquesta!

—Le dan a uno ganas de morirse —dijo con aire triste Federico—. ¡Me carga este paseo, me cargan esta noche las chicas, me carga todo!

—¿Quieres que vayamos a la plaza? —preguntó Ramón deseando distraer a su amigo—. Allí no habrá «cargantes» y te refrescarás un poco. ¡Hay que saber perder, hombre!

Federico no contestó; era la primera gran desilusión de su vida, y, cogiendo del brazo a Ramón, marchó en silencio, calle abajo. Lejos del gentío, los pasos de los dos muchachos resonaban lentos y pausados, un tanto inseguros.

En aquella ciudad de provincia, los pasos de estos hombres jóvenes a los que el medio urbano forzaba a lentitud, tenían un lejano eco de fracaso.

III

FEDERICO Fuentes, ahogando la ilusión, como si el escultor tuviera que deshacer su obra a martillazos, se matriculó en la universidad de su pueblo. Por ahora no podía salir de él. Habitante joven de una isla, sentía la natural atracción que por la gran tierra, el continente, siente el isleño; tenía la esperanza de salir alguna vez del pueblo y a un sitio donde el cielo estuviera más alto. Era todavía bastante joven y, por tanto, tenía disponibilidad aún para hacer y ser todavía muchas cosas posibles antes de adscribirse a lo que, definitivamente, tenía que ser en su vida.

—Aún —decía algunas veces a Ramón Perdomo— no he perdido mis ilusiones, que no se cifraban sólo en ser marino; ya sabes que me gustaría ser un buen escritor.

—Lo importante, querido —le decía Ramón— es no perder el culto a esa gran dama que es la ilusión; pensemos ser unos grandes hombres; no importa lo que seamos en el tercer acto.

—¿En el tercer acto?

—Sí; ya sabes que nosotros vamos todavía por el primero; a los veinticinco entraremos en el segundo; a los cincuenta en el tercero. El tercero suele tener un número desigual de escenas, conforme al actor.

—Me asusta el tercer acto, Ramón...

—Oh, hijo mío —dijo Ramón riéndose—; pégate un tiro o muérete tuberculoso que es la obligación de los románticos y, entonces, todas las vírgenes, vestidas de blanco, llorarán por ti...

—Es mejor que morir con reuma y cataplasmas...

—¡Hombre descarriado del camino de todos los Juanes que en el

mundo han sido! Acuérdate de lo que te digo: tu afán de no ser lo que los demás te va a hundir.

—Ya estoy siendo lo que los demás —dijo amargamente Federico—; estudio en nuestra Universidad como cualquier Juan y vivo como cualquier Juan. Pero eso no quita el que yo me asfixie aquí.

—Es que tienes figura de Juan y alma de «diplococus».

—¡Qué ganso eres, Ramón!

—¿Pero qué quieres que te conteste? —dijo, poniéndose serio, el aludido—. ¿Que añada dolor al dolor, que nos lamentemos los dos llorando junto al muro? Si me quiero olvidar de todo esto a fuerza de fabricar un buen humor que, por lo menos, me permita ir tirando, tú me echas a rodar mi esfuerzo con tu aire triste y de malhumor. Ahí tienes a un infeliz mortal —dijo señalando a un joven que los saludaba de paso—; ese buen Manolo estudia con gusto su carrera; será Secretario de Ayuntamiento; se casará con Maricusa; serán buenos padres de familia; llevarán los niños al cine los domingos...

—¡Por Dios, Ramón!

—Sí, hombre, sí; y tú terminarás por hacer lo mismo. Te desesperas; ésa es la primera fase; la segunda es la de serenidad; tercera, aguantarse; la cuarta, aburrirse; la quinta, buscar novia y llevarla al cine; la sexta, casarse, y se acabó.

—Calla, calla...

—La séptima —siguió implacable Ramón, un poco descompuesto—, es ya la fase de todos los Manolos del universo... Y lo gracioso es que tú te entristeces, pero no te da por lanzar bombas; porque la gente inventa las bombas para matar a los enemigos sociales o políticos, pero la bomba contra la legión de Manolos y de Maricusas y de Juanitas y de todas las «itas», no se ha inventado aún, ¿sabes? —decía Ramón exaltándose más y más— ¡esto no se arregla sino a bombazo limpio!

—Pareces un anarquista.

—No; soy un anacursi.

—Lo mediocre y lo cursi no es lo mismo —afirmó Federico—. Lo cursi te hace reír, lo mediocre te desespera.

—Y te desespera —añadió Ramón— no porque pretendamos estar pasando las Termópilas todos los días; no importa que hagamos las mismas cosas que hacen todos los hombres, ni que llevemos nuestra novia

al cine y después a nuestros hijos los domingos por la tarde; lo importante es no hacerlo con el gesto que lo hacen ellos. Si no se puede llegar en la vida más que a Secretario de Ayuntamiento, no importa. ¡Qué le vamos a hacer! Lo decisivo es no tener espíritu de Secretario de Ayuntamiento.

Se habían parado junto a una enredadera florida que ofrecía su color y fragancia al paseante. La hermosura de un cielo limpio y la quietud del aire daban a la tarde un tono sereno, puro y tranquilo. Todavía Federico y Ramón eran lo suficientemente jóvenes para no sentir melancolía, cuando el paisaje y la naturaleza es un misterio estético y sentimental. Federico y Ramón no olieron la fragancia que despedía la madreSelva; no vieron el azul del cielo ni sintieron la serenidad de la tarde.

—Lo importante —decía Ramón con aire de fanático— no es pasar las Termópilas, ni aun siquiera quererlas pasar; lo importante es hacer todos los actos de nuestra vida como si fuéramos a pasar las Termópilas.

IV

JUANITA Muñoz, Quica Gómez, Esperanza, Matilde y Maricusa Rivas, cogidas del brazo, iban calle abajo, a la hora en que las pequeñas cantan en el coro infantil de atardecida la aventura de una niña que resbaló patinando en París. A esa misma hora las campanas lentas, pausadas, dialogan su din-dón rítmico que cae en el alma como las piedrecitas en el agua quieta de un estanque.

Han saludado con adioses lánguidos a dos o tres transeúntes y se han parado en los escaparates de las tiendas, que invariablemente contienen las mismas cosas que ayer. Quica Gómez ha estofado sus rizos ante todas las lunas que reflejan su naricilla respingona y su boca grande y sensual. Esperanza aprieta una vez más la hebilla de su cinturón, y Juanita, patosa, lenta, desespera a Maricusa Rivas, hecha de filamentos de bombilla eléctrica y que luce un peinado de frontón clásico tan perfecto, que, a falta de otra cosa, podría asegurarse que esta criatura llevaba el Partenón sobre su cabeza.

–Pero, niñas –pregunta Juanita Muñoz–, ¿es seguro que la procesión da la vuelta?

–Te acordarás –replicó Matilde– que el año pasado también la dio. La da todos los años.

–Bueno, lo mejor será –dijo Maricusa– esperarla en la plaza. Vamos, nos paseamos y tenemos tiempo de sobra.

Indudablemente, el que la procesión da la vuelta lo saben Juanita, Quica, Esperanza, Matilde y Maricusa, porque el año pasado, aproximadamente a esta misma hora, pasaron por la calle, cuando las niñas cantaron a coro y las campanas dialogaban su din-dón; pero Juanita

no tenía nada que preguntar, como siempre, y la información que pidió a sus amigas afirmó la existencia de su yo en el mundo.

Ya en la plaza, la llegada de Manolo Torres –que, según las demás, va por Maricusa– anima la reunión. Manolo Torres sabe una gran cantidad de colmos, chistes y multitud de acertijos que jamás descifran sus amigas, como es de rigor. Manolo estudia en la Universidad, desde luego; lleva el pelo planchado; un cepillito de dientes sobre el labio superior, que hace las veces de bigote, y viste con traje marrón, que alterna los domingos con el gris de americana cruzada, ambos bien planchados por doña Angustias, su madre, viuda del comandante Torres, medalla de sufrimientos por la Patria, cuando lo de África.

Mientras Manolo hace aparte con Maricusa, Juanita, Esperanza, Quica y Matilde hablan sobre las excelencias de la última obra de un novelista de moda, del que dice el papá de Juanita que es el primer novelista de España; pero a Esperanza le resulta más divertida una novela cuyo autor no se fijó quién era.

–Son de ésas, ¿sabes?, que el nombre del autor se lee siempre de distinta manera y no recuerdo; pero, bueno, era preciosa, preciosa...

–Pero, niña –exclamó Quica, refiriéndose a Matilde–, ¿qué te estás poniendo en la cara? ¡Tienes el cutis precioso!

Matilde soltó una receta a base de almendras amargas y leche; Quica opinó que, no obstante los resultados de la crema usada por Matilde, la *nieuina* era más práctica, pero Esperanza proclamó las excelencias de otra crema usada por ella. Cuando pasó Luisa Aguilar, las cuatro se callaron, pendientes de la figura esbelta y fina de una muchacha de pelo negro y ojos verdes que iba acompañada de un hombre joven, Antonio Ramírez, al parecer su novio. Un muchacho que no desentonaba –según veredicto de las amigas– al lado de Luisa Aguilar.

–Realmente es preciosa –afirmó Quica– y ese contraste del pelo negro y los ojos le hace bonito. Se lo oí decir el otro día a Ramón. Como los ojos verdes se dan casi siempre en las rubias...

–¡Mira tú! –dijo Esperanza–. Ramón se las da de entender y no entiende nada; como no sea de chifladuras y bombas. Yo, en verdad, no encuentro tan bonita a Luisa; claro, no es que esté mal. Consuelito, por ejemplo es más guapa.

Las cuatro discuten ahora la superioridad de las dos o tres bellezas

del pueblo sobre la candidata particular de cada una. Cuando el tema se agota se habla de cine y, una vez que los lances del as preferido están suficientemente elogiados con los adjetivos monísimo, estupendo, graciosísimo, la aparición de Chelo Jiménez, que luce su estrella de alférez, trastorna a las cuatro cabezas.

Al acercarse Chelo Jiménez a las amigas, un coro de ranas cacarea a cual más. Risas, interjecciones en la escala ¡ah!, ¡eh!, ¡oh, ¡uy!, rodean al joven Adonis de guerrera entallada, gorra de plato, corbata negra y cepillito de dientes sobre el labio. Chelo Jiménez tiene un nutrido vocabulario de adverbios en *mente* y de sustantivos zoológicos: bestial, burrada, gansada, etc. Últimamente ha aprendido a decir *camouflage* y está encantado con su adquisición, que endosa cuando le parece que hace tiempo no la ha pronunciado.

Quica ríe nerviosamente todo lo que Chelo diga; Juanita lo mira con cara de cucurbitácea; Matilde con cierto fingido desdén, y Esperanza con gusto indisimulado. Las cuatro lo quisieran, las cuatro saben que tres se quedarán sin él. Cada una se estima con suficiencia sobre las otras. Quica supone que su gracia vencerá. Juanita, que se sabe sosita, piensa que a la mamá de Chelo le gustan las chicas de su casa, como lo es ella; Esperanza sabe, por experiencia, que lo que ella está dispuesta a hacer por Chelo no lo está nadie, y Matilde sospecha que a lo mejor este majadero, como ella no tiene dinero, acaso se decida y se case con la patosa de Juanita «por los cuartos».

Con estos pensamientos en la cabeza y con cosas diferentes en los labios, continúan su paseo por la plaza. Son amigas y rivales como las otras pandillas de chicas del pueblo que las han saludado al pasar. Todas hablan de los mismos temas y tienen idénticos problemas.

Cuando la procesión pasa, marchan de nuevo calle arriba, camino de sus casas, a cenar. Se han puesto de acuerdo para ir al día siguiente, domingo, a misa de doce, que es a la que va todo el mundo. Es probable que Quica o Maricusa estrenen a lo mejor una chaqueta más entallada que la de la chica del notario, que está dando el opio de la temporada; y como Chelo no se decida y Manolo no se case con Maricusa, entre estos dimes y diretes las va a coger el año que viene, y el otro, y a lo mejor el otro... Quica se las arregla al fin para permanecer todo el tiempo junto a Chelo, y en animada charla o algarabía –porque hablan

todas a un tiempo—, se han detenido junto a la puerta de Matilde, que es la primera que se queda. Grupos semejantes pasan dando las buenas noches. Maricusa y Manolo engrosan el grupo y, al pasar Luisa Aguilar y su novio —los dos muy serios y correctos—, las voces se apagaron como si alguien ausente hubiera impuesto silencio. Manolo y Chelo bajaron la acera, y Antonio, quitándose el sombrero pasó por fuera, delante de los jóvenes. Apenas la pareja se hubo alejado, Quica Gómez dijo a media voz en tono misterioso y convencido:

—Realmente... ¡no sé lo que tiene esa mujer!

V

ESE espejo del sonido que es el eco reflejó los menudos pasos de Matilde en el amplio zaguán de losas que poseía su antigua casona. Desde arriba, una vez franqueada la puerta interior, venía un murmullo de voces que la muchacha creyó reconocer y, haciendo un mohín de disgusto, porque en casa había visita, Matilde subió despacio la escalera.

—¡Qué latosas son las visitas! —pensó—; habrá que saludar a doña Blanca, a don Andrés, a Conchita López —porque me parece que es su voz— al niño... ¿Quién oye a mamá si no voy a saludarlos? ¡Anda! ¿De quién es esa voz? Me parece que es de Milagritos... Bueno, adentro...

Y lanzándose a la puerta del salón, con gesto de bañista en día nublado, la abrió y, dando las buenas noches, se dirigió a los visitantes que, levantándose, celebraron la entrada de la aturdida muchacha.

Nada más pavoroso para una jovencita que vive el mundo social de un pueblo pequeño, como no sea avispada, que el entrar en la sala de su casa cuando está llena de gente. Si la escena se ha hecho más de una vez, la víctima recuerda que tendrá que tropezar en la alfombra, pisar al que tenga delante y dar la mano primero al más cercano, aunque después aguantará el sermón de la mamá, que repite por centésima vez:

—La mano se da primero a las señoras antes que a nadie; segundo, a las chicas, luego a los caballeros. ¡No sé qué es lo que te enseñaron en el colegio!

Matilde, después de haber tropezado en la alfombra y de pisar a don Andrés, ha dado la mano a Santiago, a Milagritos, a don Andrés, a Conchita López y, por último, a doña Blanca, mientras lee en los ojos

de su madre que el sermón de costumbre también se repetirá esta noche.

La visita está ya en la fase que ha consumido el tema del tiempo; se está entrando a discutir el asunto de la corrupción de las costumbres. Don Andrés, que es un perfecto tradicionalista, se dirige al padre de Matilde con aire convencido:

–Nada, amigo, los nuestros sí que eran tiempos buenos. ¿Se acuerda usted cuando le hicimos aquella volada a Goleta?

–Hombre, aquello fue célebre –asintió don Paco, dejando la ceniza de su tabaco en el cenicero–; en cambio, a estos pollos de ahora no se les ocurren más que tonterías.

–Esa es la canción de los viejos –dijo Santiaguito, el «niño» de don Andrés, como decían en casa de Matilde, aunque el «niño» tenía ya más de veinte años.

–La canción de los viejos, no, Santiaguito –replicó don Paco–; la verdad.

Doña Blanca intervino entonces para recordar con emoción el sabor que tenían los tiempos en que ella fue joven. Aquellos asaltos del Círculo; los bailes del «Porvenir».

–¡Oh, los bailes del «Porvenir»! –dijo la mamá de Matilde, poniendo los ojos en blanco...

–¿Y la Semana Santa? –preguntó doña Blanca. Recordó luego el Martes Santo, cuando se estrenaban los trajes de color y las mantillas del Jueves y del Viernes Santos. Evocaron una vez más –porque el mismo tema salía en todas las visitas– las bellezas de la época, algunas hoy muertas o con nietos, y suspiraron al citar el «paseo de las tres»...

Milagritos, Matilde y Santiago se miraban aburridos, porque se abían de memoria el asunto a fuerza de oírlo desde que eran pequeños, por más que sus padres respectivos afirmaban que la juventud carecía de toda emoción.

–Sí hija, sí; ayer hablábamos de eso con Angustias –afirmó doña Blanca.

–Por cierto –preguntó don Andrés, dirigiéndose a los jóvenes–, ¿Manolo está arreglado con Maricusa?

–Ella no dice nada –respondió Matilde– pero a mí me parece que algo hay.

–Yo no sé cómo Angustias verá eso –continuó don Andrés– aunque no creo que sea con buenos ojos.

–Y con razón –asintió doña Blanca–; los Torres son de mejor familia que los Rivas.

–¿Cómo? –intervino Conchita López, un buen ejemplar de cuarenta para arriba, moviendo el flequillo que le ocultaba la frente mientras hablaba–. ¿Qué dice usted? ¡Los Rivas menos mal, pero a la familia de la mamá no hay por donde cogerla!

Conchita López, que estaba aguardando su turno con paciencia, porque estaba segura de que su vez le tocaría, comenzó a fiscalizar los actos más o menos punibles de los tíos maternos de Maricusa y su abuela.

–¡Pues no era poco animada la vieja! –terció doña Blanca–. Se dice que el más joven de ellos no era hijo de su padre...

–Precisamente de quien creo que era hijo es de su padre –atajó con una sonrisa de lagarto Conchita López.

–Mujer, ¡qué monstruosidad! –dijo la mamá de Matilde–. Además fíjate que hay moros por la costa. La verdad es que hay ciertas cosas que...

–¡Pero si eso lo saben los chicos de la calle! Se lo oí siempre a mi pobre madre. Y mi madre no mintió jamás, como ningún Fernández del Banco –dijo con voz solemne Conchita López.

–Los Rivas tampoco son gran cosa –asintió don Paco.

–Cuando emparentaron con los González Miguel, encumbraron un poco –dijo con aire de suficiencia Conchita.

–¿Esos González Miguel son los de ustedes, Conchita? –preguntó don Andrés.

–¡Quite, por Dios! Esos son unos brutos ricachos del Sur; los nuestros son González de Miguel, que es distinto. ¿Usted no ha estado por Los Lavaderos? Bueno, pues todo aquello era de mis tíos, los González de Miguel. Como decía mi abuela, ejemplo de señoras, y no porque yo lo diga, sino reconocido por el mundo entero, los González de Miguel han sabido tener siempre dos pesetas y conservar el abuelengo de la familia. Esos que emparentaron con los Rivas quisieron ponerse el «de», pero el pobre papá, que en paz descansa, modelo de caballero intachable, como saben ustedes que lo conocieron, le dijo un día en el Casino al viejo que los únicos que teníamos derecho al «de» éramos nosotros... Y luego se lo recalcó bien, pues afirmó que los

demás que pretendían codearse con los nuestros eran unos impuestos.

–Sería, impostores –rectificó suavemente don Andrés.

–¡Ah, sí, claro! Bueno, eso, impostores... Claro, impostores ¡Qué bobal! Hablando deprisa no se da una cuenta.

–Es un pequeño lapsus –dijo don Paco, observando la sonrisita de los jóvenes que no desapercibió Conchita.

–Sí; un lazo o un nudo –siguió Conchita– a cualquiera le pasa. Gracias a Dios como hablar sí sé, porque otra cosa no me dejarían mis padres, pero un nombre limpio y una esmerada educación, sí. Como decía mi tía Presentación, que era una santa, la educación por encima de todo.

–Ah, hija –intervino doña Blanca–, es lo primero. Mi pobre madre también lo decía. Ahora en cambio, ¡esta juventud!...

–Diga usted que lo que no hay es vergüenza –exclamó Conchita, que no perdía su vez de ningún modo–. Todo viene de que la gentuza se está igualando con las personas principales. Yo no he tenido hijas, y gracias a Dios no porque me haya faltado con quien casarme; porque, como decía mi pobre padre –y les aseguro a ustedes que si hombres honrados ha habido, mi padre es uno–: para casarte con un bandido, hija mía, no te cases. Bueno, ¿por qué saqué yo esto? ¡Ah, sí! Digo que si yo hubiera tenido hijas, aunque no serían tan mayores como estas niñas –dijo dirigiéndose a Matilde y a Milagritos–, sí procuraría que no anduvieran tan sueltas, porque como decía mi madre...

–Modelo de señora, reconocida por el mundo entero –dijo aparte Matilde a Milagritos, conteniendo una sonrisa.

–Mire, Conchita –atajó don Andrés–, yo no soy de los intransigentes. Yo creo que la juventud debe disfrutar de lo suyo; pero los padres deben vigilar.

–Sí, sí –dijo Conchita con reticencia–; pues mire que hay algunos... El otro día daba asco ver a la chica de Rosario Mellado con el novio; claro, ella no puede hacer más que lo que le vio a la madre, que también era buena; pregúntenselo a mi tía Paca, persona incapaz de mentir, que fue vecina de ellos cuando vivieron en la calle del Jardín; eran los escándalos diarios con el teniente Martínez y aun con el propio cuñado.

–Sí, algo de eso le oí decir a Juana el otro día –asintió la señora de don Andrés.

—Pues mira que Juana también está buena; no en ese sentido —atajó Conchita, que por nada cedía el turno a doña Blanca, la cual esperaba el suyo ya impaciente—; pero lo que es como ama de casa es un desastre. ¡A puerca y desordenada nadie le gana! La chica es mejor para la casa; pero, hijas, es tan patosa y tan cargantita, la pobre...

—Es amiga de éstas —dijo doña Blanca, refiriéndose a las niñas que con Santiaguito habían formado grupo aparte, charlando y riéndose estrepitosamente.

Continuando la costumbre española de que nadie es capaz de seguir una conversación en visita sin hacer apartes, la reunión se dividió en el grupo de los jóvenes, el de los caballeros y el de las señoras. Aunque doña Blanca lo intentó, no pudo recuperar su turno, y ella y la madre de Matilde tuvieron que oír resignadamente la aguda y dominante voz de Conchita López, que jamás sabía escuchar a los demás.

Don Andrés y don Paco hablaban reposadamente de política local; las niñas y Santiaguito decían colmos, discutían noviazgos y se refan un poco de lo que hablaban los mayores y de Conchita, que había nacido antes de que las partidas de bautismo se empezaran a extender, según afirmaba Santiaguito, queriendo hacer chistes a cada instante. Cuando Conchita López se levantó para despedirse, la pobre doña Blanca se dio por vencida...

—¡Jesús! —exclamó Conchita asombrada—. ¡Pero si son las nueve y media! —dijo consultando su reloj—; voy a llegar tarde, y verdaderamente a estas horas no me gusta que me vean sola, porque gente más crítica que la de este pueblo no creo que la haya en ninguna otra parte, hijas.

Y alargando la mano a los caballeros y con un «buenas noches niños» a los jóvenes, salió con aire marcial de la sala, acompañada de las dos señoras.

VI

EL Casino del pueblo reunía en sus salones a lo más aristocrático y selecto de sus habitantes. Ser socio del Casino representaba codearse con la crema de la ciudad y ser, desde luego, persona seria y acomodada. Una consagración de la vida oficial significaba para un joven de buena familia entrar en el Casino. Pagar la cuota el primer mes era como haber recibido el espadarazo que armaba caballero al socio neófito.

El Casino daba en sus buenos tiempos bailes de etiqueta y asaltos algunas tardes, a los que por cierto iban algunas gentes que a las damas no placían mucho. El elemento femenino, estrictamente aristocrático, no veía la razón de que ciertas muchachas, por el hecho de ser bellas o atrevidas, se introdujeran en el salón de baile del Casino y desprestigiaran la ilustre sociedad. Se toleraba que los hombres de clase más humilde entraran en aquel gran mundo y, sobre todo, si tenían carrera o un automóvil; pero que las mujeres, novias o hermanas de estos señores aparecieran por el Casino, era un atentado a las reglas inmutables de la Sociedad.

El tiempo, sin embargo, se peleó con la sangre azul, y las ilustres damas tuvieron que entornar los ojos ante la irrupción que las chicas de los comerciantes y otros antes o entes hacían por los salones del Casino. El caso fue que, aun cuando éste se adaptó bastante al modernismo nivelador, los días esplendorosos de la rancia Sociedad llegaron al ocaso, como si sus espejos, irritados, no quisieran reflejar más siluetas que las de aquellas y aquellos que tenían la exclusiva de la reflexión en sus lunas.

En la terraza del Casino se sentaban a conversar todas las tardes los socios más asiduos, de diversos temas. La reunión tenía ese cariz de senado que siempre tienen las agrupaciones de personas respetables a las que se suele unir alguno que otro joven «sensato», de esos que en los pueblos parecen tener ya canas, según expresión de las damas.

Una tarde estaban reunidos en la terraza varios contertulios. La discusión radicaba sobre si sería conveniente o no que la Hermandad de una santa imagen de la localidad se sacara en procesión, en virtud de las dificultades económicas que había; se pasó luego a comentar la suerte de un socio en el juego y se repitió lo de «desgraciado en amores...». Esto trajo al tapete la cuestión femenina, y algunas familias salieron perjudicadas.

Don Paco y don Andrés discutían aparte el linaje de los García de González. Sostenía don Paco que la ascendencia venía directa desde el conquistador García, que había asistido luego a los tercios de Flandes y fundado mayorazgo. Don Andrés porfiaba que la rama actual no descendía del conquistador; pero don Paco, meticoloso en genealogía, sostuvo sus puntos de vista. En otro lugar, don Cosme Torres y don Juan Muñoz, el padre de Juanita, aseguraban a don Santiago Cruz, un hacendado del interior, que la imagen del Cristo del pueblo era del siglo v; mientras, junto a la puerta principal Santiaguito y Manolo Torres discutían si el centro medio del equipo local había actuado bien o no en la última partida.

La aparición de don Fermín detuvo las conversaciones parciales de los señores, que atendieron a la llegada del personaje. Don Fermín era un caballero incoloro, viejo, que divertía a los habitantes de la ciudad por el mero hecho de ser un tanto retrasado mental y, sobre todo, por no tener noción de los números. Lo mismo daban al caballero ochenta que ochocientos; su pobre cabeza era incapaz de albergar el más modesto cálculo matemático. Se contaban de él anécdotas que Santiaguito exageraba a su gusto, para regocijo de su coro femenino, que se divertía a costas de un pobre anciano infeliz, con esa alegría de los pobres de espíritu, cuando ven a otro pobre comiéndose las hierbas que ellos arrojan, según nos cuenta siempre la vieja décima de Calderón.

—¿Cómo está usted, don Fermín? —dijo Santiaguito con aire resuelto y dispuesto a lucirse en cuanto vio subiendo las escaleras al anciano.

–Así, hijo, así–contestó don Fermín, dirigiéndose a los caballeros que habían hecho grupo y que se disponían a dejar sitio al recién llegado.

–Vamos, ustedes buscando siempre a los de su edad–insistió Santiaguito–; sin embargo, aquí, mi tocayo don Santiago, tiene ya cien años, aunque no lo parece, ¿verdad?

Don Fermín miró indeciso al indicado y luego afirmó con aire convencido:

–Los lleva bien, la verdad.

Los reunidos contuvieron la risa, y don Santiago, que, como forastero, no quiso corear la broma abiertamente, comenzó a hablar de compraventa de casas.

Don Cosme dijo que conocía algunas cuyos precios oscilaban entre los ocho y los diez mil duros; pero don Andrés replicó que por la que pedían ocho estaba bien pagada con treinta mil pesetas.

–¿Qué le parece, don Fermín? Es caro, ¿no?

–Sí, la de treinta mil pesetas es la más cara–afirmó sentenciosamente el anciano–; ¡son muchos miles!

Rieron todos la simpleza de don Fermín, dándole a entender que era por lo de los miles, y continuó la conversación, pasándose de ella a los asuntos de hipotecas y de herencias, suertes, medianerías, rentas y contratos. Don Fermín, aburrido, o porque tuviera que marcharse, se despidió de los contertulios, cogió su bastón y salió calle abajo con paso lento.

Quedaron todos comentando sus ocurrencias matemáticas con regocijo, y se contaron más anécdotas del viejo.

–Un día le dije–afirmó Santiaguito– que mi padre tenía ya doce años, y me contestó que él lo había conocido desde chico y que no creía que tuviera tantos. ¡Ja, ja!...

Prolongaron los socios las carcajadas de Santiaguito y don Cosme continuó con otra anécdota más, como variación del mismo tema.

Y por el solo hecho de existir un pobre hombre tonto de nacimiento, estos caballeros se creían personas de talento.

VII

TODAVÍA quedaban personas que conocieron los buenos tiempos del Círculo. Se recordaba con emoción el nacimiento de la ilustre sociedad en una modesta accesoria de una de las calles céntricas, hasta su traslado a la casa amplia y espaciosa en que estaba. Los más enterados contaban de vez en cuando el episodio regionalista cuando los sucesos del año nueve. El socio más antiguo refería el discurso de Lerroux; la representación de Ernesto Vilches; los conciertos de Pura Lagos; los Juegos Florales del año mil novecientos y pico; los sonetos de un ilustre vate local; el frac prestado de Zutanito...

El Círculo, como su ciudad, vivía de los recuerdos y de la tradición. Su nombre no era ya más que un título agrupador de la buena burguesía del pueblo que discutía por las tardes de política local y nacional, de la honradez de tal o cual señora y de la conformidad de tal o cual señor, y por las noches se jugaba las pesetas, con alguna nerviosidad, al monte, a las castizas siete y media, cuando no al póquer. Las generaciones nuevas que por allí aportaban perdían el tiempo si querían remozar el nombre de la sociedad, que pudo haberse titulado atinadamente de «Unión y Recreo». Los veteranos, con su aire de socarronería pueblerina, se reían de los «pollitos intelectuales» que, al cabo de un par de años, eran ya tan socarrones como ellos y sabían de memoria todos los asuntos más o menos placenteros de la localidad, cuando no se jactaban de intervenir en ellos. Si algún joven lograba verse libre del Círculo o del aristocrático Casino, o de la taberna de la esquina, tenía que meterse en casa a trabajar y a aceptar al poco tiempo el título de *chiflado*, si es que las fuerzas vivas no querían extremar los adjetivos.

Un pueblo cualquiera como éste daba, sin embargo, en medio del tri- gal uniforme, alguna que otra planta solitaria e interesante. Las pocas no- ches que don Jerónimo Ruiz aparecía por el Círculo, la gente oía con miedo su exacta ironía mordaz, que no perdonaba jamás lo imperdonable.

Don Jerónimo era un hombre alto, con los ojos caídos, de mirada torva, nariz recta y labios sensuales que se plegaban en un rictus indes- criptible. Había sido un hombre mundano en su juventud, y se decía que las mujeres lo habían amado mucho. Si los «gallos» de la localidad contaban sus aventuras más o menos donjuanescas, con el género de exportación que los barcos les traían en tercera para esparcimiento de sus sentidos, y que los proveedores distribuían entre los burdeles que pomposamente llamaban «cabarés», don Jerónimo iniciaba el pliegue de sus labios y el joven «conquistador» cerraba su pico de oro.

Cuando hablaba de precios sobre el mismo género, el caballero con- testaba al joven, sin abandonar su habitual rictus:

—¡Muy caros se pagan ahora los «chalecos»!

Don Jerónimo vivía solo; sabía anécdotas del tiempo viejo, y se reía con todo de los cronistas de provincia que andaban siempre a la caza de una partida de bautismo o de una real cédula, como si les fuera la vida en ello. Don Jerónimo era un gran conversador y contaba a su tertulia compuesta casi siempre de jóvenes que se hacían solos, sin pasar por las academias locales y de algún otro forastero, hechos y acontecimientos con primoroso decir, poniendo en la palabra esa finura que el buen artis- ta imprime siempre a su obra.

Una tarde brumosa y gris lo encontraron Federico Fuentes y Ramón Perdomo paseando solo por una calle solitaria y típica.

—Usted, don Jerónimo —dijo Ramón deteniéndose—, con la solemnidad de su paso, es el único hidalgo de este pueblo muerto. Ante usted, yo, que soy partidario de las bombas, me siento admirador de la aristocracía, pero de la que usted representa y mantiene.

—No digas blasfemias, réprobo —atajó sonriendo el caballero, que le danzaron los ojos al ver a los jóvenes—. ¿Hablas de bombas en este pueblo tranquilo?

—¡Cuando los malos nos comamos los niños crudos —replicó con gesto bromista Ramón Perdomo—, haremos filtros con su sangre para los enamorados tornadizos!...

–¡Descastado! –rió don Jerónimo.

–Si continúan ustedes por esa mala senda –torció sonriendo Federico al estrechar la mano de don Jerónimo– van a pervertir a un servidor.

–De vivir Gonzalo de Berceo, hijos míos –dijo el caballero, gran conocedor de los clásicos–, diría que erais un par de *foles*... Bueno, ¿a dónde ibais?

–¡A buscar aventuras, don Jerónimo! –dijo irónicamente Ramón levantando los hombros con gesto displicente.

–Para aventurero el prócer que poseyó esta casa –dijo deteniéndose ante un edificio antiguo de la calle, una casona solariega de sabor típico, de esas pocas que los descendientes de la vieja aristocracia iban dejando.

–¡Ah, la del Vizconde! –dijo Federico.

–Buen ejemplar –afirmó don Jerónimo. Tan bueno como nuestro desaparecido vino Malvasía; aquí vivió ya viejo, cuando se ponía las zapatillas de terciopelo para ir a casa del Marqués, su amigo, y que escandalizaron a todo el pueblo. El Vizconde viajó mucho en sus mocedades y también amó mucho. Un día os conté cómo se fugó de la cárcel... En sus últimos años fue un *volteriano* de mucha gracia y de mucho donaire, como se decía en su tiempo.

–Aquí hubo aristocracia hasta ese siglo, el XVIII –intervino Ramón–. Hasta entonces los grandes cumplían con el precepto *nobleza obliga*, pero ahora todo está mezclado, con los vástagos en decadencia. Y esto no se arregla sino a bombazo limpio –terminó exaltándose Ramón, acudiendo a su monomanía.

–¡Qué exagerado eres, Ramón! –dijo Fuentes–. Pensando así no se puede ir a ninguna parte. Las bombas no prueban nada y, además, te estás volviendo tan insensato como el famoso anarquista de Tarrasa del cuento...

–Mira, Federico, a mí paños calientes y medias tintas, no; tú protestas, pero te quedas tranquilo, y a mí hay días que este pueblucho me harta, y ¡vamos!...

Don Jerónimo sonreía maliciosamente con la disputa de los jóvenes. Habían llegado cerca de la Plaza y, parándose frente al palacio de piedra de los viejos marqueses, dijo a sus jóvenes acompañantes:

–La emoción del recuerdo, amigos, es algo inefable; yo he asistido el Día del Corpus, hace mucho tiempo, a un espectáculo quizá sin impor-

tancia, pero que, de conocerlo, hubiera aprovechado Azorín para escribir sus primores de lo vulgar: una ancianita cargada de años se asomaba al balcón principal de este palacio, para ver pasar al Santísimo. Parecía un copito de nieve, un montoncito sin facciones sobre un cojín de terciopelo rojo y que emergía del fondo de la piedra neoclásica de este palacio. Era la última llamita de un fuego de siglos atrás que se extinguía, suavemente confundida en el incienso de la tarde del Corpus. Yo me acordaba siempre del ocaso de los Austrias y, detrás de la ancianita, veía la pareja figura macilenta de Carlos II, con su halo de exorcismo a cuestras, pintado por Carreño de Miranda en el último tercio del siglo XVII. Pero estos son hojas secas. Ya en esta plaza las damas no arrastrarán sus polizones, ni los marqueses vendrán en litera, que ahora sus descendientes prestan a los toreros... ¡Qué diría don Alonso si viviera, él que era terrible!

—¿El del Jardín de Aclimatación? —preguntó Federico.

—Sí; a mí desde luego me era más simpático su padre, el amigo del Vizconde y de Viera. Don Alonso era lo que llaman a los «beneméritos»; pero tenía una oficialidad un tanto de cartón piedra, que me carga un poco... Su padre sí que era agradable del todo —concluyó don Jerónimo, como si hubiera conocido a estos personajes de siglos atrás.

Callaron los tres largo rato; gustando el silencio brumoso de la tarde el anciano y ensimismados los jóvenes, andaban con la cabeza baja. De pronto dijo don Jerónimo, parándose de nuevo:

—¿Sabéis lo que escribió mi viejo maestro Pulido? Escuchad:

Recuerdos, huellas impresas
que el tiempo al pasar dejó.
¿Qué son recuerdos? Pavesas
de una luz que se apagó.

Federico miró a don Jerónimo con una sonrisa suave y amplia y Ramón Perdomo dijo con aire monomaniaco:

—¡Bombas, don Jerónimo, convénzase; lo que hace falta son bombas!

VIII

LA brisa mañanera del mes de mayo o junio tiene en la ciudad la fruición inédita de lo nuevo. La mañana posee siempre el regusto de lo no usado y virgen. Todavía los pasos, las voces, la respiración de las personas, el tránsito de animales y vehículos no ha gastado la frescura de la recién nacida, que se ofrece como si la Aurora fuera una Venus emergiendo del mar. En la mañana del Corpus—repleta de presagios solemnes— los artesanos, las artesanas, los aristócratas, las aristócratas, el pueblo-obrero todo en este día y obrero de un primoroso y poético trabajo tiende sobre el santo suelo de las calles sus bellas alfombras de flores en honor y gloria del ausente y presente Jesús Sacramentado.

A medida que el día llega a su juventud y está cara ya a la madurez, el colmenar artístico va dando fin a su labor hecha en tantas horas y deshecha luego en tan pocos minutos. A partir de las tres de la tarde, la faena suele estar ya realizada, y son entonces las aceras de la ciudad insuficientes para tantos como de dentro, y de fuera sobre todo, las pasean admirando los tapices plásticos, autos sacramentales algunos, sobre los grises adoquines de las calles.

La chiquillería endomingada da la nota musical y aguda al cuadro; después hay que fijarse con atención en las personas que vienen a ver y ser vistas en este espectáculo de exhibición provinciana. Han pasado lujosamente vestidas las chicas de González; las de López, atrevidas y feas, pero con valentía; luego, unas de la capital, con unos sombreros graciosos por lo ridículos. La chica de don Andrés, que está en la ventana de su casa, ha hecho un comentario humorístico de estos sombreros, pero no tardará desde luego en encargarse otro igual. De pronto, una

campesina que se ha quitado los zapatos que los desacostumbrados pies no resisten, sigue pisando en medias y tan contenta con los zapatos en el brazo, no sin haber provocado sonoras carcajadas en el joven elemento cercano al suceso. Chelo Jiménez pasa con su bigotillo y su uniforme, «castigando» a la pequeña de Rivas, que lleva un bello traje malva de campana y una cinta alrededor de la cabeza con una corta lazada por detrás, última evolución del sombrero, que ha terminado por ser la mínima expresión de sí mismo. Las de Cruz pasean su amarga soltería, sin detenerse siquiera en los bellos tapices; detrás han pasado unas del Norte, cursis y ridículas, según la expresión de Matilde, que inspecciona con todo cuidado la cabalgata. Pasa luego un señor con dos niños de la mano y detrás su mujer con el corsé muy apretado y un *renard* a la espalda, llevando a otros dos niños de la mano y empujando a una niña vestida con vaporoso traje de linón blanco con capota de lo mismo, que va delante y algo fatigada. Van todos con lo mejor del perchero y, naturalmente, lleva el matrimonio un aire cansado. Juanito Suárez lleva del brazo a Conchita Pérez, su joven esposa, que ha engordado bastante; pero, según Milagritos, la luna de miel les va pasando, pues no es ya Juanito quien coge del brazo a Conchita, sino que es Conchita quien coge del brazo a Juanito. Alguna resentida del grupo profetiza que para el año que viene irán sueltos, sin enlazar los brazos. Desde luego, Juanito mira con envidia el grupo de sus compañeros solteros que saludan al pasar, sintiendo, simplemente, el no acompañarles y piropear a las chicas, porque esto de ir con la mujer es una lata, aunque comprenda que las cosas tienen que ser como han sido siempre.

En la plenitud de su belleza y gallardía pasa Luisa Aguilar con un vaporoso traje fondo negro y adornos rojos. La muchacha, segura de sí misma y sin duda de su belleza, cruza con aire desenvuelto la calle, observando si la miran y saludando cuando la saludan. Un grupo de señoras sigue al ramillete juvenil; van comentando la diferencia habida entre el *Corpus* de su juventud y este de ahora.

La fina y negra cabeza de un apuesto muchacho llama la atención, en medio del gentío. Podrá tener unos treinta años y un agudo perfil que realza la atrayente gallardía de su figura. ¿Qué puede pensar este hombre de treinta años, con su cuello de efebo al sol de mayo y que ahora esconde sus ojos tras unas gafas negras?

Una persona escéptica y demoledora, Ramón Perdomo, distrae a Federico Fuentes en sus meditaciones. Federico ve pasar en silencio la gente, y Ramón se coloca a su lado. Perdomo ha sonreído maléficamente y con su brusquedad habitual ha dicho a su amigo:

—Todos esos que van ahora por ahí no son nada, ¿sabes tú? Las de González, las de López, a todas ellas nadie las conoce en Madrid ni en Sevilla ni en ninguna parte fuera de aquí. Dentro de veinte años estarán ya viejas y ni siquiera aquí se hablará de todos estos que son ahora jóvenes. Dentro de cuarenta ya habrán muerto algunos; dentro de otros cuarenta nadie les ha de citar, porque apenas si los recordará un superviviente... ¿Qué es este pueblo junto al resto del mundo? Si has tenido la curiosidad de observar una esfera terrestre, habrás visto que no ocupa un lugar mayor que la deyección de una mosca en la superficie esférica; y si comparas veinte, cuarenta, ochenta años, ¿qué son al lado de cinco o de diez siglos? ¿Qué son estos para la eternidad? Esa gente como ves, no existe, no es nadie.

Federico Fuentes, a medida que el tiempo pasaba por él, sentía una serenidad nueva en su espíritu. Al paso que Ramón se tornaba más exaltado, él era ahora un conformista del momento, de la forma, que no había renunciado a la ilusión, pero que suavizaba con una digna actitud su inadaptación a tantas cosas. Por eso replicó casi molesto a su amigo:

—¿Qué me cuentas con tanto nihilismo? Tu posición no tiene nada de convincente. Estas gentes podrán envejecer y morir, ¡ahl!, pero han vivido, han gozado, han sufrido, han sido jóvenes unos, y otros lo son ahora. ¿Quién les quita lo bailado? Dices que nadie se ocupará de ellos dentro de ochenta años... En 1854, una belleza de nuestro pueblo brilló como una espléndida magnolia en la procesión del Corpus. Poco después su belleza llamó la atención en París, ¿sabes?, en la capital del mundo, donde la esplendidez de aquel capullo fue *éclatante*, según decía un cronista de la época.

—Poco a poco, amigo mío —interrumpió su contradictor—, ¿crees que habrá en París hoy quien recuerde, ni aun aquí mismo, la belleza de ese capullo? ¿Crees que dentro de sesenta años habrá quien recuerde la hermosura de Luisa Aguilar?

—Si no habrá nadie que recuerde la belleza de aquella damita de 1854, siempre habrá unos absurdos seres que existen en todos los tiempos.

A estos seres las gentes de esa cabalgata llama bichos raros, o intelectuales, o ratas. Unos seres que en el fondo nada saben ni a veces son siquiera inteligentes. Son las antenas emocionales del tiempo histórico, fragmentado en bagatelas efímeras que su sensibilidad hace permanente. Ya ves, el nombre de esa belleza del ochocientos se actualizará por mí; yo saco del desván polvoriento del pasado a la *éclatante* hermosura de «la pobre Guillermina», como escribía un cronista de aquella época. Sí, la haré revivir en mis crónicas. Yo escribo y buceo en el tiempo ido, porque no puedo hacer más que eso. Se es escritor como se es otra cosa. No me han dejado mandar un barco, pero escribir es distinto. Luisa Aguilar o ese joven que va por ahí podrán ignorar, e incluso rehuir a los bichos raros, a los ratones, a los intelectuales; pero, si no quieren morir definitivamente, tendrán que agradecer su eternidad a esos desagradables cronistas de lo mínimo que sirven para fijar en la historia local un traje de campana color malva, o un residuo de sombrero, o la espléndida belleza de una damita, o la atrayente figura de un hombre de fino perfil que tiene treinta años.

La voz de Federico Fuentes bajaba lentamente de tonos. Hablaba el mozo con lentitud y suavidad, pero con aire firme y hondo. Ramón Perdomo lo escuchaba en silencio, con el respeto que los hombres exaltados escuchan a veces a los que no lo son. Federico prosiguió diciendo:

—Luisa Aguilar no sabrá, además, que por ahí cerca van también unos seres no tan hermosos como ella o el hombre que ha pasado, pero con sus problemas y su vida. Aquel pobre muchacho —dijo señalando a un transeúnte— es un hombre modesto y feo que lleva el traje muy gastado ya, pero es una buena persona. Lo veo todas las mañanas en su oficina, inclinado sobre unos papeles que invariablemente copia. Ha visto pasar a Luisa conteniendo un suspiro; es un hombre que probablemente se ha enamorado de ella, pero él sabe que no la tendrá nunca, y en ese suspiro he visto expresado el dramático y hondo gesto de la renuncia al imposible. Y tú, Luisa Aguilar —dijo Federico como si hablase con la muchacha—, no te enteras aún de que existe ese pobre hombre...

¿Molestó a Federico que Ramón lo viese en un trance melancólico? ¿No quiso continuar por un camino en el que sabía que se encontraba solo? El caso es que se sonrió con Ramón y, dándole una palmada en el hombro, dijo alzando un poco la voz:

—Es probable que tengas razón, amigo, y que ni Luisa ni ese joven ni el pobre muchacho de la oficina sean nada.

Sí, nada. Pero aquí estoy para darles a todos fe de vida. Y por mi pluma la belleza de Luisa Aguilar será también *éclatante*; ella y la arrogancia del joven interesante harán época, a lo mejor. Lo escribiré en letras de molde dijo Federico, cogiendo las solapas de la americana de Perdomo, que lo miraba algo asombrado. Y como hablando consigo mismo concluyó:

—Lo escribiré, sí, se lo prometo a ustedes. Y si ni tú, Luisa, ni usted, joven desconocido, ni yo mismo somos nadie, ¿quién nos quita a todos nosotros lo bailado?

IX

FEDERICO Fuentes logró que un amigo de la capital le presentase al director del periódico más leído de la provincia; quería escribir sus impresiones sobre las personas y las cosas, y el director prometió leer su trabajo y ver si era publicable.

—Por aquí vienen muchos jóvenes —decía el director dirigiéndose al amigo de Fuentes— con la pretensión de publicar sus escritos; pero el periódico no puede dar cabida a todas las expansiones de los noveles; yo aspiro a que algún día los jóvenes tengan una sección en mi periódico, pero no puedo insertar en primera plana una firma desconocida sin que lo que firme sea, por lo menos, algo con sentido y bien escrito.

—Ese director —decía Fuentes a su amigo cuando se hubieron despedido de él— no es tan coco; me habían asegurado que lo era, y yo mismo he estado algo nervioso en su presencia. Realmente le abrumarán las peticiones, y es justo que ponga un límite y exija sus condiciones.

Hablaron luego del periodismo y de los tiempos en que la prensa era un cuarto poder, si no el primero.

—Hacía caer un artículo de fondo nada menos que a todo un Ministerio —decía sentenciosamente el amigo.

Citaron luego a los buenos periodistas del siglo XIX; dieron unas vueltas más por la plaza; se detuvieron a saludar a unas chicas que ambos amigos conocían y, tras piropearlas un poco y despedirse, prosiguieron los dos su paseo, en tanto que Federico aguardaba que fuera hora de marcharse a su pueblo cercano.

—Siempre he admirado —dijo Fuentes a su joven amigo— tu habilidad especial para hablar con las chicas. Yo, aunque no soy un tímido, ya

lo sabes, no sé cómo te las arreglas; les hablo de cine o del noviazgo de Fulana y Mengano; les digo que están preciosas, y se me agota en seguida el repertorio. A veces me pregunto de qué se ríen, por qué chillan, para qué son tan afectadas e insinceras algunas o por qué otras que presumen de modernas manifiestan un desparpajo impropio de lo que me parece a mí que debe ser la mesura y la discreción en una mujer. Decididamente –concluyó– soy un inadaptado respecto a la mitad, o a las dos terceras partes del género humano, porque no sé –dijo sonriendo– en qué proporción estaremos.

–Es que tú, Federico, eres un analista; a las chicas hay que tomarlas como son; algunas son bastante bonitas y agradables. Aunque a veces se aburra uno un poco, si son bonitas, ¿qué importa?

–No sé; si estuviera aquí Ramón, te contestaría que esto se arreglaría con bombas; ya sabes su manía.

–Ramón es una buena persona –añadió el amigo–; yo creo que esa manía «bombística», es una pose suya como otra cualquiera; él es incapaz de destruir nada ni a nadie; es un nervioso de temperamento que, en la quietud parsimoniosa de tu pueblo, se exalta; los espíritus inquietos y con afán o ánimo notorio se desesperan viviendo en pueblos como el vuestro, donde nadie vibra en un impulso de futuro, sino en una enfermiza inclinación a un pasado bien muerto; por eso, cuando surge un Ramón, es el demolidor demoníaco de vuestra bruma, de vuestra pequeña ciudad donde hierven espíritus de un metro cincuenta de talla...

Fuentes sonreía benévolutamente con las afirmaciones de su amigo y en el fondo asentía.

–Tú, en cambio, Federico –prosiguió su interlocutor–, eres más sereno; en tus primeros tiempos te desesperabas, porque no te dejaban ser marino; pero ya estás a punto de acabar tu carrera universitaria «con aplicación y brillante aprovechamiento» –dijo haciendo un guiño pseudo académico de sana ironía.

«¡Bah! –pensaba Federico luego que se despidió de su amigo–, cree que soy un conformista y que voy a hacerme secretario de Ayuntamiento».

X

AL día siguiente, Federico corrió temprano a mirar ávidamente el periódico. Su artículo no había sido publicado. «Le parecería mal a ese majadero de director», pensaba con desconsuelo... «¿También voy a fracasar en una ilusión que no es un peligro abrigar, que no es arriesgada?».

Al fin, a los dos días apareció, y en primera plana, su trabajo; le latía el corazón más aprisa y leyó su artículo impreso, sin enterarse, regustando los caracteres de imprenta, los titulares en negrita, su nombre al pie. Notó luego que habían cambiado la puntuación que él tan cuidadosamente repasó; algunas palabras habían sido sustituidas por otras y el párrafo final estaba enteramente mutilado. Se puso de mal humor; pero al poco tiempo se volvió a leer y, mirando el trabajo ya impreso, en conjunto, como si fuera un cuadro o un torso con su firma al pie, se sintió feliz de que sus aspiraciones comenzaban a realizarse, bien que inicialmente.

¿Qué efecto produciría el artículo? ¿Lo habrían leído en el Círculo y en el Casino? ¿Lo verían en la Universidad? Probablemente, Ramón lo habría visto, porque conocía los propósitos literarios de su amigo e incluso le había augurado que el director nunca le publicaría nada.

—Yo mismo le llevé una vez unas cosas —dijo Ramón a Fuentes— y ese hipopótamo no me hizo caso; prefiere las cursilerías de los varones sesudos, o los cuentos malvas de ese pelma de Z. No lo he vuelto a saludar más; así es que no te entusiasmes, porque no te publicará el trabajo.

¡Ya vería Ramón cómo se lo había publicado!

Federico agradeció que aquella mañana su padre saliera sin leer el periódico. Él entonces pidió el desayuno y se encerró seguidamente en

su habitación a estudiar; le molestaba después de todo salir a la calle casi al mismo tiempo que su artículo, y se alegraba de que aquel día sólo tuviera clase por la tarde. ¿Qué dirían sus compañeros en la Universidad? Claro que al majadero de Manolo Torres a lo mejor no le gustaba; pero él no tenía nada que ver con esos entes que no ocupan más lugar en la vida que el del espacio físico...

Por la tarde fue a la Universidad; lo saludó cortésmente don José, el catedrático, y a Federico le entró un temblor vergonzoso. ¿Habría leído también don José su trabajo? ¿Le iría a decir algo? Pero no; don José pasó a la sala de profesores, y los alumnos fueron llegando uno tras otro y hablando de fútbol, mientras apuraban la colilla antes de entrar en el aula, o discutían sobre la lección del día; un compañero pidió los apuntes a Fuentes y todos entraron en clase.

Sus compañeros, pues, no habían leído el periódico aquel día. Un tanto extrañado, Federico, a la salida de clase, pasaba por el Casino, cuando don Andrés, que estaba con otros señores, lo llamó. Federico se inquietó, pero don Andrés sólo tenía un recado que darle para su padre. Se encaminó al Círculo; jugaba allí Chelo Jiménez una partida con Manolo Torres, al que había derrotado en toda la línea.

—¿Hacemos una, Fuentes? —inquirió Chelo.

¿Por qué se quedó Federico, que casi nunca jugaba al ajedrez, en el Círculo?

Jugaron y perdió. Volvieron a emprender otra jugada y también perdió. En torno a su mesa se habían reunido jóvenes socios, que al final celebraron la habilidad de Chelo.

Federico se levantó un poco cansado y fue a sentarse junto a un grupo de socios, ya maduros, que comentaban unas disposiciones de la Alcaldía en materia de aguas; el bando había salido en el diario de la mañana, según se decía, y sus extremos convencían a unos y disgustaban a otros. Un viejo socio se dirigió a Federico haciendo aparte y le preguntó su parecer; Federico, distraído, no se había enterado bien del caso, y se lo hizo explicar a su respetable interlocutor; dio su opinión, razonable; y después de saludar salió a la calle.

En el Círculo tampoco habían leído su artículo.

Se dirigía al paseo de la calle principal cuando oyó que lo llamaban; conoció la voz de Antonio Ramírez y Federico aguardó a que el joven

hablase. Antonio en realidad, pensaba Federico, es un hombre prudente y con sentido, ¿qué le habrá parecido el artículo?

—Tengo que hablarte —dijo en tono serio Antonio—; tengo que hablarte de algo importante.

Federico extrañó aquel tono inhabitual en Antonio, y con aire de expectación esperó a que continuara.

—Estoy disgustado con Luisa desde hace unos días —siguió—; no sé exactamente si romperé con ella o no definitivamente; pero de todo esto quien tiene la culpa es Ramón Perdomo.

—¿Ramón?

—Sí, y tú lo sabes.

—¿Yo?

—Sí, tú.

¿Que Ramón tenía la culpa y que él, Federico, lo sabía? ¿Qué líos eran éstos? Como mejor supo y pudo, Fuentes convenció al joven de que él no sabía una palabra del asunto, ni se le alcanzaba en qué sentido había intervenido Ramón en aquello. Federico habló serenamente; daba siempre a su voz un tono cálido y viril; diríase que aquel muchacho ponía el alma en su voz grave, reposada, con abundantes semitonos bajos, que daban a sus palabras un velado matiz de pasión contenida.

—Frente a mi ventana —le dijo una vez una muchacha un poco soñadora— hay unos álamos blancos. Cuando el aire azota sus hojas parece que es tu voz la que suena.

Convencido Ramírez de que Federico no sabía nada, cambió astutamente de conversación, y a las corteses preguntas de Fuentes, que quería deshacer en parte aquel equívoco, contestó con evasivas, tranquilizando a su amigo y acompañándolo hasta la esquina donde cesaba el paseo. Allí quedó solo Federico, que saludó a dos o tres conocidos. Un compañero se detuvo a preguntarle cuestiones de sus clases, y cuando iba ya a dejarlo tropezó con Ramón que marchaba en sentido contrario al suyo.

—Pero chico —dijo Federico que al fin daba con él—, ¿qué prisa llevas?

—Sí; llevo prisa; no me detengas. ¡Hasta luego!

Fuentes no comprendía la actitud de su amigo. Jamás había tenido prisa Ramón; casi no hablaba con nadie que no fuera él, y aquella noche, cuando más deseaba verlo, cuando ansiaba cambiar impresiones con él, salía con una extraña prisa.

Entró en un cine y casi no se enteró de la película; cuando encendieron las luces, los minutos del descanso, vio en la fila detrás de la suya a Luisa Aguilar con su amigo Ramón que le contaba, por lo visto, algún chiste o anécdota, pues Luisa se reía de las palabras que Ramón le decía muy cerca.

Ramón vio a Federico y lo saludó amablemente, levantando la mano derecha, que agitó; tenía en ella apretado un pañuelo de fantasía que debía ser de Luisa Aguilar, pensó Federico. Su amigo se acercó a la butaca de éste y le dijo:

—¡Hola, chico, aquí me tienes convenciendo a esta niña de que hay que tirar bombas!

Y soltando una carcajada, no muy ruidosa, se volvió a sentar junto a Luisa. Apagaron las luces y la película continuó.

XI

NADIE había leído su artículo! Aquel pueblo indiferente no se había enterado de que él había escrito un trabajo en la primera plana del periódico más leído. Sentía Federico aquella noche un picor agudo en la garganta y, paseando, sin darse cuenta por qué calles, anduvo un largo trecho.

Pasaban a intervalos grupos de muchachas que iban a cenar; pasó la pandilla de Quica Gómez con Chelo, diciendo chistes y colmos interminables; pasó don Andrés, discutiendo con un señor el bando sobre las aguas; la aguda voz de Conchita López se dejó oír a lo lejos, como el monólogo descompasado de un solista de flauta.

Todavía caminaba Federico distraídamente, cuando casi tropezó con el pobre don Fermín, que iba camino del Casino; al poco rato Santiaguito pasó acompañando a Juanita, su madre, y a Milagritos.

¡La caravana!, pensó Federico con una angustia y un cansancio grandes. Miraba a los transeúntes casi sin verlos, cuando se detuvo frente a un portal ancho que iluminaba desde dentro un gran farol prismático, que pendía del techo de la antesala de la casa. La antesala, desde fuera, se veía llena de palmas y matas de sombra; esas hojas plateadas de tonos oscuros que tan bien se cultivan en los países húmedos y fríos.

Federico se detuvo indeciso. ¿Entraría? ¿Le caerían aún al pozo de su alma otros cántaros de agua turbia y desilusionada? ¡Daba igual! Se sentía aquella noche enteramente solo; no se había encontrado todavía tan absolutamente solo como lo estaba ahora; de pronto, había desconocido a las personas que pasaban a su lado. Tenía el vago sentimiento de que había visto a Antonio, Santiago, Quica, Don Andrés, pero, ¿eran

seres? Para Federico eran figuras, pasos de cartón o de madera en una cabalgata sin luz, y como si el pueblo se hubiera quedado desierto, sintió la angustia y casi el miedo físico de estar solo.

¡Tremenda y agónica palabra de soledad! ¡Quien no te ha sentido ni tenido a su lado, como espada clavada en el pecho, no sabrá jamás qué cosa es el dolor! Vecina de la muerte, nos estremece su compañía, porque no es ella, la soledad, una situación de ausencia de todo; es una compañía negativa; un vacío que nos llena de angustia; una desesperación que nada espera; una muerte que vive amarga agonía.

Federico Fuentes, como si se aferrara a una tabla en una noche de naufragio y borrasca, puso la derecha sobre el picaporte de la puerta del zaguán y, como si en la tabla fuera o no a hundirse, subió lentamente las anchas y enceradas escaleras.

Vivía el caballero solo en una gran casa bien conservada y que, cuando el tiempo castigaba implacable, su dueño restauraba con gran cuidado y sabiduría. Las viejas puertas de rubia tea mostraban sus vetas resinosas y brillantes, con pasadores y bisagras de dorado metal, siempre limpio y bruñido: una mesa de estilo español del XVII, aclimatado al país, lucía un jarrón de cobre en donde, apretado y espléndido, mostraba su plenitud un coro de rosas blancas.

El viejo criado pasó al visitante a la biblioteca, donde don Jerónimo tenía su rincón preferido. Los estantes empotrados en la pared estaban cubiertos de libros por entero. Unos libros, en rústica la mayoría, y con las hojas cortadas, mostraban un dueño lector, y no de los que adquieren lujosos volúmenes para exhibirlos en ese lugar de lujo y buen tono que es una biblioteca para los frívolos de categoría y que muestran el sitio donde guardan los libros, como podían mostrar un caballo de pura sangre.

Don Jerónimo escribía en su ancha y espléndida mesa que se había hecho construir a su gusto. Muchos escaños, a manera de anaqueles cortos, terminaban sus márgenes, y estos recovecos –según decía el viejo criado– servían a su dueño de cómodo y cercano fichero donde archivaba notas, cartas, recuerdos, hojas y flores secas, amarillentas, y sabe Dios qué más cosas...

Un cómodo y moderno diván, que terminaba en estante, y después en larga y pulida superficie, mostraba sobre ésta un retrato de mujer

joven. Si se miraba de cerca este retrato, podía ver el observador que se trataba de un grabado antiguo en forma ovalada, que había recogido un instante de la efímera belleza de una mujer, para eternizarlo en aquel gesto de serenidad que emanaba del retrato. Los claros ojos de su dueña parecían mirar las cosas en torno suyo, y diríase que las ventanas de su hermosa nariz, ligeramente dilatadas, aspiraban con suave deleite el perfume de unos capullos de rosas que, invariablemente, estaban a su lado, en un vaso donde ardían, como las lamparillas arden a los pies de la Virgen María.

Algunas veces, cuando el caballero levantaba los ojos de su trabajo, miraba aquel retrato y le dirigía una sonrisa melancólica. A él se le antojaba, en las noches de invierno sobre todo, cuando las veladas eran largas y estaba muchas horas solo trabajando, que aquel hermoso busto de mujer, con los hombros redondos y desnudos, que servían de pedestal a un cuello de diosa antigua, salía de su marco y besaba su frente; sí, era verdad. Ella salía a besarlo, porque muchas veces él había sentido en la frente una tibieza suave; y en torno suyo, flotando sobre los libros y las cartas, el olor de ella mezclado al de las rosas, incensaba la habitación y la ungía en un solemne rito de ceremonia litúrgica.

El criado anunció a Federico Fuentes, y, al oír su nombre don Jerónimo se levantó apresuradamente a estrechar la mano de Federico entre las suyas.

—Muy bien, querido amigo; he leído su artículo esta mañana y estaba deseando verlo. Si no hubiera usted venido, le iba ya a poner unas líneas. Me ha gustado. Si a usted, hijo —dijo haciendo una pausa—, le interesa ese camino, creo que tiene condiciones; en fin, yo soy ya viejo y hasta el modo de escribir cambia con los tiempos. Pero usted tiene alma... ¿Qué le han dicho por ahí de su trabajo?

Federico se dejó casi caer en la butaca que don Jerónimo le ofrecía; éste se sentó también en otra, frente a su joven amigo. La espontaneidad de aquel hombre, ya viejo y aislado, su generosa cordialidad, emocionaban a Federico, que casi se contenía por no llorar de asco y agradecimiento a la vez; había alguien al menos que se ocupaba de él; un hombre que, aunque no era de su generación ni sentía sus problemas, era capaz de entenderlo y, sobre todo, de tenerle afecto. Esta noche, comprendía Federico hasta la expresión que un día le molestó en los

labios de un hombre que decía por su mujer: «La pobre es así... No se puede hablar con ella, pero ¡ah!, me quiere tanto».

–No me han dicho nada, don Jerónimo –contestó Federico, queriendo sonreírse–; no han leído mi artículo.

–¡Pero, hijo, si somos casi cuatro gatos aquí; y casi todos leemos el periódico antes de hacer nada! ¿En el Círculo no le han dicho algo?

–No, señor.

–¿Ni en la Universidad, sus compañeros?

–No, señor.

–Bueno, ¿y nuestro bombífero Ramón? ¡Se habrá metido al menos con usted!

–Tampoco; ni siquiera eso... –dijo Fuentes con aire de dolida resignación–. Lo he visto deprisa y luego en el cine con una amiga, pero no me dijo nada. Por cierto que él me aseguraba que no saldría y yo he ganado la apuesta. No pude decírselo porque no tuve ocasión para ello.

–Ya comprendo, hijo mío... comprendo. Sí; son nuestros convecinos. Puede ser que algunos no hayan leído el periódico, pero otros sí, otros lo han leído, lo han leído sus compañeros. Si usted no escribiera más que ese artículo, todo quedaría en paz; pero a usted se le ve el alma en su trabajo y el alma es una cosa que aquí molesta y sobra. Cuando escriba más trabajos, algunos volverán a leerle, pero usted no lo sabrá tampoco. El día que a usted le ponga un catedrático la mano en el hombro y le diga: «Bien, señor Fuentes, bien; escribirá con el tiempo correctamente», o eso mismo le diga dándole protectoras palmaditas algún escritor local de los consagrados, entonces alguna persona dirá por usted: «Sí, ya nos habíamos dado cuenta que este joven promete». Y nada más; luego se tenderá sobre usted el tupido velo de la conjuración del silencio.

–¿De la conjuración del silencio?

–Sí, hijo, sí. ¿No sabe usted lo que es esa conjuración? Es la red que invisiblemente tiende el paisanaje a los muchachos como usted que quieren hacer algo aquí. Si ven que usted asciende, le sonreirán asintiendo, pero no dirán nada; no le defenderán jamás, si alguna vez necesita usted defensa; no harán nada; se callarán: es la conjuración del silencio que tejerá lentamente un dogal, que en la garganta de los que se cohíben será un asfixiador inexorable. Esa es la conjuración del silencio, hijo mío.

—Pero es usted joven, Federico—dijo con aire alegre el caballero, que un instante se había quedado silencioso—, y de los jóvenes será el porvenir. Voy a enseñarle ahora unas reproducciones que he recibido hoy de Italia; se trata de fotos en color de importantes cuadros; vea este Fra Angélico qué bien impreso está.

Se levantaron los dos hombres y don Jerónimo enseñó al joven varias reproducciones. Volvieron a sentarse y hablaron de pintura, de los primitivos florentinos y sieneses que entusiasmaban al caballero. Conversaron luego sobre literatura. Federico quería traer a don Jerónimo al terreno anecdótico, en el que su viejo amigo brillaba con finura y gracia.

Don Jerónimo tenía para Federico la gran virtud de no ser «un viejo latoso del siglo XIX», según expresión favorita de Ramón Perdomo, no repetía jamás una anécdota que ya había contado, como no fuera a petición de sus oyentes, ni se detenía en la narración con ese estilo realista, narrativo y pesado de los supervivientes del siglo anterior que, para contar un simple viaje, lo rodean de un aparato descriptivo que no olvida ni las fórmulas del saludo contadas en estilo directo: «Yo le dije: —¿Cómo está usted?, y él me contestó: —Bien, ¿y usted?...».

El caballero, como si hablase a solas en voz alta, contaba a Federico sus correrías por la galdosiana calle madrileña de Postas y las inolvidables lecciones de Historia de España que don Emilio—decía hablando de Castelar— explicaba en la Central.

—Algunas veces—prosiguió— le oí explicar el porqué de su fracaso en el gobierno presidencialista. ¡Qué ingenuos eran aquellos pobres revolucionarios!—decía sonriendo—. Menos mal que tenían buena fe y eran honrados. Ya sabe lo que hizo Nicolás Estévanez cuando llegó al Ministerio de la Guerra: colocó un cartelito en el que decía que no se daban empleos. Madrid, en mis tiempos, era el país de los funcionarios cesantes que se turnaban igual que los partidos; cuando caían los conservadores, quedaban cesantes los hombres que ellos colocaban; a la inversa sucedía cuando los salientes eran los liberales. Así estaban los pobres funcionarios de administración enfundados en sus levitillas, angustiados o contentos entre credenciales y cesantías. Era ese mundo de personajes de carne y hueso que sufrían tanto y que Galdós llevó a sus novelas, sobre todo a *Miau*. ¡Qué miserias, Señor!

Pasó luego don Jerónimo a contar a su joven amigo cosas del Madrid literario de su época; de la polvareda que levantó el naturalismo de Zola y la intervención de doña Emilia por entonces. De los viejos recordaba cuando coincidió en casa de la condesa de G. con el viejo Zorrilla, maravilloso lector de sus versos, o cuando conversaba en la Librería de Fernando Fe —entonces en la Carrera de San Jerónimo— con el poeta Campoamor, cuya obesidad rellenaba el sillón que ocupaba todas las tardes en aquel establecimiento.

—Para mí, hijo mío, don Ramón no ha sido nunca plato de mi mesa; creo que su ironía o su filosofía barata, cuando no pedestre, era el resentimiento del darse cuenta que no era capaz de sentir la emoción poética. Zorrilla, en cambio, será todo lo que vosotros queráis, un poeta ampuloso, retórico, fácil a veces, versificador fluido otras, pero hay en ese poema «Granada» cosas inolvidables.

Y don Jerónimo, sonriendo de pronto, miró a Federico y recitó en voz alta:

Tórtola blanca de azulados ojos,
perla robada del peñón de Loja,
flor de la Alhambra, de su bosque ameno
Cándida corza.

La elegancia de la estrofa sáfica cobraba en los labios del recitador una orquestación a la que su grave voz, todavía sonora, aunque baja, matizaba de flexiones graves, marcando los acentos rítmicos, con pres-tancia de cantor ateniense:

Bella sultana, creación aérea
de mi alma triste que en los aires mora
¿Dónde me ocultas tus celestes ojos,
garza paloma?»

La voz de don Jerónimo se apagó de pronto. Miraba el caballero en silencio el retrato de la mujer joven que estaba frente a él, sobre la tabla pulida del diván, como si viera algo más que lo que allí estaba. Federico se levantó al ver que se nublaba la vista de su viejo amigo y que palidecía; el joven miró el retrato y miró a don Jerónimo; jamás se había atrevido a preguntar al anciano por aquella dama, que más de una vez

le había interesado; comprendió que la palidez y el silencio del dueño de la casa tenían que ver algo con aquel retrato de mujer tan extraordinariamente bella y desconocida para él.

–Te sonreías, Rosario –dijo don Jerónimo, mirando fijamente el retrato–, cuando te besaba en los hombros y te recitaba los versos de «Granada». Tienen la rítmica armonía de la otra, la que hizo más tarde instrumentada Isaac Albéniz, y te sonríes siempre que me oyes:

Pálida estrella cuya luz no veo,
flor de quien busco el delicioso aroma
¿Dónde eres ida... ?

¿Era un sollozo lo que contenía el viejo don Jerónimo, o el estertor de una agonía? A Federico le inquietó aquel extraño monólogo del anciano, que miraba el retrato como si la figura litografiada en él le hablase. De pronto, el caballero miró a su visitante y, como si continuase en el mundo de su monólogo, que para él era un coloquio, dijo a su amigo:

–Se sonríe...

Y aspirando un perfume para él conocido, tantas veces aspirado, volvió a mirar a Federico:

–¿No huele usted su perfume? Es ella...

El muchacho temió con angustia que su viejo amigo perdiera la razón; lo observaba cada vez más pálido y con un brillo intenso en los ojos, el brillo inquietante de los alucinados.

El anciano pasó sus manos por la frente; fijó la mirada en el suelo y estuvo un momento silencioso; después de un rato –que a Federico le pareció un siglo–, tornó a mirar al joven con su bondadosa sonrisa de siempre.

–¡Qué cosas decimos y hacemos los viejos! ¿Verdad, amigo? No haga caso; el perfume... Deben de ser esas rosas, que me marean. ¿Quiere usted abrir la ventana, a ver si pasa esto del todo, Federico?

El joven obedeció; sintió que se le quitaba un peso de encima al observar que don Jerónimo recobraba su tono habitual.

El viejo criado anunció que la cena aguardaba; Federico, prendado de la conversación de don Jerónimo, que había recobrado su gracia y

donaire, aceptó la invitación y envió recado para que no le aguardaran a cenar en su casa.

Tomaron el café en la biblioteca. Por el balcón abierto entraba un rayo de luna, que iluminaba la calle desierta y daba a las cosas esa luz clara y pálida tantas veces cantada por los poetas de todos los tiempos, y que producía en el ánimo una extraña suspensión. Aquella noche serena, llena de luna, ofrecía un embrujado misterio al espíritu. Así ocurre cuando éste cree sentir un hálito de infinito y de la divinidad. Es en la hora en que un ángel –sin nosotros saberlo– ha rozado al pasar con sus alas, las de nuestro corazón.

Muy avanzada ya la velada, abandonó Federico la casa de don Jerónimo. Al pie de la escalera el caballero hundía su mano derecha en el arqueado lomo de un gato de angora. El muchacho salió de la casa con el ánimo sereno, reconfortado con las generosas palabras de aquel extraño espíritu, y no poco sorprendido por lo que había ocurrido con el retrato. Nunca había sentido al anciano tan singular y tenso como aquella noche. Había percibido que el alma del caballero vibraba como un instrumento de cuerda. Había encajado con su viejo amigo en un perfecto diálogo, sin que ninguna palabra se quebrara en el aire del coloquio.

Don Jerónimo se quedó solo y tornó a hundir sus dedos en la piel del gato. Los ojos del animal con su brillo característico eran dos medias lunas en cuarto con luz esmeralda. El gato siguió dando vueltas, enredándose en los pies de su dueño, que entró de nuevo en la biblioteca.

Se dirigió al retrato y lo miró de nuevo, pensativo y tranquilo, y con apagada voz de cisne dijo, tocando apenas un capullo blanco:

¿Por qué es hoy luto y soledad lo que antes
fue luz y gloria?

XII

CÓMO se las había arreglado Ramón Perdomo, para convencer a Luisa Aguilar de que debía dejar a Ramírez? Federico se preguntaba por qué Ramón no le había dicho nada sobre ello, hasta que un día se lo encontró solo, cuando entraba en su casa, y hablaron largo rato en la calle.

–Ramírez está a punto de pegarte –le había dicho Federico a Ramón.

–No lo creas; si lo dice, no lo hará. Además, Luisa se aburría con él, me lo ha confesado ahora. A mí los ojos verdes de esa muchacha me han atraído siempre; no estoy bien seguro de interesarle, porque a las mujeres no se las acaba de conocer nunca.

–Tiene el peligro de que es bastante guapa, y además lo sabe –afirmó Federico sentenciosamente–, pero será una deliciosa planta ornamental en tu casa.

–No lo creas –dijo Ramón, poniéndose serio–, no es tan tonta como te imaginas.

–No pienso que lo sea del todo; aunque el hecho de que te hayas enamorado ya es un indicio. Los hombres inteligentes –dijo Federico– suelen enamorarse de las mujeres tontas...

–Eso se ha dicho algunas veces; pero ha habido quien ha contestado que en estos casos en que al parecer los inteligentes se casan con las tontas, ocurre una de estas dos cosas: o ellos no son tan inteligentes como se creen los demás, o ellas no son tan tontas como parecen ser. Lo que pasa –continuó– es que es muy natural que nos gusten las mujeres guapas, y que, por la ley de las compensaciones, ha querido Dios que las guapas sean tontas en su mayoría; claro que no todas.

–No sé; a veces nos gustan mujeres que no son guapas, y, aunque la hermosura es en ellas el valor decisivo, hay algunas otras cosas que nos gustan y no sabemos qué. Y no creo que sea exclusivamente la natural atracción animal, porque es a veces unas manos, unos ojos, una voz, lo que nos cautiva y atrae irresistiblemente. Cuenta tú, además, que cada individuo tiene su esquema ideal de mujer, como no sea un cerdo, y que cada época incluso tiene su tipo. Las mujeres ideales para nuestros abuelos son enteramente distintas a las que preferimos nosotros, y eso que, como tú dices, ocho siglos de arabismo nos dejó a los españoles una mentalidad de harén, y a veces evolucionamos poco respecto a cómo deseamos que sea la mujer que hemos de tomar por compañera.

Los jóvenes hablaron seguidamente de cosas de la vida local, y al poco rato se separaron.

–Este Ramón –pensaba Federico– ya no tira bombas. Más de una vez le había dicho, cuando, a la salida de misa de doce, las muchachas endomingadas paseaban por la calle, que él no podría resistir a estas damitas insulsas, incapaces de un sentimiento fino. Ahora se casaría con una belleza oficial y no pensaba con su habitual pesimismo que dentro de veinte años la belleza de Luisa no sería nada; también quería Ramón vivir y bailar su danza.

Le había dicho su amigo que quería ir al bufete de don Alberto Ruiz, el abogado, para trabajar. Trabaja –pensaba–, se casará con Luisa y llevarán los niños al cine los domingos. Él se hará la ilusión de que los llevará, con gesto distinto al que tengan los demás señores que lleven sus hijos; pero terminará por usar zapatos altos y por tirarlos al acostarse. Entonces comentará con Luisa las novedades del pueblo; si a Fulanita le gusta Menganito; si éste le debe dinero al otro. Sí; como terminará por cansarse de Luisa, porque más que enamorado sólo está deslumbrado con la belleza de la muchacha. El Círculo primero y más tarde el Casino absorberán sus tardes... ¡Dios mío! ¿Es esto lo que nos pasará a todos?

–Yo no sé, hijo mío –le había dicho su madre en una ocasión–, qué clase de ideas tienes metidas en la cabeza. Nada te gusta; a todo le pones un suave pero. No te enfadas ni protestas con ruido; pero preferiría que gritaras alguna vez, a que pusieras ese aire serio que es una oposición a todo. ¿Qué irá a ser de ti, hijo mío? No eres como los demás, y cuando

no es uno como los demás, se convierte en un extravagante. Los extravagantes, Federico, siempre acaban mal.

Eso era él. Un ser que vagaba fuera de donde iban los demás. ¿Qué quería? Él no lo sabía siquiera. No se distraía con nada. No le ilusionaba nada ni nadie. Pronto acabaría una carrera con la que no sabía qué hacer, porque no le gustaba. Había soñado siempre con salir de su pueblo y vivir otra vida; pero ahora empezaba a darse cuenta de que no se puede vivir otra vida que la de uno mismo y que ésta no cambia con las circunstancias externas, si el espíritu no está bien dispuesto a dejarse llevar por las atracciones del medio ambiente.

Por eso, cuando su madre le anunció que él tenía que acompañar a su padre a Madrid en viaje de consulta médica, Federico no se inmutó. Aquel viaje llegaba ya tarde; no prometía ser largo, y era además por motivos de enfermedad, aunque nada grave. Hizo las maletas tranquilamente, con la antelación de los que viajan por vez primera y, sin despedirse de nadie, excepto de don Jerónimo, salió con su padre camino de Madrid.

XIII

PENSEMOS que la ciudad tiene alma. Que el alma de este viejo pueblo es una tierna y bondadosa alma femenina. La ciudad tiene sus guías, donde están escritas, en sus páginas finales, la vida y obras de sus hijos más preclaros. Unos son del siglo XVI y llevan un yelmo en la cabeza y una espada en la mano. Los que son del siglo XVII llevan un libro de historia y visten sotana. Los hijos de esta ciudad que vivieron en el siglo XVIII llevan peluca blanca en la cabeza y fina casaca de terciopelo. Algunos calzan zapatillas azules. Asegura don Jerónimo Ruiz que estas zapatillas escandalizaron a la ceremoniosa ciudad. Es posible. Los hijos ilustres del siglo XIX fueron fieles al bien amado Fernando VII. Más adelante, unos varones fuertes llevaban largos bigotes y escribieron versos. Algunos de estos varones estaban eternizados en bustos de piedra, que parecían plantados en los jardines como los rosales o las araucarias. La ciudad se conmovía cuando se conmemoraban las hazañas u obras de sus hijos predilectos.

Cuando, en sus calles, dentro de sus casas, aleteaba un fino espíritu, ella, distraída o caprichosa, no veía el parpadeo de esta llamita que oscilaba. Sonreía sabiamente cuando alguno de sus pequeños brotes se sentía un revolucionario de costumbres y quería matar a bombazos a ese gran sujeto que es la mediocridad. Pero saben mucho los viejos. Conocen perfectamente la psicología juvenil. En casos como éstos, la ciudad sonreía hábilmente y lanzaba al encuentro de un presunto ilustre la inquieta belleza local que estuviera de turno; pero, ¿qué hacer con esos jóvenes melancólicos que no tiran bombas ni se alteran? ¿Se enteraba ella acaso de cómo era el alma de estos jóvenes silenciosos que pasean sus calles y que sienten siempre una aguja clavada en la garganta?

No se dejaban sobornar estos muchachos. Son inabordables. No les atraen las bellezas oficiales. No quieren ir al Casino. No desean ser alcaldes. ¿Por qué no quieren ser alcaldes, Dios mío? Se consterna la vieja madre. Ella está orgullosa de sus hijos. Hasta de los más descarriados, pero que, en algún discurso en cualquier país lejano, tienen para ella una flor.

Para estos jóvenes melancólicos, inadaptados, la vieja ciudad no tiene más que un gesto esquivo: ¡Qué se vayan! ¿Para qué quiero yo más hijos ilustres? Después de todo, a ella le aburren las fiestas oficiales conmemorativas; le cansan los discursos; se sabe de memoria los artículos de periódicos que escriben en el aniversario de la fecha ilustre las mismas cosas todos los años. Están inspirados en la misma fuente. Estos jóvenes prometen ser ilustres, pero a lo mejor no llegan a ser nada: que se casen o que se vayan. La guía está ya bien provista y los forasteros pueden ser deslumbrados.

Pero ella tiene sus recursos para los que se van. Que corran, que huyan; algún día es posible que les coja en medio de su lejano trajinar por la vida la melancolía del recuerdo. Y las calles, antes frías y nublosas, tendrán para el hijo pródigo el conjuro emotivo de las hojas secas, de las cartas de amor, de los muertos días de la niñez.

XIV

UN viaje, por corto y rápido que se haga, liberta a los espíritus concentrados en sí mismos y les distrae de sus problemas y soliloquios internos. El mar que rodea a la isla, teje para unos bella gargantilla de espumas en torno a su cuello. Es la imagen del agua que se sonríe, mostrando su blanca dentadura. Los antiguos, especialmente los griegos, hacían ya imágenes amables sobre las olas y la espuma salitrosa del mar. «Sonrisas infinitas de las olas marinas», dice Prometeo dolorido, quejándose amargamente, junto a la roca donde el gran dios Zeus lo tiene encadenado. Para los espíritus que se sienten prisioneros en una isla, para aquellos a quienes la insularidad es un tormento, la gargantilla de espumas es dogal o sogá que ahorca el cuello a una tierra que le viene corta a sus pasos de ambicioso.

Pero el isleño ama al mar, a quien feminiza, porque justamente ama. «La mar» tiene para él sortilegio y embrujamiento, atracción religiosa y poética.

Inclinado sobre la baranda del barco, Federico miraba las aguas –que en alta mar son oscuras, más bien de un azul negro intenso–, como si el joven quisiera coger el secreto que les arranca la quilla al hendirse en ellas. El mar junto a la tierra se anima con su contacto; juega con los arrecifes y se ríe, muerde, acaricia, frota o pule las rocas. Es el mar de los paisajes suaves, de las playas bajas. El mar en la soledad de sí mismo no es bello. Tiene entonces la augusta solemnidad de lo sublime; sobre-cogen sus movibles montañas oscuras, y el gran elemento que en la tierra y junto a la tierra puede ser tema de un idilio, o un madrigal, o de esas acicaladas quintillas de Gil Polo, el valenciano, es considerado en

sí mismo, en sus propios dominios, héroe de una epopeya, presagio temeroso de la tragedia más agónica que puede representar el hombre antes de que sus aguas lo devoren.

La vida de a bordo tiene sus encantos. Entablamos amistad con gentes a las que nunca volvemos a ver muchas veces. Nos cuentan o les contamos cosas íntimas, de esas que jamás comunicaríamos a estos pasajeros, si los hubiéramos conocido en tierra. Se es miembro de una gran familia que, dispersa en el bar o en el salón de fumar, cuando el pasaje no se marea, se reúne presurosa al toque del gong. Y, por designios del mayordomo, tenemos por compañero de mesa al personaje que el azar nos depara.

En la mesa de Federico se sentaban él y su padre, dos jóvenes que iban a hacer unas oposiciones –según contaban– a Madrid, un viajante catalán de pelo muy brillante y planchado, que miraba insistentemente a la linda vecinita de la mesa de enfrente, y un capitán de ingenieros.

En la mesa redonda y grande presidía patriarcalmente la persona del capitán, un hombre gordo y colorado como un crustáceo que, en compañía del médico de a bordo y del capellán, constituían las fuerzas vivas de la casa flotante, que cortaba semanalmente las tan cortadas aguas del Atlántico.

Federico no podía leer a bordo. Entraba en el fumador, se sentaba a oír tocar el piano a un joven alto con melena de artista, que sabía el nutrido repertorio de moda. Algunas jóvenes parejas bailaban.

Otras veces, cansado de esto, iba a ver jugar en el bar al capitán de su mesa, que se entretenía con su padre y otros pasajeros en unas inofensivas partidas de póquer, que a veces se solían animar con buenas apuestas. Un joven estudiante de medicina, que había perdido el dinero de su primer mes en Cádiz, miraba consternado al viajante catalán que, impassible y sereno, duplicaba su haber.

La vida de a bordo no ofrecía a nuestro amigo ningún interés. Se bailaba, se jugaba, se fumaba. No tenía con quién conversar y, mirando al mar y a las estrellas en aquella noche negra, Federico estaba, sin salir de sí mismo, ligeramente apoyado en la barandilla de la cubierta, junto a un bote de salvamento, con la mirada clavada en la infinita lejanía de aquella movible oscuridad.

—¿Pasa algún barco?

—No, señorita.

—Perdone usted, pero lo veo hace tiempo mirar a lo lejos.

—¿Estaba usted por aquí cerca?

—Sí; lo estaba viendo mirar a usted hace rato el mar. Observo que mira siempre al mar ¿Es usted marino?

—Casi; soy isleño. Y usted, señorita, ¿de dónde ha salido? No recuerdo haberla visto entre el pasaje ni en el comedor.

—Naturalmente, los hombres como usted no ven nunca nada; se lo ha pasado mirando al mar o sin mirar nada. Usted no baila, ni juega, ni habla con nadie. Por eso no me ha visto.

—¿Le molesta que no me haya fijado en usted?

—No, no lo crea. Usted es de los hombres que nunca ven a nadie, y yo tengo siempre interés en observar a esos hombres que en la vida nunca ven a nadie.

—¿Va usted en viaje de estudios de Historia Natural?

—No estudio nada; me gusta observar a la gente. Usted tampoco es un ejemplar para coleccionar.

—Debe tener muchos coleccionados; a algunos les clavaré usted un alfiler en el cuerpo y después les colocará debajo un cartelito donde diga el género y la especie del individuo que usted ha cazado. Los tendrá un poco tiempo y luego los tirará, a la vez que muda el agua a sus flores.

—¿Por qué dice usted eso? Usted no me conoce; nada sabe de mí...

—Yo sé muchas cosas de usted, querida señorita. Tampoco me conoce a mí y ya sabe que soy amigo de la soledad, del mar, y que miro siempre a la lejanía.

—Es bien sencillo averiguar eso, caballero; basta observarlo a usted.

—Usted no ha nacido para observar a nadie. Ha nacido usted para que la observen. Confieso mi gran pecado por no haberla visto antes.

—¿Me adula o quiere estrangularme?

—Ni una cosa ni otra.

—Es usted un gran señor...

—Y usted una gran dama, o una gran damita, que tiene gustos singulares; en vez de irse a bailar, se entretiene en hablar con un desconocido, huraño y descortés, que está permitiendo que se enfríe junto a este mar tan negro.

–Nunca me había tropezado con un hombre que se esfuerce en ser desagradable. ¿Verdad que quiere usted que me vaya?

–Lo probable es que, si le ruego a usted que se quede, va a pensar que quiero rectificar; pero suelo ser poco galante.

–Eso está bien. Sin embargo, es tarde y me voy.

–¿No le suena a usted a cortesía, si le digo que he tenido, que tengo un gran placer en verla? Una mujer que observa a la gente, y si es tan bella como usted, es un ser interesante y gentil. Observa usted a las personas que nadie observa. No creí que reparase en lo que hago, ni en este ser que tiene un gusto tan singular...

–Sí; tenemos gustos muy singulares. Buenas noches, caballero soñador; sin duda me aguarda mi marido.

XV

CUANDO el barco arriba al puerto, la intimidad de los viajeros que han hecho repentina amistad se diluye. Saludos rápidos, transporte de maletas, voces al familiar que aguarda, llamadas a los mozos. ¿Por qué chillará aquel joven desde abajo, llamando a su padre y hablando en altísima voz de un asunto, al parecer, familiar? ¿No tiene tiempo dentro de unos minutos de hablar despacio? A los que llegan y a los que esperan en instantes como estos, parece que de pronto se les va el tiempo para siempre.

–¿Has traído la documentación?

–Manolo quiere que vayas este verano.

–Sí; me escribió. Tu madre lo sabe, por supuesto.

–En Histología, ¿verdad?

A Federico le parecía que todas estas gentes se habían vuelto locas. Conversaciones, gritos, ruidos; maleteros sudorosos, viajeros apresurados; la aduana, el billete del tren...

«Cuando se ha vivido siempre en una tranquila ciudad, donde se pueden contar los lentos pasos de los transeúntes, y se llega a un puerto animado, en el que nadie nos espera –pensaba Federico–, me parece que acabo de nacer y siento no sé si la envidia o la tristeza de que nadie me espere.»

Ya estaba en tierra con su padre, que hablaba animadamente con el capitán de Ingenieros, cuando pasó junto a él la desconocida viajera que le había hablado la noche anterior. La llevaba del brazo un caballero, al parecer de bastante más edad que la dama, la cual, al ver a Federico, hizo una leve inclinación de saludo, tan rápida que apenas si la notó el joven.

Federico se despidió del mar, su último conocido, y se ocupó del equipaje, del almuerzo y de la salida del tren.

«Cádiz, querido amigo mío –había escrito Fuentes a don Jerónimo–, tiene su muelle hecho; nosotros, en cambio, hemos tenido que hacer el nuestro. Estos pueblos ribereños que tienen una naturaleza servidora, viven como si todo les fuera fácil y dado. Nadie quiere moverse aquí; la verdad es que el calor ahora no invita a la acción. Entre la hermosura de esta espléndida bahía y la sombra de sus estrechas calles morunas, se pierde toda acometividad. Ya sé que usted me objetará que tales afirmaciones son teorías arbitrarias y que aquí se han hecho en el pasado cosas movidas: las Cortes, por ejemplo. Pero está ya tan lejos y a los jóvenes nos suena tan hueco eso del liberalismo... No se enfade conmigo.

»Esta mañana observé que un hombre joven se entretenía largo rato en mirar al mar atentamente. Me acerqué por curiosidad a la balastrada de la extensa alameda y el hombre me explicó que una bandada de pequeños peces iba perseguida de dos mayores, que daban buena cuenta de los débiles de la colonia: una barra gris a la que plateaba de vez en cuando el lomo de alguno que brillaba fugazmente. ¡Ya ve usted en lo que invierte un hombre joven sus horas de la mañana!.»

Cuando el isleño deja las riberas y se interna tierra adentro, la ausencia del mar lo deja sordo y nostálgico. Después llega la sensación un poco deprimente de una tierra que se siente inmensa, sin lejanías de brumas salitrosas, sin paisajes de ensueño. La inmediata sensación del mar es la del ruido, para el hombre de tierra; para el hombre de costa, la sensación de tierra continental es la de olor. La inmensa loma de la alta Andalucía le parecía a Federico un mar de tierra, que en la llanura de Castilla la Nueva, pasada la monstruosa garganta de Despeñaperros, cobraba dimensiones extremadas en la noche estrellada.

–Dios mío, ¡cuánta tierra!

–Le asusta a usted la tierra, en la que nosotros nos encontramos tan a gusto –dijo un amigo ocasional de tren, a Federico y su padre. El viajero, que era un comerciante valenciano, a quien Federico creyó haber visto en la cubierta de segunda, contaba a sus interlocutores que él, en cambio, tenía un miedo grande a las travesías marítimas.

Una viajera joven, que al parecer iba sola, dijo dirigiendo una sonrisa al valenciano:

—A las personas que hemos nacido junto al mar, eso nos parece un insulto a tan importante personaje...

La muchacha, que ocultaba sus ojos detrás de unas enormes gafas negras, habló animadamente con los tres hombres. Hablaba con discreción y amabilidad, con un aire seguro, de dueña de sí misma, que desconcertaba a Federico, desacostumbrado al trato con otras damitas que no fueran las de su pueblo.

Imágenes. Más imágenes. Aquel señor viejo que paseaba con aire misterioso por el pasillo. El revisor una vez. El revisor otra vez. ¿Cuántas veces pica el revisor los billetes? ¿Era el mismo revisor o era otro? Ahora es un señor que muestra detrás de la solapa de la americana algo; Federico no sabe lo que es. Su padre y la señorita han sacado papeles.

—¡Ah, sí, un policía! —Federico le deja ver su carnet.

—La Mancha.

¿La Mancha? ¿La Mancha de qué? Ah, sí La Mancha de Don Quijote. ¿Qué sería La Mancha sin este caballero? Federico, silencioso, soñoliento, piensa esto. La señorita del asiento de enfrente debe de dormir. ¿Es del Norte de España? ¿A qué irá a Madrid? ¿Quién será ese caballero anciano que todavía se pasea? ¿Pero no se marea ese señor con el ruido del tren? Se han dormido sin duda sus compañeros. Los ojos de Federico, medio cerrados, miran el oculto paisaje calvo de La Mancha.

Imágenes. Aquella pareja que despidieron muchas gentes en Cádiz. Debían de ser recién casados. Los hombres daban la mano al joven; las muchachas y dos señoras besaron a una linda mujer que amablemente conversaba con todos. Federico los vio bajar en la estación de Córdoba. Daban las doce en el reloj de esa estación, cuando se los tragó la puerta de salida. Federico los veía largo rato en esta posición: saliendo por la puerta; primero ella, después él. No sabría jamás quiénes eran. No recordaba bien su fisonomía. La pareja no había visto al joven. Nunca sabrían ellos de él, ni él de ellos. Sin embargo, Federico tendría después siempre la imagen de una pareja de recién casados saliendo por la puerta de la estación de Córdoba, cuando el reloj marcaba las doce en punto.

Imágenes, imágenes.

—Valdepeñas.

¿Valdepeñas? Ah, sí. El vino. ¿Se puede vivir en estos pueblos que apenas emergen de la tierra? Sin duda. Hay en ellos mucha gente. Ten-

drán también una guía histórica y sus hijos ilustres llenarán las últimas páginas. O acaso las primeras. Y contarán con algún personaje de la época de los visigodos o de los romanos, lo cual jamás podría ostentar su ciudad. Después de todo, él era de un país casi sin historia.

Alguien ha abierto la puerta equivocadamente. Han cerrado. Federico ha dormido un poco.

—Manzanares.

También vino en este pueblo. Federico cierra los ojos. ¿Cuántos minutos se detiene el tren? Algunos viajeros bajan o suben. ¿Cómo tienen tiempo? ¿Y si arrancara el tren de pronto? ¿Y si esta niña no pudiera alcanzar la mano que su padre le tiende para bajar?

—¡Hay agua! ¡Hay cerillas!

El tren sube y sube. Ha vuelto a dormir o semidormir Federico. ¿Cuántas veces ha cerrado los ojos? ¿Cuántas ha vuelto a abrirlos?

¿Por dónde va el tren? ¿Qué pueblos ha cruzado? ¿Está primero Manzanares o Valdepeñas? ¿Se pasa después Alcázar?

Alcázar, Manzanares, Valdepeñas; el viejo señor se ha marchado, el revisor, el policía, la viajera, los recién casados que a las doce en punto se hundieron por la puerta de la estación de Córdoba; el mar —¡qué lejos ya!—, la viajera de a bordo. ¿Por qué habló aquella noche a la viajera? ¿La había visto en alguna parte? El retrato de mujer que don Jerónimo tenía en su despacho... Sí. Aquella dama desconocida del barco, era verdad, se parecía a la de la misteriosa fotografía que trastornaba a su viejo amigo. ¿Cómo caía ahora en ello?

¡Qué cansancio! Manzanares, Alcázar, la dama, el retrato, el reloj de Córdoba... Imágenes. Imágenes.

XVI

«**M**I respetable amigo: Supongo que habrá recibido mi carta de llegada. Ya habrá visto que, afortunadamente, lo de mi padre no ha sido nada. Al principio, atendiéndolo a él, casi no he vivido. Pero ya voy habituándome a la vida urbana de la capital. Pudiera escribir para nuestro diario unas tribulaciones de joven provinciano, pero me guardo mucho de hacerlo.

»Lo recuerdo mucho y en efecto, compruebo que caer en una población grande para el que viene de un pueblo es nacer de nuevo. Aprender las calles, que al principio parecen todas iguales. Ahora le encuentro su sabor madrileño a la de Alcalá y su aire europeo a la Gran Vía. A propósito de ésta recuerdo lo que una vez le dije de los cuadros de Picasso. En las obras de este pintor, hechas para sensibilidades (acaso para inteligencias) determinadas, mientras los demás han dicho que Picasso podía ser de cualquier parte, yo le aseguraba que veía el españolismo del pintor en esa temática insistente del torso de guitarra. A la Gran Vía, que han torcido, según dicen, por no derribar un edificio del último trozo, le encuentran los exigentes este defecto de su línea quebrada. Creo que hay aquí una intención azarosa, que para el genio español no lo es, de la auténtica calle española, torcida, de encrucijada, con un sabor hispano del que la calle recta carece. Usted sabe que soy un hombre teórico y que hasta tengo mi teoría de la Gran Vía.

»Mi padre se ha encontrado con un amigo de la infancia, que es redactor jefe de un diario mañanero de aquí. Me ha ofrecido una plaza vacante en la redacción. He hablado mucho con este señor y él cree que en el periodismo puedo hacer algo, y sostenerme una buena temporada

hasta que encuentre alguna salida a mi carrera. Si usted le escribe a papá, yo creo que él terminará por dejarme y volver solo. A mi madre le he escrito en este sentido y se muestra conforme.

»En casa del señor de quien le escribo, he conocido a un artista joven, un pintor, pero sin melena y chalina. Es un hombre culto y metódico. Creo que eso de los artistas melenudos y bohemios es uno de tantos productos de ese atrabiliario y borrascoso siglo XIX (con perdón de usted). Se llama Ricardo Armijo y tiene gran pasión por El Greco y Toledo. Creo que todos los artistas tienen un gran entusiasmo por esta ciudad y su pintor. Hemos proyectado una excursión de dos días, cuando su hermana tenga vacaciones, pues esta señorita creo que trabaja en una oficina, y querría de paso descansar del ajetreo diario de Madrid.

»Hasta la próxima, respetable amigo. Ahora llevo una vida activa y no tengo tiempo de pensar en lo que le pasa a este servidor suyo. Escríbame.»

XVII

FEDERICO Fuentes se reunía, después de cenar, con su nuevo amigo Armijo. Iban a un silencioso café de barrio con la mujer del pintor, una hermana suya, también sueca como ella, pero de un español tan correcto, que solamente el tipo denunciaba el extranjerismo de las damas. Armijo llamaba a su mujer Carmen, por expreso deseo de la misma.

—Cuando las monjas profesan suelen cambiar de nombre, solía decir; ahora que llevo una vida nueva y en esta tierra española, me gusta que me llamen Carmen. Su hermana Lüy, más joven que ella, con un tinte más rubio de cabellos, tenía unos espléndidos ojos verdes que administraba con gran sabiduría. Alta, delgada y juvenil parecía un héroe de leyenda nórdica. Había congeniado muy bien con Rosario Armijo, la hermana del pintor, un tipo de muchacha enteramente española, esbelta, blanca, de pelo y ojos negros. Federico pasaba con ellos animadas horas de charla y los trataba a todos con la agradecida amistad del que, estando solo, se ve bien acogido.

Su padre, aconsejado por el viejo don Jerónimo, había accedido al fin a dejarlo una larga temporada en Madrid trabajando, según los deseos del novel periodista que ya había mandado algunos artículos recortados a los suyos, y publicados en prensa madrileña.

Los periódicos locales habían reproducido algunos, y cartas inesperadas de ciertos paisanos dejaban a Fuentes extrañado. Hasta Chelo Jiménez le había felicitado por «sus éxitos». En cambio, de Ramón Perdomo ni unas líneas de contestación a la suya.

¡Era tan pequeño el pueblo, visto desde su imaginación! Lo evocaba

desde su mesa de trabajo y veía a los muchachos del Instituto poniendo un sombrero a la estatua de César, o a los jóvenes entrando en la Universidad. Pasearían a la misma hora en la calle principal. Probablemente el coro de Quica Gómez y la de Rivas estaría coreando algunos chistes de Jiménez o quizá un colmo de Santiaguito... ¡Dios mío! ¡Y pensar que a él lo ahogaron estas menudencias!

¿Qué haría don Jerónimo? El caballero le escribía a menudo: sentía nostalgia de él. Recordaba lo que le tranquilizaron sus palabras el día que nadie en el pueblo leyó su primer artículo; cuando le habló de la conjuración del silencio. ¡Extraña gente aquélla! No lo alentaron cuando más necesitaba de alientos, y ahora le escribían, cuando a él no le importaba y aun le cansaba contestar cartas a personas que no estimaba ni le habían estimado a él.

«Nuestra gente es muy extraña, querido amigo –le escribía don Jerónimo–; ahora me dicen algunos en el Casino (ya sabe que voy muy poco por allí) con aire maravillado: “¿Ha visto usted la suerte del chico de Pedro Fuentes? ¡Creo que gana un sueldazo en Madrid! ¡Claro, las influencias!”. Todavía no se resignan a reconocerle a usted. Y dan el justificante de la suerte o las influencias. Yo les contesto frotándome las manos: “Sí, claro; pues vamos, manden a sus chicos a Madrid, y veremos a los jóvenes paisanos llenando la prensa madrileña; ¡como no es más que cuestión de influencias!”.»

¡Viejo y noble amigo don Jerónimo! Usted representa la casta señora de los altos de espíritu. Es el oasis del pueblo. Por usted solo se salva toda una ciudad. Todos los don Jerónimos de las ciudades escondidas hacen que una hora de tribulación se disipe. Tienen una casa grata y silenciosa con un gato de angora. Alientan y sonríen afablemente. Lo saben todo y no preguntan nada.

A Federico le había extrañado que en su última carta el caballero le había escrito que averiguase quiénes eran los Armijos, rogándole encarecidamente que no pronunciase su nombre delante de esos amigos y que hiciese las pesquisas con discreción. ¿Qué tenía que ver su viejo y lejano amigo con estos amables Armijos? ¡Qué extraño viejo, después de todo, era este don Jerónimo!

XVIII

ESTAS ciudades históricas –iba diciendo Armijo a Federico–, tienen para el viajero curioso un inconveniente: se ha escrito demasiado sobre ellas. Aparte de las guías, que son necesarias a pesar de lo que se diga –lo malo son los guías–, se ha escrito mucho de Toledo. Es interesante conocer la teoría que cada generación tiene de la ciudad; Gustavo Bécquer, enamorado de los rincones sombríos, donde crece la hierba, amaba a Toledo, que fue motivo de artículos artísticos, o sirvió de fondo a alguna leyenda. A Galdós le gustaba también mucho, pero Galdós no entendía la Edad Media. Barres pretendió arrancar su secreto a Toledo, a través de El Greco; y, aunque escribió cosas atinadas, quizá no llegó a lo hondo. La Generación del 98, que rebuscó en las heces de la España muerta, encontró en Toledo un filón de teorías, y cuando don Bartolomé Cossío explicó a El Greco, el entusiasmo toledano llegó al auge.

Subían lentamente la rampa que conduce al puente de Alcántara, y a Ricardo Armijo se le antojó que aquel paisaje, de subida, con el camino de Los Cigarrales serpenteando al fondo, era digno de ser tratado por los pintores primitivos de Florencia.

–A ver si nos vas a explicar pictóricamente a Toledo –dijo Rosario–. Una ciudad como ésta no se explica; se siente o no se siente, y nada más.

Cruzaron el puente de Alcántara, sobre el que se alzaba la mole altiva e imponente de El Alcázar; dejaron la Puerta del Sol y se metieron en las empinadas y estrechas calles de la ciudad, que producían admiración a Federico, a pesar de la pendiente del suelo.

–El contacto con tan ilustre y venerable antigualla nos estremece a

nosotros que no tenemos historia, a los *parvenus* –dijo riendo Federico–. ¡Ésta sí es una ciudad con alma!

–Todas las ciudades españolas tienen alma –dijo sentenciosamente Armijo.

–Es conmovedor esta amalgama de lo cristiano con lo árabe en Toledo. Es donde mejor entiendo a España –dijo Carmen–; la misma Catedral es la más española de todas. La de León podía haberse hecho en Francia y la de Burgos tiene un aire germano; pero esta catedral, tan extraña y multiforme, admira, desconcierta y suspende.

Entraron en el soberbio templo por la Puerta del Reloj. Oyeron misa en la capilla mozárabe. Armijo explicaba a Federico la esplendidez y riqueza de la Catedral: el problema de la giróla, la Puerta de los Leones, las rejas, el coro, la capilla mayor.

–Aquí tienes al magnífico cardenal Mendoza –dijo Armijo, señalando el sepulcro del gran cardenal del Renacimiento español–. Donde estaba este monumento tan bello, que Sansovino esculpió, existía una serie de esculturas iguales a las que ves enfrente, pero una noche la reina Isabel, esa magnífica mujer que paría todos sus hijos sin quejarse, y el enérgico Cisneros, hicieron una alcaldada y, en contra de las dudas y vacilaciones de los canónigos, derribaron la serie y pusieron ahí el sepulcro. Y lo hicieron bien, porque la capilla ha ganado en variedad. La voluntariedad española hace a veces cosas sorprendentes.

–Ese es el mejor coro del mundo –dijo señalándolo–, y esta virgen –dijo parándose frente a la Virgen Blanca– que está de espaldas a la capilla mayor, es la musa de la bella canción de don Pero López de Ayala, un hombre austero del siglo xiv, que fustigaba al hampa administrativa, cortesana y funcionaril que ha sido siempre nuestra ruina:

Sennora mía, muy franca,
Por ti cuydo ir muy cedo
Servir tu imagen blanca
De la iglesia de Toledo.

Se dejaron llevar por un guía y admiraron la capilla del cardenal Rojas, la del tesoro, la sacristía, el ochavo o relicario, el vestuario, la sala capitular.

—Toda esta parte —explicó Armijo— es otra voluntariedad del cardenal Sandoval y Rojas, herreriano y filipino de Felipe II, que quiso hacer aquí un pequeño Escorial.

Salieron por la puerta del Perdón a la calle; Armijo hablaba sobre los Grecos de la sacristía.

—El efecto de este grandioso templo —dijo Federico— no es tanto del conjunto como de sus partes. La custodia de Arfe, o el San Francisco, o la capa inglesa de Gil de Albornoz, o la Biblia miniada, o el coro... Tiene episodios maravillosos esta catedral.

—Sí —asintió Armijo—, es la grandiosidad del genio de la raza. La Catedral y Toledo son la expresión de este genio. Aquí hay de todo, excepto románico; pero lo románico es cosa del Norte —Zamora, por ejemplo— y la raya del Tajo casi no lo deja pasar. Es la voluntad de los españoles quien traza aquí los más bellos ejemplos de magnificencia. La Catedral tiene de todo; hasta su españolada o barrocada: el transparente; una *boutade*.

Rieron todos la salida de Armijo y se encaminaron a Santo Tomé. Admiraron el gran cuadro del Señor de Orgaz; habían ya estado haciendo un itinerario de las pinturas de El Greco por San Vicente, San José, Santo Domingo el Antiguo, Doncellas Nobles y el Hospital Tavera; ahora iban rumbo a la Judería, camino de la Casa y Museo de El Greco.

—El arte y el genio español, como la literatura, es continuidad. La poesía medieval corre como un arroyo ininterrumpido por las tierras del Renacimiento y del Barroco; veis a Lope aprovechando esta corriente de canciones y romances para regar su espléndida finca, donde cultiva todo lo españolamente cultivable. En Arte no sabemos cuándo termina en España un estilo y empieza otro; en las postrimerías del gótico la piedra se sonríe, produciendo ese gótico florido que, nutrido con el afluente árabe o mudéjar, produce lo llamado isabelino; aceptando lo renacentista europeo, se produce esa maravilla de Sala Capitular que habéis visto, o estilo Cisneros. En Arte y en literatura no hay en España revoluciones, sino evoluciones. ¡Quién sabe si en realidad no hay nunca revoluciones sino evoluciones!

—El Greco —siguió diciendo Armijo a su mudo auditorio, una vez que salieron de la Casa y Museo del pintor— es otro ejemplo español, porque el cretense es el más sorprendente caso de injerto que existe,

de arbitrariedad en sus construcciones. En los apostolados hace alcaldadas, como las de Cisneros y la Reina. Los Apóstoles no son para El Greco los que realmente fueron; en el de la sacristía de la Catedral ha suprimido a San Simón y San Matías; a éste lo sustituye siempre por San Pablo. ¡Qué va a ser eso arbitrariedad, como dicen los críticos de arte! Natural: ni a El Greco, ni a nadie, le dicen nada esos incoloros San Simón y San Matías. En cambio San Pablo... ¡Ahí es nada ese maravilloso demagogo de las calles de Roma! El gran loco que hizo el frenesí cristiano de los primeros tiempos. Es pasmante la figura egregia de San Pablo... el Apóstol, aunque no fuera de los doce... ¿Qué son San Matías y San Simón al lado de San Pablo y de San Lucas? ¿A San Lucas, su colega, el pintor de la Virgen, lo iba a olvidar Doménico?

—Es extraordinario El Greco —dijo Lily, al observar que Ricardo se había quedado pensativo—; ese apostolado del Museo, tan atormentado; más extremado que el de la Catedral, es el frenesí de la pintura. El San Bartolomé, por ejemplo, es un loco; a mí me hace pensar siempre en Dostoievsky.

—Yo creo —dijo Rosario Armijo sonriendo— que el pintor debió beber en los sótanos del judío Samuel Leví, sobre los que está o estaba su casa, algún filtro que dejó olvidado el brujo marqués de Villena. Dicen que el marqués tuvo sus redomas y alambiques en esos sótanos que vimos en el jardín de la casa.

—El judío fue buen amigo de don Pedro el Cruel —aseguró sentenciosamente su hermano—. Éstos fueron sus dominios —dijo frente a la sinagoga de El Tránsito, cuyo interior vieron—. Lo judío se casó después con lo cristiano, y bajo estos encajes de piedra duermen su sueño eterno unos buenos caballeros de Calatrava.

Bordearon la ribera del río, frente a Los Cigarrales, después de la comida. Llegaron al puente de San Martín. Dos paisajes se contemplan a los lados de este puente; uno es el paisaje de los verdes sauces y las espesuras garcilasianas, el otro es el agreste y castellano paisaje de los místicos.

—¿Quién sería esta mujer —preguntó Carmen— que mataron aquí por el año mil seiscientos y pico? ¿No leáis esas letras que lo dicen?

—Parece ser que fue la mujer del constructor del puente, que avisó no sé qué cosa —dijo Armijo—; oí algo a un toledano viejo que me lo contó una vez...

–Creí que sería donde mataron a la Celestina –dijo sonriendo Rosario.

–Pudo haber sido también una mujer joven a quien mataría de celos un marido calderoniano –añadió Lily.

–Sí –asintió Federico mirándola fijamente–; tendría los ojos verdes y los descansaría alguna vez en otros que no fueran los de su dueño.

–Muy interesantes estos españoles –asintió Lily con un gesto de turista.

–¿No te gustaría que te quisieran así? –preguntó Federico.

–Eso es una ficción; además, no es exclusivo de los españoles. Ótelo es el símbolo del celoso...

–A nuestros hombres –intervino Rosario–, les gusta esa leyenda en el fondo, aunque digan que es cosa de otros tiempos; pero tienen un primitivismo en las pasiones, que espanta.

–Sí –afirmó Ricardo–, pero una cosa es la chulería matona del crimen pasional que se da en los suburbios del París del hampa y en todos los climas, y otra el sentimiento del honor, que en estas cosas ha sido muy vivo en el pueblo español.

Declinaba ya la tarde junto a la Vega del Cristo. Una brisa fresca subía del Tajo; aquel cinturón sonoro ceñía la ciudad, una cuasi isla que el sol viejo doraba haciendo reverberar las piedras milenarias. Generaciones tras generaciones de todas las provincias, de diversas naciones, habrían reaccionado según su sensibilidad, al marcharse una tarde como ésta de la imperial ciudad.

–Nunca me había sentido tan español como hoy en esta ciudad. Creí que Toledo –continuó Federico– sería un venerable museo, pero eso, un museo y por tanto algo muerto; a esta ciudad se la siente vivir, la esencia de su alma la canta el Tajo en esta hora –dijo con emoción.

–No extraña nada que Carlos el César –intervino Armijo– se sintiera tan a gusto en El Alcázar, así como su ilustre abuela Isabel de Castilla.

–El Alcázar es una fortaleza viril, para defenderla hombres; pero las mujeres han sufrido en él mucho, ¿verdad, Ricardo? –inquirió Carmen.

–Sí; la mujer de Alfonso VII estaba en él cuando los árabes pusieron sitio a Toledo; pero, ante una dama, el ejército se conmovió y levantaron el cerco a la ciudad. Por cualquier puerta de la fortaleza primitiva, los ojos de Raquel debieron hechizar a Alfonso VIII. Ahí dentro gimio

la pobre doña Blanca de Borbón, cuando Pedro la recluyó. También supo El Alcázar de la bravura de doña María de Pacheco, ajusticiado ya Padilla, su marido, que se resistió al emperador. Después salió esta brava hembra castellana por la puerta del Cambrón, hacia la Vega, con rumbo a Portugal; pero sus paredes se estremecieron de gozo cuando descansaban en ellas los hermosos ojos de la emperatriz Isabel de Portugal.

—¿Era verdad que tenía los ojos verdes? —preguntó Lily.

—Sí —afirmó Federico—, era verdad. Tenía los ojos verdes. Federico miró otra vez con fijeza a la muchacha y prosiguió:

—Tenía los ojos verdes y la amó apasionadamente, con un respeto silencioso, el marqués de Lombay.

—¿Pero el marqués no se lo dijo nunca?

—No podía decírselo. Si un caballero español no puede o no debe decir las cosas, no las dice.

—Cuando renunció a abrasar su alma en una llama que no fuera la eterna —dijo Rosario—, San Francisco de Borja tendría siempre la visión terrible de los despojos fétidos de la emperatriz...

—Es probable —asintió Federico—. El tema de la renuncia a las vanidades del mundo es muy español, pero yo creo que cuando el santo, en la soledad de su recogimiento, recordara los tiempos del marqués de Lombay, o duque de Gandía, su alma apasionada ardería, expurgada ya de lo terreno, en la verde luz de un recuerdo, que sería —religioso y solemne— una oración a los divinos ojos de la emperatriz.

Anochece ya casi, cuando tomaron el tren. Armijo admiraba en bloque la ciudad que emergía de la roca granítica. Imaginaba el pintor la Toledo medieval de los concilios y la Toledo árabe o cristiana de la defensa del Tajo.

—Afortunadamente —decía a Federico— el concepto que el liberalismo barato tenía de la Edad Media se va corrigiendo. Toledo es medieval en el sentido que en España tiene el medioevo: lo cristiano más lo árabe. No hay que olvidarlo. Pero los «progresistas» no ven en una ciudad medieval sino ruidos tenebrosos, brujerías del marqués de Villena (¿cómo va a ser brujo un hombre que traduce a Virgilio?), humedad y lluvia, leyenda, crueldades, ignorancia y misterios. Han interpretado la Edad Media como una época de oscurantismo, y hasta se ha escrito lo de «la larga noche medieval»; después vino el amanecer, la disipación

de las brumas en la claridad del primer Renacimiento, que se aclara totalmente en el siglo XVI. Esto es un concepto simplista y ya en serio no hay quien lo sustente.

—Esta ciudad medieval es embrujadora, pero no debió ser tenebrosa; hasta se sonríe en ese delicioso sonido de sus campanas. El hombre medieval no necesita sino de una ciudad como ésta. De calles que no son sino pasadizos de una a otra casa. El hombre medieval no necesita calles. Está siempre a la defensiva y a la ofensiva, sea moro o cristiano. La ciudad no es sino la casa, la gran casa donde se descansa; el camino es el campo libre donde se gana o se pierde la vida. Lo urbanístico es un concepto renacentista, cuando el campo y el jardín empiezan a invadir la casa, la ciudad. Pero el quehacer del hombre medieval está en la ancha vega y su vida pende de dos líneas: en la vertical, la que mira arriba es la aguja de la catedral; la horizontal la dibujan a lo lejos las lanzas de los enemigos.

En el tren, Federico se ha sentado junto a Lily. Los viajeros llevan el alma impregnada de la emoción de la ciudad.

El tren corría bajo la llanura de Castilla. El cielo iba perdiendo su azul oscuro y, al surgir una nueva estrella, se tornaba negro.

Federico dijo en voz baja a Lily:

—Tú tienes los ojos verdes. Eres la emperatriz.

—Ten la seguridad —contestó la muchacha— que tú no eres el emperador.

—No —dijo Federico—; yo soy el marqués de Lombay.

XIX

iG RACIAS a Dios!

–¡Hola, Federico!

–Te vengo siguiendo desde hace unos minutos, Rosario; mejor dicho, persiguiéndote, pues, aunque tienes el paso menudo y yo largo, me he visto apurado para alcanzarte. ¿Dónde vas tan deprisa?

–Quiero hacer unas compras antes de ir a la oficina.

–Voy a la redacción; pero te acompaño a donde vayas.

–¿No perderás tu quehacer?

–Y si lo perdiera, ¿qué importa? ¿No quieres que te acompañe?

–¿Por qué no?

–¡Tienes aire de no querer!

–¿Quieres discutir?

–Yo no discuto nunca, y contigo menos. No discuto con una mujer que lleva prisa y quiere llegar a tiempo a su oficina. Eres una niña buena y trabajadora –dijo sonriendo Federico junto a la muchacha–. He tenido suerte en encontrarte –continuó–; es tan grato llevar una compañía así...

–Estás muy galante.

–¿A ti no te gusta la galantería?

–No sé; si las cosas se dicen de verdad, me gustan; pero las frases ya hechas, el disco, eso es lo detestable.

–Yo digo las cosas siempre de verdad. A ti te tengo un poco de miedo y pienso mucho antes de decirte algo.

–¡Dios mío!

–Sí; las mujeres que trabajan son siempre bastante dueñas de sí

mismas. Y una mujer dueña de sí misma nos desconcierta siempre a los hombres.

—Es probable; todo lo que exija un esfuerzo ya es una molestia.

—¿Un esfuerzo?

—Sí, Federico; eso que tú dices se lo he oído a algunos hombres. Una mujer que conoce la inquietud del trabajar diario y la responsabilidad de un trabajo, no ofrece nunca esa dimensión simple de la *mujer-cosa*, que es fácil de sobornar. A ésa incluso se le hace el amor con una técnica que tiene su aprendizaje; algo así como la cría del gusano de seda...

—¡Qué gracia! ¿Sabes que dices cosas muy singulares?

—No sé, Federico —dijo la muchacha riendo— pero la misma palabra hacer el amor es algo así como hacerse el peinado u otra cosa. Pero a un hombre de espíritu fino, yo creo que el tipo de mujer que le exige más cuidado que la *mujer-cosa* no debe preocuparle mucho.

—Claro que no. Ya te he contado que a esas mujeres que tú llamas *cosa*, yo nunca he sabido qué decirles; ahora bien, ¿por qué trabajas tanto?

—Sabes que lo necesito. En casa trabajamos todos: mi hermano, Carmen, Lily y yo. Trabajando los cuatro en lo que podemos, vivimos bien; lo contrario sería injusto.

—Pero una muchacha tan bonita como tú no tiene necesidad de trabajar así...

—¿Qué quieres decir? —dijo la muchacha, arqueando las cejas.

—Nada, ¡por Dios!, creo que una muchacha como tú, pues... puede casarse bien y, claro... —balbuceó Federico, en la seguridad de que había dicho algo inconveniente.

—Eso de casarse es eventual. Se casa uno, si Dios quiere, y nada más. Puede ocurrir que se case una con un hombre pobre y ayudarle, como le pasa a Carmen con mi hermano; puede ocurrir que se vaya a la pesca de un rico, pero eso es sencillamente repugnante... Yo todavía no tengo necesidad de venderme... Y no me siento nada romántica, pero hay cosas que repelen una dignidad.

—Eres una maravillosa mujer. No lo pareces, pero eres la mujer fuerte de la Biblia. ¿Sabes que te estoy descubriendo hoy?

—¿Eres explorador?

—¿Por qué no? Hay veces que tratamos a una persona y creemos que nos ha despertado un determinado sentimiento; otro día, una pala-

bra, una inflexión de voz, una opinión, cualquier cosa nos modifica nuestra impresión primera o la confirma. Siempre he pensado que eres una encantadora criatura; ahora, aunque no has dicho sino cosas de muy buen sentido, he captado el gesto y el tono con que las has dicho y he visto en ti la expresión confortante y conmovedora, en una mujer sobre todo, de una persona de vida recta y tensa. Pones además emoción en lo que dices, Rosario. La verdad es –dijo Federico parándose– que nunca me había hablado una mujer de cosas tan sencillas con ese tono; y que yo nunca he hablado a una mujer como ahora te hablo a ti –concluyó bajando la voz.

¿Fue pura casualidad, o quiso Rosario Armijo evitar que la conversación se deslizara por aquellos cauces? Habían llegado a la confluencia de la calle de Alcalá con la Gran Vía y cruzaban un paso mientras la circulación estaba parada; llegaban al andén de tranvías, cuando saltó la muchacha a la plataforma trasera de uno. Federico intentó seguirla; pero ella, deteniéndolo casi, le dijo sonriendo:

–Aprovecho este 27 que me lleva a Sol; haré allí unas compras, porque como nos hemos detenido, temo llegar tarde. ¡Hasta luego, Fuentes!

–Pero Rosario... –dijo el muchacho en ademán de cortés súplica.

–Estos meridionales fantasiosos –exclamó ella con una tentadora risa– están en todas partes y quieren representar todos los papeles.

–¿Qué dices? –preguntó suplicante el joven.

Arrancaba ya el tranvía y Rosario, siempre riendo, dijo alzando la voz, para que él la oyese:

–Sí; un día hablan con acento emocionado y representan el joven sensato; otro día quisieran ser el marqués de Lombay...

EL piso que tienen los Armijo en una calle del barrio de Salamanca es sencillo, claro y confortable. La casa hace esquina. Todas las habitaciones son exteriores. A la derecha, entrando, está la alcoba de Carmen y Ricardo. A continuación, la biblioteca. Sigue la habitación de Lily, y, contigua a ésta, la de Rosario.

La biblioteca, el centro de reunión, tiene una amplia puerta ventanal que da a una terraza. La terraza sobresale de la línea del edificio. Desde ella, si Rosario abre la ventana de su cuarto, puede verse la pared frontera paralela a su cama. La biblioteca de los Armijo no está nutrida de anaqueles donde los libros apretados e incómodos se salen a las sillas. Ningún miembro de la familia consulta rápidamente y toma notas de aquí y de allá. Ricardo es pintor, pero trabaja fuera de su casa y da las clases fuera de su casa también. Carmen ayuda a su marido a ultimar los encargos y tiene hábiles manos para dibujar. Cuando lee, y ello es muy frecuente, los libros terminados se colocan ordenadamente en los estantes. Si alguno de los demás olvida este cuidado, su afán vigilante repara la falta. Pulcra y metódica, sin esa beatería tonta que pone en el orden casero la clásica ama de casa, dirige el mecanismo de su hogar, casi sin notarse, y el engranaje de la sencilla maquinaria gira suavemente, porque todas las piezas están, como lo es Carmen, limpias y pulidas.

Carmen trabajaba casi siempre en su casa. Toda la familia era madrugadora, y las mujeres, antes de salir, dejaban toda la faena doméstica ultimada. La comida tenía el solícito cuidado de la mujer de Armijo, la cual estaba siempre en el detalle culinario. Sólo unos monumentales platos de ensalada, que su preparadora llamaba sueca, eran presentados con

sumo primor por Lily. Lily se encargaba, además, de fabricar en su laboratorio unos infernales cócteles, según afirmaba Ricardo, pero que hacían las delicias de las damas y de Federico, cuando iba por allí antes de comer.

Fuentes, además de sus trabajos periodísticos, hacía otra labor, para él de más cuidado y menos gusto. Su director había logrado que trabajara con un buen abogado; había gran quehacer en aquel bufete, y Fuentes aprendía muchas cosas con el fino y pulcro don León, que tenía un especial olfato para desenredar las madejas litigantes. Don León tenía la costumbre de consultar con sus auxiliares más afectos el planteamiento de un asunto jurídico, en cuanto el cliente se lo presentaba.

Federico tuvo la suerte de ver claro y contestar atinadamente la primera vez que fue consultado. Sus maneras correctas hicieron buena impresión en el jefe, a quien acabó de ganar el muchacho con su inteligencia. Él y un compañero gallego, Paco Somoza, eran los hombres de confianza del prestigioso abogado.

—A usted, Fuentes, lo que le falta es decisión; se detiene usted en las ramas demasiado —le decía su jefe algunas veces.

—Es que medito antes de actuar, don León; no quiero equivocarme...

—No, no es eso; está bien pensarlo antes de actuar, pero es que usted piensa demasiado, teoriza mucho, es un hombre de pensamiento y después no actúa. Y es una lástima, porque tiene condiciones, pero me temo que su manera de ser le jugará alguna mala pasada. Probablemente dependerá del ambiente en el que se hizo y que actuaría sobre su ser, o quizá es algo constitutivo.

Usted no es que titubee, no, sino que se detiene con un estancamiento casi morboso en los puntos medios y después no concluye, no redondea y acaba las cosas. Es lo que debe pasarle en las cuestiones referentes a su misma vida. Escribiendo le noto también esa misma falla... que al menos para mí lo es. Quizá usted no se dé cuenta y no se encuentre limitado por eso. Ayer leí un cuento suyo; está bien escrito, bien planteado, pero... firma usted antes de acabarlo; se pierden los hilos de la trama y todo se diluye como un terrón de azúcar. No sé, no sé...

Don León, en su tic habitual, metía dos dedos de su mano izquierda entre el nacimiento del pelo y la frente una o dos veces, con ademán rápido, y pasaba a otra cosa. Federico pensaba que, como su jefe era un hombre ya hecho y con madurez, notaría en él el fruto en agraz, y que

todo era cuestión natural en el que empieza; pero un día se quedó pensando si su jefe tenía algo de razón y él mismo no era más que un escorzo perpetuo, un teórico, un imaginativo que se detenía en las frondas del bosque, sin salir definitivamente al camino.

Pero tornaba a su mundo de ensueños y trabajaba. En el respiro que dejaba el hueco de un expediente tramitado, hablaba con Somoza sobre el porvenir. Le contaba a su amigo lo que él en su provincia había querido ser y no fue. De sus ansias por salir de aquella vida lenta y monótona, de la que al fin se había sacudido.

—Ahora al menos vivo —decía Fuentes con voz ilusionada—; aquélla era una sinfonía con un eterno *leitmotiv* en gris mayor. Mi único amigo, Ramón Perdomo, de quien ya te he hablado, era el único hombre que se movía; pero era el suyo un movimiento de protesta y quería bombardear el aburrimiento. Y ya ves, él con protestar gesticulando, y yo disconforme pacífico, hemos resuelto el problema de modo distinto. A él lo venció el cansancio y va a entrar en el buen camino localista: va a casarse con la belleza del pueblo, según me escriben de allá. A mí, que me aterra la sola idea de haber vegetado y sucumbido allí, no me venció el virus. Ahora que no sé si la tara brumosa del país me ha dejado los huesos predestinados al no decidirme, como dice don León. O al deleitarme en la indecisión, según él. Yo no me doy bien cuenta —dijo riéndose— de lo que es...

Somoza, que era un muchacho vivo y simpático, tranquilizaba a su compañero:

—En el Sur se dan esos temperamentos como el tuyo; eso de que los ensueños son de las gentes del Norte es una de tantas naderías que se dicen por ahí. Ya verás cómo cambias con el tiempo, el trabajo y la vida activa. Algún día te decidirás por algo y nada más.

Seguían trabajando con fervor, y si en otro alto hablaban, ya era de cine, de literatura, o de la otra mitad del género humano, si es que es mitad...

Pero en el bufete no podía trabajar Federico en sus labores literarias. En la redacción tampoco; Fuentes se había hecho casi solo, era una especie de autodidacto, nunca había podido estudiar con sus compañeros, ni aun en los días del bachillerato, ni coger un libro y aprenderse una lección sentado en un paseo o parque, a la fresca sombra de un árbol. Sólo podía estudiar en la intimidad de su habitación, sin testigos, levan-

tándose a consultar éste o el otro libro, y siempre con el temor de que pudieran interrumpirle con una llamada. Trabajo le costó estudiar o preparar algo en el pupitre de una biblioteca, junto a la presencia, bien que silenciosa, de tantos lectores.

Y en su pensión, naturalmente, no había silencio.

—¡Dios mío! La tortura de los pobres seres que no pueden trabajar sino en silencio y no lo encuentran...

La pluma, con el pensamiento en lucha, o en amistad, llena las cuartillas. Unas veces, cuando la inspiración riega el espíritu, fluyen las palabras; otras, la expresión es torpe. Es inútil seguir entonces. Nada puede hacerse en favor ni en contra de esta veleidosa dama, la inspiración. Va y viene cuando quiere; se presenta o se escurre caprichosamente. Pero el desconsuelo del autor es grande si al sentir su aleteo en torno suyo y la pluma obediente corre veloz, comprueba que el ruido de fuera, el alboroto de la casa, malogran una visita tan deseada.

Discuten las mujeres; canta la muchacha fregando sus cacharros la espantosa canción de moda, o el coro de la última revista; corren los niños de la casa; dan portazos, se rompe un juguete o es arrebatado a su dueño. Llantos, consternación, voces mayores que imponen la paz. El pobre ser que escribe en su habitación sufre y deja con desconsuelo la pluma sobre la mesa... ¡Qué importa que se tenga inspiración, si no existe su compañero, que es el silencio!

A la habitación de Federico llegaban las voces de la gente de la casa. Cantaba en uno de los pisos inferiores una muchacha, mientras fregaba la escalera del servicio. Hablaban en tonos altos dos huéspedes que se habían quedado en el comedor de larga sobremesa. Federico tenía que entregar una larga nota sobre teatro aquella tarde para su periódico. En la redacción no podía escribirla; la conversación o la presencia de los compañeros le distraía. Se sentía incapaz de un periodismo activo, de escribir en diez minutos veinte o treinta líneas para un hueco que faltaba, o inflar tal o cual noticia, mientras las máquinas, en marcha, esperan lo que salga de la cabeza y pluma del pobre escritor. Y él escribía deprisa, pero en soledad y con silencio.

Un compañero de hospedaje entró en su habitación para pedirle cerillas; Federico se las dio sin mirarlo, y apenas cruzó, descortés, unas palabras con el intruso. Cuando oyó sonar la radio de la casa de enfrente,

miró con desconsuelo las cuartillas en blanco casi, sin poder pasar de las diez líneas desde hacía media hora. Se dio por vencido. Se vistió; metió las cuartillas en un bolsillo y salió a la calle.

—Sí, sí, los progresos de la civilización —pensaba—; esos progresos que han hecho inhabitables las ciudades, llenándolas de infernales enemigos humanos, como son las radios... ¡Por qué no descubren un aparato que se trague los ruidos!...

Llegaba al portal de los Armijo y subió esperanzado en el ascensor; quizá hubiera alguien en la casa...

Salió a abrir la muchacha; Ricardo y Carmen, que trabajaban en la biblioteca, lo vieron entrar.

—Soy un prófugo del último vals y de una espantosa radio que se suelen poner en contra mía, pero nunca tan sañudamente como hoy —dijo Fuentes, saludando a sus amigos—. Vengo a pedirlos un poco de esa terraza en la que, si sois buenos y me dejáis esta pequeña mesa —dijo señalándola—, puedo acabar o empezar mi trabajo para esta tarde...

Armijo y Carmen se sonrieron y ofrecieron a Fuentes su silencio.

—A mí lo que más me da envidia en vuestra casa es este maravilloso silencio. Llegan aquí pocos ruidos y la calle es tan tranquila... Ahora comprendo aquellas palabras de Don Quijote, cuando llegó a la casa del gran caballero Don Diego de Miranda, el caballero del Verde Gabán. Dice Don Quijote que en aquella casa había «un maravilloso silencio».

Bueno —intervino Carmen— ¿quién te sientes ahora, Don Diego o Don Quijote, o qué otro personaje?

—¿Por qué me dices eso, Carmen? —preguntó un poco desconcertado Fuentes.

Carmen llevó en silencio la mesita a la terraza, y Federico impidió a la dueña que hiciera lo mismo con la silla, que él cogió en rápido ademán. Ella contestó entonces tranquilamente, con aire dulce:

—¡Dios mío!, como tú eres así... tan multiviviente, no sé qué nuevo personaje quieres ser esta tarde. ¿Te acuerdas cuando estuvimos en el claustro de San Juan de los Reyes, y Ricardo abrió la llave del agua que llena el pequeño estanque central? Nos habías dicho que era aquella una paz sonora y que hubieras sido de buena gana un franciscano del siglo xv; pero después, cuando Ricardo cerró la llave del agua y las gotas cayeron con lentitud, las viste caer acompasadamente. Te entusiasmo aquel pequeño

ruido de cristal, y creo que después hubieras querido ser una de aquellas sonoras gotas que matizaban un silencio tan suave y solemne...

—¡Qué cosas dice mi mujer! —dijo Ricardo, mirando a Carmen con cariño—. Lo mejor será que lo dejemos solito en la terraza haciendo su artículo, y nosotros vamos a terminar este croquis.

Federico salió en silencio; puso la mesita a su gusto en la sombra. Con la cabeza mirando al azul del cielo estuvo unos instantes; dispuso el papel y, casi sin levantar la cabeza de él, la estilográfica llenó seis cuartillas, sin una tachadura o enmienda.

Observó que Carmen y Ricardo no estaban ya en la biblioteca; tornó de nuevo a su trabajo y, después de rehacer una cuartilla que no salió a su gusto, terminó el artículo. Lo había hecho con facilidad y tenía unas horas más antes del tiempo fijado para llevarlo al periódico. Corrió la silla al sol y, tendiéndose indolentemente, cerró los ojos. Estaba frente a la habitación de Rosario que, al salir, había dejado abierta la ventana. Buscando el sol, el joven se acercaba a la ventana abierta, sin mirar su interior, y al sentir los rayos en la cara, cerraba los ojos sensualmente y gustaba con fruición aquella caricia suave; probablemente durmió un poco, o estuvo por esos espacios indefinibles que existen entre la vigilia y el sueño. Una de las veces que abrió los ojos, los dejó caer sin fijarlos mucho sobre un cuadro pequeño que en la habitación de la ventana a la terraza estaba frente a él. Pasó la vista distraídamente y volvió a pasarla. De pronto detuvo con atención su mirada en el cuadro. Era un retrato. Un retrato de mujer. En forma ovalada el litógrafo antiguo había cogido un instante de la belleza de una mujer de ojos claros y hermosa nariz con las ventanas ligeramente dilatadas. El espléndido busto con los hombros desnudos y redondos servía de pedestal a un cuello de diosa antigua. «Sí —pensó Federico—, conozco los labios que se han posado en esos hombros tan hermosos; están ya hoy secos, pero todavía se mueven al conjuro de este recuerdo».

Se había colocado de pie junto a la ventana y miraba atentamente la litografía. Era, efectivamente, la misma que él, allá en su pueblo, había visto en la casa del viejo don Jerónimo, frente a un vaso que contada vez estaba sin flores. En su pueblo tan lejano, más allá de la gran tierra de Castilla, y más allá del mar, donde España termina y los horizontes sin tierra comienzan.

¿Por qué tenía Rosario Armijo este retrato en su habitación? Comenzaba a entender la curiosidad de don Jerónimo por los miembros de esta familia. Pero le extrañaba el secreto que le recomendaba en sus averiguaciones. Obedeciendo, Federico no había hablado nunca de don Jerónimo; recordaba ahora que cuando los conoció y dijo de dónde era, Rosario, dirigiéndose a él con un rápido movimiento que le extrañó, le había preguntado:

—¡Ah!, ¿pero es usted de allí?

Después había mirado a Ricardo con un aire de inteligencia, pero la conversación fluyó por otros cauces y Federico entonces no le dio importancia al casi imperceptible incidente. Ahora pensaba sobre esto más despacio... ¿Qué tenían que ver ellos con don Jerónimo? ¿Por qué tenía Rosario este retrato en su habitación? Pero... Rosario... ¿No había dicho don Jerónimo aquella noche, en que él creyó que el anciano desvariaba un poco, este nombre de mujer? «¡Dios mío! —pensó Fuentes— si hubiera sido un autor de folletín, habría inventado una tremebunda ligazón con estos cabos sueltos y escribiría una extraña historia... Pero no estamos en el siglo XIX».

Sintió que abrían la puerta de la biblioteca a la terraza y se volvió rápido para que no le sorprendieran mirando una habitación íntima. Ricardo, sonriendo, avanzó hacia su amigo y lo invitó a tomar el té con él y su mujer.

—Las niñas no han llegado aún y tú nos acompañarás—. Una vez sentados, Fuentes les leyó, por complacerles sus notas teatrales. En aquella casa sencilla, que sus dueños hacían confortable e íntima, Federico se sentía tan a gusto que siempre se iba de ella con un fondo desconsolado del que renuncia, por obligación, a lo ajeno. No era solamente aquella casa tan limpia y cuidada, sino aquellos amigos, tan gratos y acogedores, que eran un remanso en su vivir agitado y un poco nostálgico de hogar, aunque él no se diera cuenta de ello.

Salió a llevar su artículo e iba pensando en el retrato que tenía Rosario en su habitación. Llevaba el amargo sabor de no haber visto a Lily... ni a Rosario. Y no pensó escribir ni una línea a don Jerónimo hasta que el tiempo le proporcionase un dato seguro para esclarecer aquel enigma.

A LA tertulia de los Armijo, en el café, acostumbraban a ir Paco Somoza y un ingeniero joven, Povedano, alto y delgado, que llevaba unas gruesas gafas sobre su nariz.

–Son unas gafas a galope –decía bromeando Somoza a su amigo, que sonreía bondadosamente y se encajaba bien los brazos de carey en las orejas. Pero al poco rato las gafas volvían a cabalgar lentamente nariz abajo.

Ricardo llegó el último aquella noche, sin las mujeres de su familia.

–Tienen buen gusto –dijo–; no les agrada mucho el café; y yo, si no hubiera sido por veros esta noche, tampoco hubiera venido. Este vicio de venir al café está matando a lo mejor de España.

–Pues yo –argumentó el ingeniero– no puedo vivir sin el café. ¿Dónde vas, si no, y dónde encuentras a la gente, como no sea en el café?

–Sí, ya lo sé –contestó Armijo–; pero lo malo es esa psicología de café que se ha infiltrado en la vida española, y que lo calibra todo desde su punto de vista.

–Hay –dijo Somoza sentenciosamente– el estratega de café, el crítico de café, el político de café y hasta el Don Juan de café...

–Y en el café –intervino Federico– se han hecho grandes cosas durante el siglo XIX: la tertulia romántica del Parnasillo, que se reunía en el café del Príncipe, es decisiva en la formación de nuestro romanticismo español.

–¿Dónde estaba ese café? –preguntó Povedano.

–Al fondo de su calle –le contestó Armijo–, donde está hoy el teatro Español. En el lugar que ocupa la contaduría estableció su negocio un napolitano, Gipini, el mismo dueño de la Fonda de San Sebastián.

—Otra tertulia interesante —dijo Federico—; pero era del siglo XVIII. Moratín la satirizó en su *Comedia nueva*; por allí iba un ilustre paisano mío, o acaso más de uno, y supo también del prerromanticismo fúnebre de José Cadalso. Luego tenemos a los posrománticos del café Sui-zo: Campillo, Bécquer, Blasco. Más tarde, el Fornos de fin de siglo y principios del actual. Ha habido cafés que han soportado casi la historia de Madrid, si no es la de España entera.

—Claro —dijo Ricardo—; por eso hicieron de nuestra historia del siglo XIX una historia de café. Discutían sobre los mármoles de lo divino y de lo humano, y así nos lo dejaron perder todo en el café...

—No te quito la razón, Armijo —afirmó Federico—; tú sabes que yo sólo puedo trabajar en casa y que detesto tanto como tú el café; a él venimos para vernos un rato y charlar. En este sentido es insustituible. Lo mismo me pasa con el Ateneo. Me atacan los nervios las estúpidas discusiones de la cacharrería, adonde no voy nunca. Los últimos supervivientes de altura que veo allí alguna vez son Valle Inclán y don Miguel, pero éstos van de tarde en tarde; lo demás es vacío y cafeteril; pero voy a la mejor biblioteca particular de España; no voy a hacer ateneo, como va tanto gazzápiro. Aquí no venimos a hacer café, yo al menos no vengo a hacer café —dijo con aire amable.

—Señores —dijo Povedano—, no sé si terminaré por hacer un elogio sentimental del café; siempre será preferible a un elogio a Felipe II —dijo riendo y mirando al mismo tiempo a Armijo.

—Se empeñaba éste —continuó— el otro día, en El Escorial, en hacerme una apología del Rey Austria. Le explicaba a él y a Carmen el problema de la bóveda, la firmeza del suelo en aquellos parajes, lo poco de su coste, si se compara lo que costaron otras construcciones, y la severidad geométrica de la gran construcción de Herrera que es, sí, grandiosa, pero que a mí me deja frío. Bueno, pues este hombre, que es un fanático, se empeñaba en teorizar sobre datos concretos y hasta presentarme al rey como un modelo de ternura... ¡Vamos!

—Lo que ocurre —dijo tranquilamente Armijo— es que el fanatismo está en los que os empeñáis en cerraros la cabeza con cuatro conceptos arbitrarios y parciales, con los que se ha venido fabricando la Historia de España. Lo que decía a éste el otro día —dijo explicando a sus amigos— es que no eran azares ni datos concretos esos que él me daba. Feli-

pe era un hombre sereno y mesurado donde la tradición senequista del aguantarse, digno ante la adversidad, dio su mejor ejemplar viviente. Hizo una obra que era el exponente clásico de su vida, una obra geométrica en el terreno más firme de España, donde nunca se ha registrado un movimiento sísmico o casi nunca. Tampoco el espíritu del rey se alteraba aparentemente. De pie, vestido de negro y grave, atemorizaba al visitante su presencia, y tranquilizaba el ademán reposado y su palabra ritual: «Sosegaos». La vigilancia de aquel espíritu no hay más que observarla en la construcción de la alcoba. Dormía con la cabeza casi junto al altar mayor y, aun enfermo, podía oír misa cuando una pequeña ventana de comunicación se abría. Desde su cama veía también la gente que entraba en su palacio. Está allí claro para los que quieran ver claro—continúo— sin literatura, sin lirismo, sin lecturas sugeridoras. No hay más que ir a El Escorial y verlo. Es la construcción de la vigilancia y la sobriedad. El salón del trono mismo, con su piso de ladrillos rojos, comparándolo con la magnificencia borbónica del Palacio Real, es un ejemplo. Desde este lujo se podría desgobernar un país; pero desde aquella austeridad firme se llevaban las riendas de un mundo. Tú me objetabas, cuando te dije que hasta fue tierno, lo del príncipe Carlos. Bien; eso no está claro; pero el muchacho tenía una tara fisiológica de anormal y debió ser díscolo e irrespetuoso. No sé... Lo que sí está probado es que Felipe amó a su mujer Isabel de Francia y a las hijas que tuvo con ella, Clara Eugenia y Catalina Micaela, con una gran ternura. Hay cartas en las que anuncia que su vuelta a Madrid no será hasta que Cata-Mica no cace otra pieza igual a la que días antes había cazado Isabel Clara Eugenia en el prado. Hay muchos detalles de paternal ternura ¿Creéis que un hombre así fue siniestro o cruel? Lo que pasa es que ha habido una interpretación parcial de esta personalidad de nuestra historia—concluyó Armijo.

—Ricardo ha contribuido a que este español no peninsular que soy yo se sienta español hasta los huesos, dándole vida a la historia, y, más que a la historia, a los monumentos—asintió Federico.

—Sí—respondió el aludido—, estos monumentos de España están vivos, son organismos espirituales. Yo fomentaría los viajes por España como la mejor enseñanza de patriotismo.

—Y harás una Hermandad de Felipe II—dijo riendo Povedano.

–No –contestó el pintor–, siguiendo la broma; también le encuentro al Austria su pero... Las figuras de una sola pieza suelen tener algún nudo en la madera.

–Hombre, ¿es posible?

–Sí, ya sabéis que Felipe no entendió a El Greco –dijo Armijo riéndose– y eso no puedo perdonárselo.

XXII

«**M**I viejo amigo don Jerónimo: ¡Cuánto lo echo de menos! Creo que es usted la única persona con la que puedo contar de verdad para guía o para confortante de mis angustias. Recuerdo que una vez que paseé por el pueblo mi agonía, encontré en usted, amigo mío, la palabra consoladora y necesaria.

»Ahora está usted muy lejos y yo solo e inquieto. Mi jefe, don León, del que ya le he escrito, piensa que soy un hombre indeciso y con deleites morosos para la encrucijada, pero sin resoluciones definidas en el término. Probablemente acierta en parte. Yo mismo no acabo de entenderme muchas veces. Pero creo que le estoy hablando excesivamente de mí.

»Ya sabe que mi labor periodística se refiere a lo literario y que no intervengo en el periodismo vivo de la actualidad. Además, lo que pasa aquí es tan deleznable y absurdo, que en la tertulia de Armijo nos hemos juramentado, como en la tertulia de la Fonda de San Sebastián los neoclásicos del XVIII: no hablamos más que de teatros, toros, amores y versos; es decir, literatura.

»La política ha llegado a una mediocridad y falta de sentido tan grande en estas fracciones derechistas o izquierdistas, que a su vez se subdividen en grupos que cuentan algunos apartados. Lleva traza de no acabar, y los jóvenes que nos encontramos sin un quehacer nacional, aquí donde tanto hay que hacer, volvemos la espalda a este montón de basura. Armijo dice que espera de esta generación un resurgir nacional; pero yo estoy poco enterado de estos asuntos y casi en mis ocupaciones ni me entero de lo que pasa. Probablemente usted desde ahí, al tanto siempre, está más informado que yo.

»He salido días pasados de excursión por Castilla con estos amigos de quien le he contado cosas por las que usted se interesa: el pintor y su familia. Ricardo me ha enseñado ya las ciudades que están relativamente cercanas a Madrid, y últimamente hemos salido con un deseo de no ver nada sino campo, rincones sencillos.

»Nos hemos ido por tierras de Cuenca y sur de Guadalajara sin visitar ninguna ciudad notable. Carmen, Lily y Rosario nos prepararon un ligero almuerzo, sabroso, y nos sentamos en el santo suelo de España a conversar. Somoza y Povedano iban también con nosotros.

»A Lily le entusiasmaba escalar las viejas ruinas de un castillo; por lo oído parece que fue fundación de los Templarios, y arriba fuimos todos animados por esta encantadora muchacha nórdica, pero que es una auténtica victoria clásica. Allí, agitando el viento sus vestidos, lo parecía más que en parte alguna. Ricardo, que está empapado de un vivo amor por España, nos habló de aquel castillo y de la significación especial de los castillos españoles, ya en manos de cristianos, ya en las de moros. Armijo cree que estas tierras huelen a guerra siempre. Al castillo que nosotros subimos parece que lo tuvo Alvar Fáñez, el lugarteniente de Mío Cid. Lily me dijo riéndose que bien podía ser yo Alvar Fáñez, que tenía cara de engañar judíos. A este propósito le contesté algo mejor para contarle que escribirlo. A esta criatura, que tiene los ojos cargados de todo el encanto de los fiordos de su península, parece que le encanta meterse conmigo, pero lo hace con tanta gracia y tan fina y suavemente, que no sabe usted qué hacer con ella, santo Dios.

»En el autobús, Lily se sentó, al regresar, entre Somoza y Povedano, y yo me quedé en otro lado junto a Rosario. Tenía el propósito de hacerla hablar, sin que se diera cuenta, y poder complacerle a usted en sus deseos de averiguar algo que le interesa de estos amigos. Rosario es una mujer que habla poco de su familia. A su lado estoy siempre con intranquilidad, y es porque la serenidad de esta mujer me desconcierta. Yo no sé si usted se dará cuenta de lo terrible que es para un hombre estar junto a una mujer que, siendo guapa, no tiene psicología de niña guapa. Voy a explicarme. Ahí, cuando rara vez paseaba con las chicas, estaba un rato animado piropeándolas o hablando de cosas más o menos insustanciales o triviales; pero, con estas muchachas de mi actual amistad, la cuestión es diferente. Me guardo mucho de decirles a ellas las mismas cosas que les decía ahí a

las damitas de nuestra calle Mayor, o aquí a esas otras damitas que circunstancialmente conozco. Creo que usted entiende que, en uno y otro caso, me refiero a las muchachas de un valor o ser positivo; del género en reverso nada digo, ni es conveniente. Por lo demás, ya usted me conoce y sabe que soy bastante moderado y circunspecto en este espinoso asunto.

»Rosario me habló de pasada de sus padres. Creo que eran burgaleses, “castellanos viejos”, como dice Ricardo, pero que vivían siempre en Madrid. Su padre, que era el menor de la familia, ha muerto hace varios años y después que la madre. Contestando a mis preguntas, me dijo que el padre vivió con los suyos algunas temporadas en Granada. Después, con toda sencillez, me ha hablado de sí misma, pero sin descubrir mucho su alma. ¡Me parece tan avara de sí y de sus cosas esta criatura! Usted sabe que yo no soy un sabio técnico en sorprender el alma femenina en ese cuarto de hora clásico que dicen que tienen ellas... y nosotros también. Corría el coche por las llanuras castellanas, donde tan interminables son las tardes. Por eso aquellos caballeros antiguos, vestidos de negro, que vivían en las villas —porque esto de la ciudad es un engendro inventado por el hombre moderno o creado por el semillero humano—, yo creo, don Jerónimo, que en contacto con estas largas tardes, se hicieron graves y melancólicos.

»Le contaba a Rosario cosas de mi niñez y de mi vida; queriendo hacerla hablar, he sido yo quien ha hablado. Me encuentro aquí solo, amigo mío, la brisa del atardecer daba serenidad al espíritu, y los ojos de esta muchacha atraen, yo no sé en qué manera. No quiero hacerle mala literatura. Yo no puedo hacer literatura con los sentimientos; pero no he visto mirada más profunda y más seria que la de esta bella muchacha, que es un gentil ramillete de fina gracia.

»He creído advertir en los ojos de Rosario cuidadosa atención en mi relato, que no sería tal vez interesante. Pero a un espíritu sensible le importa siempre la angustia de los demás. Usted sabe que yo he vivido siempre esa menuda angustia cotidiana, que no será el drama de las grandes novelas, pero sí la menuda tragedia de los seres, que a lo mejor estamos disponibles para sumirnos en la gran aventura. Mi jefe, don León, dice que para los espíritus como el mío se debía volver a descubrir América o a guerrear con los moros. Una juventud sin quehacer —dice a menudo— desemboca en la frivolidad o en el ensueño, donde

creo él que he desembocado yo. No sé. Probablemente me arrastraría una gran empresa nacional; una exploración al centro de África, o a una tierra desconocida de donde volviéramos todos cubiertos de gloria. ¡Qué sé yo! Armijo suele decirme que donde hay que conquistar tierra es aquí, en la propia España, y dice con un aire extraño que lo que nos hace falta es un Fernando el Católico, que tenía a su gente en constante bregar guerrero. Pero como él siente dramáticamente la historia, lo tomo como apreciación personal; no obstante, parte de mi generación siente inquietudes extrañas y hay un interés grande en los jóvenes por las cosas de la España auténtica y viva, no de esa otra que nos hacen vivir... En fin, yo entiendo poco de cosas concretas.

»Llegamos a Madrid casi de noche. Ricardo nos hizo subir a todos y tomamos un refrigerio en su espléndida terraza. La ventana de la alcaoba de Rosario mira a esta terraza. Hace días, estando abierta esta ventana, vi desde esa terraza algo que me llamó la atención y de lo que no escribí a usted nada en tanto no supiera algo más. Rosario tiene en su cuarto un retrato igual al que, de una mujer bella y joven, tiene usted sobre la tabla de un estante que está frente a su mesa. Una noche se dirigió usted a ese retrato y le oí pronunciar un nombre de mujer igual al que lleva esta muchacha, de quien le cuento esto.

»Mientras los demás hablaban animadamente y unas amigas vinieron a saludar a Lily, llevé a Rosario junto a la ventana, que tenía abierta también aquella noche, y, sin mostrar gran interés en la noticia, le dije que había visto en una casa de ahí un retrato exactamente igual al que ella tenía. Me contestó con un ¡ah!, indiferente, pero luego me preguntó quién era la persona que ahí lo poseía. ¿Puedo saber –le pregunté– quién es también esa dama ahí litografiada?

»Me dijo que era la hermana mayor de su padre y que, como ella, se había llamado Rosario Armijo. Parece que murió siendo su padre un chico de quince o dieciséis años, que adoraba a su hermana.

»Conservo –me dijo– un epistolario sentimental de mi tía Rosario que tuvo una vida bastante amarga. Cuando se hizo esta litografía estaba en plena juventud y ya pudo hacerse una fotografía; pero alguien tuvo el capricho de que le hicieran a la moda antigua un grabado, del que sólo hay dos ejemplares: este mío y ese otro que tú has visto en tu pueblo. ¿Quién lo tiene ahora allá? ¿En qué casa lo has visto?»

»Lo he visto –le contesté– en una casa que quizá sea un templo para esta nueva diosa, que tiene un viejo sacerdote que la cuida y recuerda.

»–¿Entonces, vive todavía don Jerónimo Ruiz? –Rosario pronunció su nombre con tranquilidad. Se quedó callada y no me preguntó más. Luego me dijo que ella llevaba el mismo nombre de su tía por deseos del padre, del hermano de la dama del medallón, a quien impresionó mucho la muerte de ella en plena juventud. “Tengo gran culto por mi tía Rosario –concluyó en voz baja y emocionada– y la hicieron sufrir mucho”. Luego no me volvió a hablar más del asunto y noté que rehuía hablar de ello. Como insistir es una falta grave, no pude saber más.»

XXIII

CARMEN tiene su pequeña cesta de labor sobre un butacón de cuero de la biblioteca. Ricardo protestó una vez de que esta cestita de tarde en tarde estuviese en aquel butacón; pero es Carmen tan suave y sabe convencer con tanta naturalidad, que Ricardo ve hasta con buenos ojos que su mujer tenga aquella cestita allí. Hoy Ricardo ha salido y ella en su pequeña silla de costura, inclinada sobre un cuadrado de fina tela blanca, da unos menudos puntos. Carmen está haciendo un mantel para el té y está marcando en colores suaves unos dibujos que previamente ha cisionado a lápiz. El dibujo está poco claro; pero lentamente la aguja entra y sale y va dejando una estela fina, unas rayitas de hilo verde, de hilo rojo, de hilo azul. Todas van formando no un dibujo geométrico o un pequeño árbol o el menudo ramillete de flores o de frutas; Carmen ha dibujado con cuidado, en pequeño tamaño, aquí un gnomo, un duendecito con barbitas blancas y gorro encarnado en punta. Al otro lado tiene marcado ya un patito. Es el pato Martín que aparece en el maravilloso viaje de Nils Holgersson, esa obra de la señora Lagerlöf, que dicen los que mucho saben que es el *Quijote* sueco. Al patito Martín sigue la vieja pata mamá Okka. ¿Cómo nos enteramos? ¿Cómo podemos saber que este patito doméstico es Martín y el otro de su derecha, con el pico más amarillo que el del patito, es la vieja mamá Okka, de la hermosa narración sueca? Carmen lo ha previsto todo; y en letras suecas pone debajo los nombres: Martín, Okka, Finduvet. Finduvet es una patita joven que en la isla de Oland encontró Martín. Finduvet estaba enferma, pero Martín la salvó. Desde entonces data el fiel y constante amor que estos patitos se profesan.

En otra esquina del mantel, Carmen ha consumido un poco de hilo negro; con finos puntitos que hace dejando el hilo flojo y dando una vuelta especial a la aguja, van surgiendo las alas y, después, las patas del águila Gorgo. El águila Gorgo tiene una buena amistad con Okka; son casi hermanas, porque a Gorgo la crió, bajo sus propias alas y con su propio calor, la madre de Okka, que hubiera sido, de vivir, la pata más sabia y heroica de toda Laponia. Pero la madre de Okka es anterior a los tiempos de estos importantes seres.

Siguiendo la pequeña cenefa está el señor Ermenric. Las patas de este caballero son largas y Carmen las ha marcado con hilo rubio, porque el señor Ermenric es una cigüeña. Sobre una ramita que Carmen ha marcado con verde seco está el cuervo Bataki, con su pico claro entreabierto, como si se riera. Y nada de particular tendría, porque Bataki es el único cuervo simpático de todos los cuervos del mundo. Carmen ha hecho un primor de claridad y menudencia al dibujar un grupito de grullas en salto cogidas de las alas –porque no tienen manos estas damitas jóvenes–, que bailan su danza en Kullaberg.

Allá sola, en una esquina, está la antipática zorra Esmirna, empeñada en comerse a todos los personajes buenos y nobles de tan verídica narración. El rabo está cisanado entre las piernas, porque Carmen, ya que ha tenido que ponerla en su mantel, la ha puesto en derrota.

Ahora dibuja en el centro al pequeño Nils, el héroe de la obra, que recorre su lejano país, desde el sur a Laponia, montado sobre el pato Martín. Nils está marcado con su sombrero negro y sus pantaloncitos encarnados. La carita y las manos son un primor de la aguja de Carmen, que allí mismo marca una parejita sentimental: Asa, la guardadora de patos, y Mats, el chiquitín que se murió de frío entre los hielos del norte, en aquel país del que nos cuentan los libros que la noche es una eternidad y que en su mitad se puede ver el sol. ¡Pero está eso tan lejos, que Dios sabe si será cierto!

–¿Es verdad eso del sol de medianoche? –pregunta Rosario, que hace su labor junto a Carmen. Las dos mujeres se han quedado solas. La puerta de la terraza está entreabierta. Rosario, de vacaciones ahora, saca las randas a un fino pañuelo de batista. Entra un aire fresco de media tarde y en la casa, hecha la ligera limpieza de sobremesa, hay de nuevo silencio y paz.

Carmen levanta los ojos de la mano derecha de la guardadora de patos Asa; deja clavada la aguja en lo que será muñeca de la fiel compañera de Mats. Se ha dibujado en sus labios una sonrisa graciosa y ha hecho un mohín un poco maternal a su hermana Rosario. Carmen siente a Rosario como a su hermana y la quiere como a Lily, aunque, en modo distinto, dice ella misma.

–Claro que sí, Rosario, claro que existe el sol de medianoche...

–¿También es verdad que existe Upsala, y que tú has pasado la niñez junto al lago Melar, en ese pueblecín tan difícil de pronunciar, camino de Estocolmo?

–¿Cómo puedes preguntarme eso? ¡Pues claro que sí! ¡Pareces una niña, Rosario! –Después se quedó un instante pensativa y dijo:

–Claro que a lo mejor no eres más que una niña...

–No sé –dijo riéndose la muchacha–. Algunas veces creo que todas esas ciudades las piensas tú o las poetizas tú...

–Ahí tienes a tu hermano Ricardo, que nos hace vivir media historia de España o un cuadro de su Greco, o hasta la torre desconchada de unas ruinas. Lo escuchas muy seria, igual que yo, y le creemos todo lo que nos cuenta.

–¿Dice él más verdad que yo? –preguntó Carmen fingiendo un enfado pasajero.

–Pero esas cosas han pasado en España y las siente uno cercanas –aseguró Rosario, también simulando seriedad. Le agradaba ver a Carmen empeñada en algo tan gracioso como aquella discusión bagateril. Y hasta se divertía afirmando muy seria que Suecia no existía.

–Es un país de sueño que tú has inventado para entretenernos de sobremesa. La otra tarde te oía Somoza embobado, porque tú nos hechizas a todos con tus conjuros nórdicos...

Carmen miró a la muchacha con reconvención cariñosa, tornó a su trabajo y, sin levantar los ojos de él, contestó:

–Tú también me has contado otros conjuros, que sabe Dios si son fantasías de tu imaginación. Creo más en mamá Okka...

–Lo que más me seduce de todos los amigos que has puesto en el mantel –dijo Rosario, dejando en el aire la alusión de su hermana– es la malvada zorra Esmirna. Creo que es el único ente de consideración y de cuidado...

—¡Oh, Suecia y el mundo están llenos de amigos de Esmirna! También de los otros buenos seres como esta delicada Finduvet y el patito Martín —dijo mirándolos en el mantel—. En cambio, los animales de vuestras fábulas son cargantes. Aun los buenos son el modelo ejemplar de esos libros en los que me cuenta Ricardo que aprendió a leer: el *Juanito* o no sé qué. Vuestras fábulas tienen rara enseñanza y un valor pedagógico y los animales en ellas no son más que un pretexto. En sí no son nada. Han venido rodando desde la India, por Persia y Arabia, hasta España. Los animales de estos fabularios del Sur no son sino dómines antipáticos. ¡Ah!, pero estos maravillosos personajes nuestros, Bataki, Gorgo, Finduvet, Martín, valen por sí mismos, nos despiertan una inmensa ternura. Sólo tienen de común con nosotros lo que nosotros queremos tener de común con ellos. Cuando Nils, después de su viaje, recobra su tamaño natural, no entiende ya el lenguaje de sus antiguos amigos, y éstos no le entienden ya a él. No hay nada más conmovedor en drama humano alguno que esta desgarradora despedida hecha sin aparato dramático. Ricardo me ha explicado que la voluntaria muerte de Don Quijote, cuando desde su cama renuncia a su aventura, es comparable a la despedida de Nils de sus amigos. Este mundo delicioso de duendecillos pobló mi niñez de sueños y en todos nosotros hay siempre un gnomo dormido...

—Ya ves —prosiguió—, hasta ese discutido doctor Munthe en su tan mentado San Michele, con toda su Italia, su Tiberio y su Capri, su París y su Charcot, en una rápida escapada que hizo a Suecia encontró, allá en el Norte (que es donde más abundan), su gnomito que saltó sobre la mesa del médico. No sé si él tendría la culpa (el gnomo, claro) de lo que le pasó después en Nápoles, en un hospital atacado de fiebre amarilla, cuando encontró a aquella religiosa tan bella una tarde en que la muerte rondaba, cazando a los hombres, detrás de las puertas...

—Si tú tienes algún gnomo en tu corazón —afirmó Rosario— es desde luego muy brujo y muy enredador. En España no tenemos un gnomo; tenemos algo más importante: un ángel, más puro y joven que un gnomo, sin barbas ni gorro. Un ángel con las alas muy blancas que nos vigila. Y es tan bueno que, cuando nos siente agónicos o desesperanzados se viene sin que nadie lo sienta y nos pone la mano derecha sobre el hombro. Algunas veces lo he sentido yo llegar, no sé si porque lo he deseado, o porque salía por aquí —dijo señalando a su corazón.

–Sí–dijo Carmen lentamente–, no estamos tan solos como nos creemos. A veces Ricardo me dice que lo que más le angustia al ver morir a un ser querido es dejarlo morir solo, porque, aunque nos tenga a todos con él, es él solo el que se tiene que morir, pero esos seres invisibles nos acompañarán. A mí me pondrá su manecita diminuta el duendecillo, y lo veré triste con su barbita blanca rondándome por la garganta. A ti, un ángel dulce y eternamente joven, con las alas plegadas, te cerrará los ojos.

XXIV

«**M**I querido amigo Federico: Cuando yo era joven como usted lo es ahora y me escribía –desde donde yo le escribo– un vejeje, solía encogerme de hombros y pensar de él lo que nuestro elegante historiador regional pensó de un ilustre amigo, cuando desde aquí le contaba cosas de su país. Claro que nuestro historiador recibió la carta –a la que él mismo alude con su desenfado habitual– en su época de madurez (de viejo no lo hubiera hecho), en la sobremesa de un príncipe austríaco y en la dorada Viena –antes de los vales de exportación–, llena entonces de elegancias mozartianas y acaso un ilustre *Lacrima Christi* napolitano le vaporizara en la cabeza, aun cuando él presumiera de abstemio. Desde Viena sintió menudo a nuestro país y endiosado en su clarividente siglo XVIII, le resultó ridículo todo lo que su amigo don Lope le contaba.

»Ya sé que usted no está en pareja situación que nuestro historiador, pero como yo soy ahora el don Lope de la anécdota, me pongo en guardia. Mi historia ya es muy vieja y no es más que eso: una historia vieja. Hubiera sido una historieta, si no me hubiera dejado en ella algo más que la piel o los huesos: el alma.

»Por el año ochenta estudiaba yo derecho en Madrid, como le he contado a usted otras veces. Amaba entonces la vida como a una mujer, y tenía alrededor de veinte años. Desde entonces me enamoré apasionadamente de Rosario Armijo, la única persona a quien he amado de verdad en este mundo. Tengo siempre presente aquellas inolvidables tardes en El Prado, o a última hora en la Carrera de San Jerónimo, donde se paseaba todo el Madrid elegante de la época. Rosario estaba entonces en la

plenitud de su hermosura y parecía en la calle no una mujer o un ángel, como solían decir los poetas de mis tiempos, sino que había resucitado un maestro griego del siglo v y, de nuevo, tallada en carne, había esculpido otra vez a Venus, recién salida de las aguas con el candor angélico de lo núbil. Pero no era un escultor pagano el que la había hecho, sino el mismo Dios, que quiso un día regalar a los mortales un objeto bello al que infundió una de las almas más exquisitas de mujer que han existido. Pensará usted que todo esto es una exageración de amante; está en su perfecto derecho; pero, si no entiende lo que le digo, está usted condenado inexorablemente a no saber gustar jamás una de las emociones más nobles que el buen Dios infunde a unos pocos mortales.

»Primero sus ojos y los míos jugaron; a veces al escondite, a veces a la gallina ciega, pero terminaban por encontrarse siempre. Después, vino el diálogo cortado, indiferente, que lentamente se trenzaba en conversaciones cada vez más largas. Las tardes que nos veíamos –y no eran desdichadamente todas– tenían unas horas cortas, que a mí me llegaron a parecer sólo minutos. Adivinaba sus gustos, que nunca eran caprichos; estaba pendiente de su voz, de su ademán, de sus divinas manos... En aquella criatura yo amaba a Dios, que me la había hecho.

»Pero surgió la estúpida historieta de siempre. Rosario no salía sola, como ahora salen las muchachas, y en su casa se enteraron bien pronto de que nos amábamos. El padre se oponía tenazmente a raros amores con un estudiantino provinciano, y de pronto se llevó toda la familia a Granada, por una temporada, pretextando no sé qué cosa.

»Tenía yo poco dinero entonces, hijo mío, porque en casa, para que no me prodigara, me enviaban lo necesario y suficiente para mi estancia en Madrid, pero nada más. Y no sabe usted la de cosas que tuve que hacer para reunir dinero suficiente y marcharme yo también a Granada. Recuerdo que descendí a menesteres humildes, a todo lo que pude traducir en cuartos, como entonces se decía, para alcanzar la suma que me garantizara el viaje y la estancia primera. Mientras tanto, esperaba convencer a mi padre de un cambio de estudios y de universidad. Y, como pude, aparecí en Granada, y el mismo día encontré a Rosario. Iba con una amiga por una estrecha callejuela cercana a su casa, y se asombró al verme. No tenía Rosario más que dos hermanos. El más pequeño, un adolescente entonces, es el que luego ha sido –según usted

me cuenta— padre de sus amigos. Sé que este pequeño la quería muchísimo. ¡Dios mío, no se podía hacer otra cosa sino quererla mucho!

»Después... Lo que vino después no quiero contárselo, no puedo contárselo, querido amigo, perdóneme. Basta decirle que surgió una estupidez o una infame trama contra mí, cuando menos lo esperaba, cuando creí que todo marchaba al fin por un feliz cauce.

»Me hice amigo del hermano mayor de Rosario aunque era ella la mayor de todos los hijos de don Ricardo. Como ve, su amigo se llama como el abuelo. Trabajé pacientemente por llegar cerca de la familia. Soporté la inacabable y monótona charla del señor juez de instrucción, un pesadísimo señor Solís, íntimo de don Ricardo. Le expliqué que me parecía lógico el que no accediera abiertamente a un noviazgo en serio, porque yo estudiaba todavía, y aún no tenía un porvenir que me permitiera casarme; pero que estaba dispuesto a que él me pusiera a prueba. Entretanto, yo vería discretamente a Rosario y estudiaría mucho, para acabar lo antes posible la carrera. Contaba con que, mis padres, en cuanto les hiciera el gusto de verme con carrera, accederían a que me casase; pensaba que me ayudarían, ellos, que fueron conmigo enérgicos, sí, pero buenos.

»Todo esto llegó a oídos de aquel terrible don Ricardo Armijo, que pareció ceder un poco y hacerse la vista gorda, por estudiada diplomacia. No pudo con Rosario. No valieron amenazas, reflexiones, encierros ni ruegos. Todo inútil. Rosario aseguraba sin inmutarse que no me vería, que no hablaría conmigo, si su padre lo deseaba, pero que no me olvidaría jamás. Lo decía sin llantos, sin dramas, sin gritos. Era un maravilloso roble en fortaleza; se callaba, obedecía en apariencia, pero no me olvidaba. Entonces fue cuando don Ricardo cedió un poco. Se hizo el ciego cuando nos vio hablar en una reunión en casa del juez, que recuerdo tenía muchas hijas jóvenes. ¡La época del vals de muchas vueltas y de los lanceos, mi querido amigo! Después, en otras reuniones, bailaba con ella a la vista de su padre y alguna vez, furtivamente, pude besar sus manos...

»Yo me sabía por entonces de memoria largas tiradas de “Granada”, el poema de Zorrilla que usted me habrá oído alguna vez. Ya se me han ido muchos versos de la memoria, pero entonces estaban claramente escritos en mi cabeza. Una tarde de aquellas inolvidables y hermosas que tiene Granada, fuimos con todo el mocerío amigo a la Alhambra.

Recuerdo que unos jóvenes ingleses que venían recomendados a don Ricardo, por no sé qué causa, querían verla a aquellas horas, y que don Ricardo no pudo acompañarles. Sólo sé que me vi con Rosario en aquellas salas desiertas y hermosísimas de los nazaritas, y que no sé cómo quedamos los dos solos en el Patio de los Arrayanes... No sabe usted, mi querido amigo, con qué emoción religiosa besó un muchacho de veinte años los hombros más divinos que ha tenido mujer alguna. Rosario me rechazaba con suavidad y decía que era un loco. Pero se sonreía gratamente, cuando yo recitaba a media voz las estrofas sáficas con que Zorrilla, perdido de nostalgia treinta años antes, evocaba, desde el fondo de sus sueños retóricos, la gentil figura de Moraima, la dulce mujer de Boabdil el Chico, que dejó la vega casi núbil y envolvía su dolor en los largos cabellos.

»Y volvimos a recorrer las desnudas estancias que había recorrido el poeta... ¡Qué feliz me sentía aquella tarde! ¡Pero qué lejos estaba de pensar que aquella criatura de carne, hueso y alma que tenía a mi lado, y que a mi lado se sentía tan dichosa, sería para mí, dentro de poco, un vago sueño, como para Zorrilla la sombra triste de Moraima!

»Y el padre permitió que hasta fuera a su casa por el día de su esposa, me parece, porque cuando llego a esto se me nublan los ojos y el recuerdo, y no preciso bien. Volví varias veces por motivos parecidos, onomásticas o festividades, no sé; el caso es que me dejó entrar en la ratonera para cazarme, porque creo que Dios no me pedirá cuentas de ese pensamiento. Una trampa infame, mi querido amigo, una historieta absurda e increíble me hizo aparecer ante los ojos de Rosario como un vulgar conquistador de amigas íntimas. Hubo actrices y actores que se prestaron a la comedia, que fue para mí trágica, y aunque a usted le parezca absurdo y estúpido o increíble, aquí está mi vida deshecha desde hace tanto tiempo, para atestiguarle a usted que aquella comedia fue para mí trágica. Rosario no quiso verme más. Y con la misma inflexibilidad que aseguró antes a su padre que no me olvidaría, con ese mismo espíritu, entero y sereno, se negó rotundamente a volver a verme. Y no la vi más, mi querido amigo, jamás. Al poco tiempo regresó la familia a Madrid; estábamos a fin de curso y me quedé para examinarme. No me explico cómo aprobé. Volví a Madrid en cuanto terminé. Todas las cartas que escribí me fueron devueltas sin abrir. Me convertí en guar-

dián de su casa, pero nadie de la familia, las pocas veces que con ellos tropecé de frente, quiso mirarme.

»Me vine aquel verano a casa, deshecho, sin vida casi. Cuando llegué, mi pobre madre atribuyó mi mala presencia física al trabajo de fin de curso. He tenido una naturaleza fuerte y lo he soportado todo sin flaquear. Marchaba como un sonámbulo por las calles de este pueblo, empedradas malamente entonces. Cuando usted estaba por aquí y me contaba sus tribulaciones, que llamaba usted agónicas, me sonreía para mis adentros –perdóneme– de su agonía. Usted se quejaba, con razón, de la estrechez del ambiente, o de la falta de calor en la amistad, o de que nadie leyese sus buenos trabajos; pero estaba usted aquí de ida y con el corazón nuevecito y flamante. ¡A su edad yo estaba muchos años de vuelta y con el alma hecha trizas!

»Regresé a Madrid en octubre, para seguir la carrera. A nadie del mundo he hablado jamás de este gran hueco de mi vida. Por eso quiero (aunque estoy ya viejo y el mundo importa poco a mis años) que esto sea estrictamente intransferible y desearía que destruyera esta carta. ¿Por qué tiene mañana un extraño cualquiera que reirse de las tribulaciones sentimentales de un viejo, que se fue no sabemos cuándo?

»Nadie supo, pues, lo que yo sufrí aquel verano. Ni mi madre, siquiera, a pesar de su fino instinto, pudo averiguarlo. Nunca fui un joven que suspiró, ni escribí un solo verso en mi vida. Me aguanté la tragedia a pulso. Si hoy, al despedirme casi de este retablo de marionetas, se lo cuento, es para que se explique por qué hay en el cuarto de la señorita Armijo y en mi biblioteca ese espléndido busto de una de las mujeres que más noblemente han sido amadas.

»Como le digo, volví a Madrid aquel mismo año. Dos meses después murió Rosario Armijo. Conservo todavía un recorte de *El Memorándum*, que salía aquí por entonces: daba cuenta de que en Madrid había estado gravemente enfermo “nuestro joven paisano Jerónimo Ruiz”.

»Fue entonces la primera vez que mis padres fueron a Madrid. Yo los vi a la cabecera de mi cama y no sé cómo llegaron. No sé dónde tengo el recorte del que le hablo, pero creo que lo que decía era que mi gravedad había sido consecuencia de una pulmonía, me parece.»

HAS visto el códice miniado que ha hecho mi mujer, Federico? —dijo una mañana Ricardo Armijo a su amigo, que había ido a buscar a Rosario para que le ayudase a escoger un regalo de cumpleaños a su jefe. Ricardo, riéndose, mostró a Federico el lindo mantelito de té que ya había acabado Carmen. Rosario le explicó —en ausencia de la autora— el contenido y los personajes y, dados los últimos arreglos a su indumentaria, salieron a la calle los dos.

—A veces hago enfadar a Carmen, diciéndole que Suecia es un invento suyo.

—Todos son inventos para ti; ¡en cambio, tú no te das cuenta de que te estás inventando a los demás... para lo malo, mujer de poca fe!

—No sé cómo dices que tengo poca fe... Yo creo en muchas cosas.

—En mí, desde luego, no.

—En ti creo a medias. A veces me pareces un hombre de decisiones, pero otras creo que no eres firme. Tú mismo no sabes lo que quieres, ni lo que eres. Unas veces quieres y haces las cosas en serio y con sentido, pero de pronto cambias y dices esa frase de muletilla que a mí, ¿sabes?, no me gusta mucho oír la decir: «¡Lo bailado no hay quién me lo quite!». ¿Qué es lo bailado y qué bailas? Eso es la fórmula de un botarate.

—Quiero decir, querida, con lo que llamas mi fórmula, que no vale la pena tanta inquietud. Que debemos aprovechar los momentos en que la vida nos es amable, porque —ya sabes que nuestro pueblo es sentencioso y agorero— a lo mejor o a lo peor nos vienen días tristes y los buenos no vuelven jamás. Esto es una fórmula muy vieja, pero no por ello menos verdadera. No creo que sea la de un botarate.

–No sé.

–Sí sabes. Eso le dije un día a aquel majadero de Ramón Perdomo, de quien ya te he hablado. Otro que no creía en mí, sino a medias, y, además, creo que me miraba con un poco de suficiencia.

–Pero los dioses te vengarán casándolo con la belleza local, ¿no? –dijo Rosario haciendo un delicioso guiño, que a Federico le pareció una tentación.

–Sí, me vengarán. Y me vengarán de ti, si sigues mala conmigo.

–No creo que te sientas mirado por mí con aire de suficiencia...

Entraron en una tienda y a Federico le pareció bien el objeto elegido por la muchacha. Hablaron de los gustos de su jefe y de las opiniones que tenía de Federico.

Ya sentados en un elegante bar, tomando el aperitivo, Federico preguntó a su compañera si creía en lo que su jefe decía de él.

–Don León me ha contado muchas cosas buenas de ti, pero te encuentra fallas...

–Que todos tenemos.

–Sí, hombre; pero hay fallas, que son decisivas.

–Rosario, Rosario –dijo Federico, poniéndose serio. Habían pasado del tono suave de la charla en la que, de broma, se decían las cosas en serio. Pero las voces iban centrándose y tomando un aire más hondo. El muchacho tuvo el nombre de su compañera en los labios como si quisiera gustarlo y después le dijo con su voz varonil y cautivadora:

–Estamos jugando no sé a qué, pero creo que a algo así como a una carrera de obstáculos. Tú corres, te me escapas, te escabulles, pero yo te sigo. No crees que yo sea capaz de una decisión firme, sino de andar por las ramas, soñando en los caminos, o viviendo múltiples vidas poéticas. Es lo que creéis, después de todo, en vuestra casa, de mí. Pero no siempre va a ser así, ¿sabes, niña? Y no te olvides que yo soy un hombre y, por tanto, el más fuerte. El más fuerte en la carrera, lo que quiere decir que te alcanzaré; supongo que no entenderás que he dicho una brutalidad.

–No; tranquilízate. Nunca he creído que fueras un hombre bruto. Tampoco te hubiera soportado mucho tiempo.

–¿Ahora me soportas o no?

–Como un mal menor...

Pero el gesto traicionó a Rosario Armijo. Federico notó en los ojos de la muchacha que lo que decía era un mero decir, de esos que en los instantes emocionales llenan los huecos que cubrimos para no quedar con el alma a la intemperie. Y la delicia del descubrimiento lo tuvo un rato en silencio, mirándola.

La acompañó a su casa. Lily estaba de vacaciones en Aranjuez con unos amigos, y Ricardo quiso que se quedara a comer con ellos; pero Federico, aunque lo deseaba, no podía; llevaba en su pecho la emoción de haber adquirido una valiosa prenda. Se excusó cortésmente, y Ricardo no insistió. Rosario le agradeció que se fuera. Le molestaba que sus hermanos leyesen en su cara... Y aunque ella era persona serena, aquel Federico era a veces tan expresivo...

Fuentes se despidió, y Carmen y Ricardo pasaron al comedor. Al poco rato llamaron a la puerta y Rosario fue a abrir.

–He vuelto –dijo Federico nervioso–, ¿sabes?, porque me he olvidado de llevarme mi regalo al jefe.

–Me di cuenta –dijo Rosario, alegre de verlo tan pronto– cuando ya estabas casi en el portal. ¿En qué estarías pensando para olvidarlo?

Fuentes la miró con los ojos llenos de ilusión y entusiasmo, y, acercándose a ella, contestó a media voz:

–¡Eso, Dios lo sabe! En ti no era, niña mala.

Rosario, feliz, no dijo nada, y puso en las manos de Federico el objeto. El joven lo guardó en su americana; iba a marcharse de nuevo, cuando volvió la cabeza a punto de cerrar ella la puerta.

–Se me olvidaba, además...

Y dirigiéndose a Rosario le puso las manos con suavidad en los hombros y besó serenamente, con respeto y amor, la tersa frente de la muchacha, que salió casi corriendo por el pasillo; mientras Federico bajaba deprisa la escalera.

E *L Abc, El Sol, el Ahora!*
 Apoyada una mañana en el muro de su terraza, Rosario oía los gritos del vendedor de periódicos de la esquina, sin prestarle atención, pero como aguardando a que el monótono y acompasado pregón se repitiera. La muchacha aprovechaba sus vacaciones en el arreglo de sus prendas y objetos íntimos.

Rosario Armijo recordaba aquella mañana, sola, aspirando un aire aún puro y nuevo, todo el pasado, que a lo mejor no existía. Ella, su vida, su modo de ser eran, empero, la resultante de aquella suma de horas y minutos pretéritos; algunos –la mayoría– vividos con angustia o inquietud, si no con trabajo y esfuerzo.

¿Era verdad que había tenido niñez? Sí, había jugado por las tardes cuando el sol se ponía detrás del Palacio Real, en la Plaza de Oriente en un corro alborotado de chiquillas como ella... Había ido al Colegio y recordaba el suave ademán y las finas manos de la madre Asunción. Después, los reveses familiares quebraron su niñez en flor: la muerte de la madre y, más tarde, la del padre. Y su niñez, que se había movido entre la holgura económica de la corta familia, se vio sorprendida por las dificultades del apuro diario y la pensión escasa.

Ricardo había sido para ella un paternal, o más bien maternal, hermano; se sostenían los dos con el trabajo de él; pero ella más tarde quiso trabajar. Venía de una adolescencia dura y sostenía, por naturaleza y por herencia familiar, un alto sentido de la dignidad y del valor humano. No podía ser una carga gravosa para su hermano, y cuando éste se casó intentó, incluso, vivir sola, llevando a pulso sobre sí misma el peso de su propia vida.

Por fortuna, Ricardo se casaba con una criatura buena y noble, y al punto simpatizaron las dos mujeres. Todavía más: congeniaba mucho con Lily, «la pequeña Lily», como la llamaba maternalmente Carmen. Estas muchachas, huérfanas también, habían perdido a su padre poco antes de casarse Ricardo, para quien éste había trabajado. Habían vivido mucho tiempo en España, pero tenían ese aire desenfadado y limpio que las mujeres extranjeras, especialmente del Norte, imprimen en sus actos y en su vida. Es ese aire que a las gentes que siempre están en el secreto les parece ingenuo, y a los que no lo están, les choca o les agrada, sin saber por qué. Diferencias raciales, educación, pero sobre todo un encauce de la formación femenina distinto a la orientación que los pueblos del sur dan a sus mujeres. No sabemos si uno es mejor o peor que el otro. Son, sencillamente, dos concepciones distintas.

Tenían estas muchachas un alma sana y un fino espíritu, bien cultivado por el cuidado paterno. Carmen dibujaba, pasaba en limpio los trabajos que Ricardo le dejaba para encargos urgentes; le ayudaba a corregir los ejercicios de sus alumnos. Era una útil compañera que, además, administraba y dirigía la casa en silencio, sin que se notase la dirección en otra cosa que en los hechos, en el detalle menudo sin olvidar, en las comidas a tiempo, en el gesto de colocar la almohada al enfermo, o adivinar sus gustos...

La «pequeña Lily» hacía sus traducciones, daba sus clases de lenguas y, en el cuartito que entre la biblioteca y la alcoba del matrimonio guardaba su piano —una de las pocas herencias familiares—, pasaba algunas tardes, cuando no quería salir y había terminado sus faenas, tocando música de su país.

Rosario tenía ahora paz en esta casa. Le conmovió la insistencia de su cuñada para que se quedase con ellos; se negó, incluso, a que se separara de Ricardo y, asistida por aquel afecto, sencillo y verdadero, se quedó.

Había en el presente llenado un gran hueco de su alma. Nunca sintió por un hombre la atracción que sentía por Federico. Es verdad que había tenido sus reservas; que el muchacho le parecía a veces poco resuelto y un soñador, pero un soñador de los que no pasan del sueño. Un hombre teórico y eso le preocupaba; pero últimamente se había mostrado un hombre entero, le había hablado en serio. Él no era ningún

marqués antiguo, ni Alvar Fáñez, ni un ente poético, ni eludía un problema sentimental; se sentía Federico Fuentes, un hombre, dispuesto a caminar a su lado los años que quisiera Dios.

Y le conmovían estas cosas. Apoyada en la barandilla, mirando sin fijarse, la muchacha creía ser feliz.

Somoza y Povedano se enzarzaban en una discusión bizantina sobre fútbol y la tarde más o menos feliz de Eizaguirre. Ricardo daba un vistazo a un diario y Federico, mirando al techo, bajaba de vez en cuando la cabeza para apurar con lentitud un refresco. Se reunían ahora una o dos veces por semana para cambiar impresiones o proyectar alguna excursión.

Verdad es que en el Madrid de aquellos días el ambiente, para los no iniciados en el secreto y los que vivían al margen de las cuestiones públicas, se notaba algo enrarecido. Aunque se habían prometido los amigos no hablar de política, porque aquello no era política sino una algazara difícil de entender, no obstante, algunas cosas saltaban a la vista de los indiferentes: huelgas absurdas, paros...

Armijo protestaba de todo. Ricardo era el más apasionado dentro del matiz abstencionista del grupo; pero cuando la discusión de Somoza y del ingeniero se enfrió, todos convinieron con Ricardo que lo que se necesitaba era una mano y una cabeza que pusiera orden en aquel desconcierto.

Federico también lo pensaba; pero Federico pensaba más en Rosario que en otra cosa.

Por aquellos días había terminado con éxito un buen asunto en el bufete. Actuaba incluso en la Audiencia, y don León lo había felicitado. Económicamente el bufete lo garantizaba ya. Su afición periodística tenía buen campo de expansión. Algunos paisanos de su provincia venían a Madrid y no dejaban de saludarlo pidiéndole siempre algo, que es lo que hacen los paisanos de todos los tiempos cuando sospechan a un vecindado en Madrid que puede ayudarles.

Allá –pensaba– no me hacían caso, pero aquí me utilizan; claro que nadie es en su tierra profeta, pero... ¡estaba ya él tan lejos de esas menudencias! Por eso, cuando sus padres le escribían una carta a mano, que un comprovinciano le entregaba, procuraba atenderlos en lo que podía y se olvidaba del pequeño resentimiento que se levanta siempre que se

llega a ser algo, aun algo modesto, pero entre la indiferencia o enemiga de los demás.

Hasta los diarios locales daban la nota de su actuación en la Audiencia madrileña, bajo el pomposo rótulo de «Paisanos que triunfan». Pero a Federico, que era un hombre sensato y mesurado en estas cosas del valor personal, tales noticias le daban un poco de vergüenza: él no era más que un muchacho que deseaba trabajar, pero le molestaban tanto las actuales alabanzas como antes le angustiaron la indiferencia y el desdén.

Una gente así –pensaba– lo mismo levanta a uno, que lo hunde. Son de cuidado y de temer. Hoy estamos en alza, mañana en baja. Hoy nos utilizan y mañana han de rehuirnos...

Pero a él poco le importaba todo esto. Trabajaba, estaba más tranquilo; no sufría ese morboso ensueño estático que detenía su espíritu ante las cosas y los seres. Era un hombre de acción y estaba enamorado.

XXVII

NO puede ser contado el innumerable matiz inflexivo de la voz que posee Lily. Hace días que ha vuelto la muchacha de Aranjuez y como vio correr las fuentes toca ahora un minué de Mozart bajo aquella doble impresión acústica y visual.

Los días han transcurrido para todos plácidos y tranquilos. Nadie, excepto los interesados, ha parecido darse cuenta del afecto sentimental que ha surgido entre Federico y Rosario. La relación del joven con los miembros de la familia sigue siendo cordial y continuada.

Lily, con los ojos fijos en el pentagrama, siente esta tarde el alma de su tierra, como si surgiera desde los sótanos más íntimos del ser, de donde surgen dando un portazo los recuerdos antiguos, oliendo a hojas secas y a viejas cartas de amor. Upsala en invierno, los días veraniegos, el lago Melar... Borroso todo, pero fijo, nostálgicamente, en el espíritu.

Federico ha llegado esta tarde más temprano y Rosario, terminadas ya sus vacaciones, no ha regresado aún de su trabajo. Rosario ha dicho que vendría más tarde, si acaso había algo atrasado en la oficina, y Fuentes, sentado en una butaquita, oye, fumando, a la «pequeña Lily», una danza de Grieg.

La muchacha, vuelta de espaldas al joven, mostraba su hermosura espléndida en la semipenumbra que dejó en el cuarto, huyendo los rayos solares. Un alabastrino cuello, en el peldaño de unos hombros perfectos, emergía de la espalda blanca y bien formada que transparentaba, discretamente, tras una fina tela primaveral.

Sólo su hermana Carmen podía llamarla a ella «la pequeña Lily». Los demás, cuando hablaban con esta muchacha un poco extraña, deli-

cada en el hablar y fina de ademán, no podían tratarla con cariñosa ternura como Carmen, sino como a una mujer.

—¿Qué duendecillo malo tienes hoy, que llena el aire con los pelos de su barbita blanca, Lily? —preguntó Federico a la muchacha, que había dejado de tocar.

—No sé; ¿cómo has notado tú que tengo hoy un duendecillo? —dijo sonriendo.

—Yo lo sé todo. Y sé que las damitas en Suecia tienen un duendecillo tutelar que es a veces malo...

—Tú lo observas todo. Pero a mí no quiero que me observes.

—¿Por qué?

—Porque eres un brujo y me lo adivinas.

Federico se ha callado. En contra de su voluntad el tono cálido y levemente triste con que la muchacha ha dicho esto le altera. Lily sigue un instante ensimismada; luego levanta la cabeza, pasa los finos dedos por el papel y sigue tocando música de Grieg.

Fuentes termina de fumar y se levanta escuchando admirado la interpretación de la muchacha. Bajo sus manos, la melodía cobra un valor mágico. Emotividades inéditas surgen un instante en el alma de Federico Fuentes. Las manos de Lily casi no se ven ahora y medio cerrados los ojos parece que es de ella misma de quien brotan las notas y el sonido. En rápido ademán, Lily echó atrás uno de sus rizos rubios, que debía molestarla, y continuó en frenesí melódico matizando la partitura con acentos nuevos.

¿Por qué no nos avisa nuestro ángel cuando lo que vamos a hacer es decisivo para nuestro porvenir? ¿Por qué no nos impide una acción instintiva, que vamos a llorar después, con hondo pesar, toda nuestra vida? ¡Oh, Dios, por qué lo haría! ¿Qué pasó por mis ojos? ¿Por qué, sí, por qué, no nos avisará nuestro ángel?

Un instante echó su cabeza hacia atrás Lily. Terminaba la ejecución y con los ojos cerrados, como si aspirara un perfume insentido, se quedó quieta, como una estatua de alabastro. Federico estaba detrás de ella y sin saber cómo —no lo supo nunca— puso su mano derecha en la barbilla de la muchacha y, oprimiéndola con suavidad, la besó en la boca.

En aquel momento, la puerta se abrió y Rosario Armijo entró en la habitación.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
OTRA VEZ...
EL 10 DE FEBRERO DE 2010



9788488760596



GOBIERNO DE ESPAÑA



MINISTERIO DE CULTURA



SOCIEDAD ESTADAL DE CONMEMORACIONES CULTURALES



Gobierno de Canarias